EL LIBRO DEL ESCOLAR

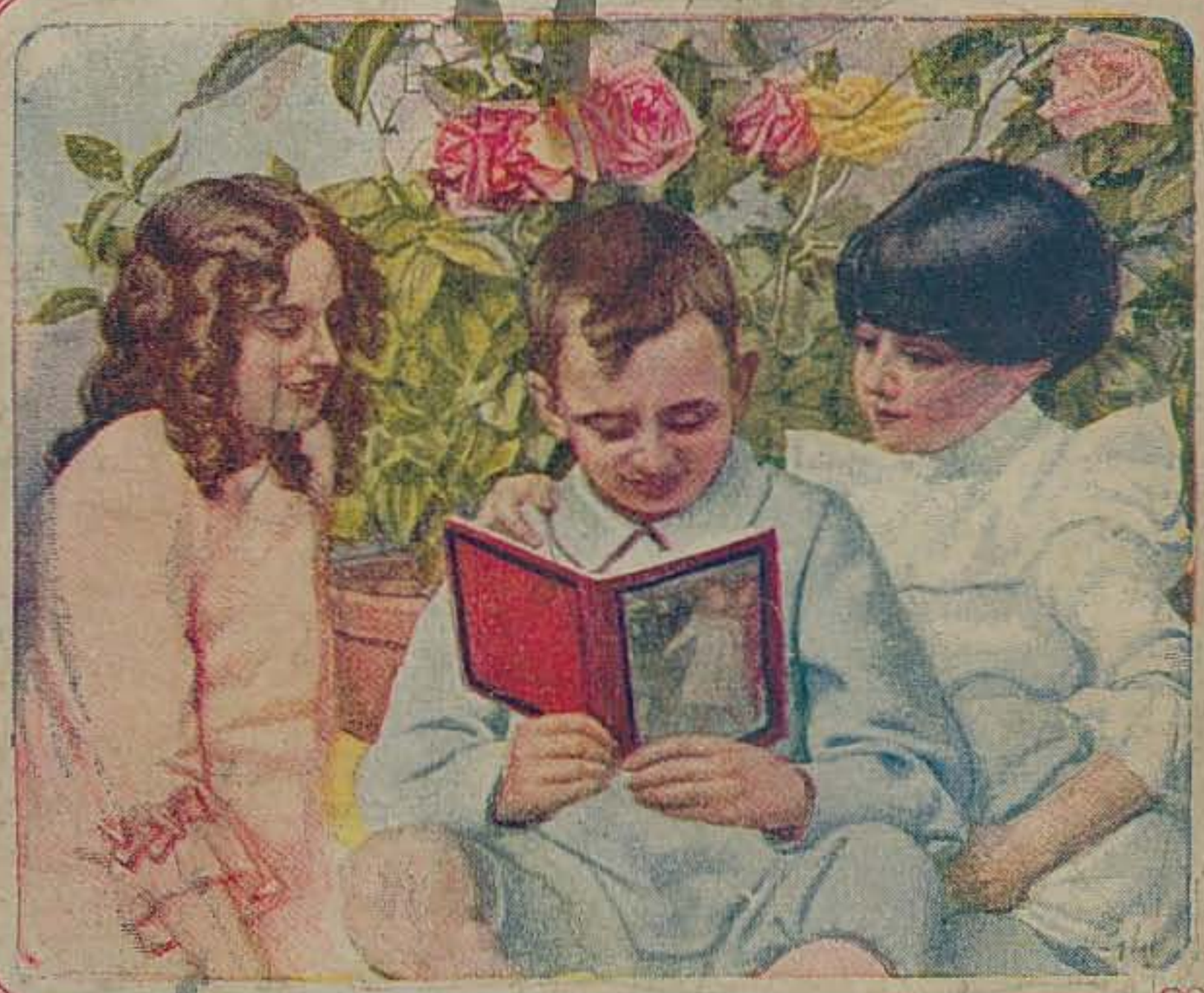
SERIE DE LIBROS DE LECTURA

2.º LIBRO

PARA NIÑOS DE 8 A 10 AÑOS DE EDAD

ADOPTADO POR LOS CONSEJOS DE EDUCACIÓN DE LAS PROVINCIAS DE BUENOS AIRES, CÓRDOBA, TUCUMÁN, SANTA FE, SALTA Y OTRAS

16.ª EDICIÓN



por el Prof.

PABLO A. PIZZURNO

EX-INSPECTOR GENERAL DE ENSEÑANZA SECUNDARIA Y NORMAL

EX-INSPECTOR TÉCNICO GENERAL DE ESCUELAS PRIMARIAS DE LA CAPITAL

AQUILINO FERNÁNDEZ E HIJO, EDITORES
VICTORIA, 2158
BUENOS AIRES

Precio $ 1.50 m/n.

LL
1901
PIZZ

- 5
6

00015588

EL LIBRO DEL ESCOLAR

2.°

F 2525

Dupl. 5559

SEGUNDO LIBRO

PARA NIÑOS DE 8 A 10 AÑOS DE EDAD

EL LIBRO DEL ESCOLAR

SERIE DE LIBROS DE LECTURA

Dupli
del N°21

POR EL PROFESOR

PABLO A. PIZZURNO

Ex-Director de la Escuela Normal de Profesores
de Buenos Aires. Ex-Inspector General de Enseñanza Secundaria y Norma
de la República. Ex-Inspector Técnico General de las Escuelas
Primarias de Buenos Aires, etc.

BIBLIOTECA NACIONAL

DECIMASEXTA EDICION CORREGIDA

BUENOS AIRES
AQUILINO FERNANDEZ E HIJO, EDITORES
2158 - VICTORIA - 2158

El autor está convencido de que, si los padres de familia se enteran de los propósitos a que responde este librito, han de poner empeño en secundarlos. Por eso, a todos aquellos cuyos hijos usen esta obra como texto, les ruega quieran molestarse leyéndola, íntegra, ellos también.

A LOS MAESTROS Y A LOS PADRES DE FAMILIA

«Leer y entender es algo;
Leer y pensar es mucho;
Leer y sentir es cuanto puede desearse.»

Todos reconocen que el libro de lectura es el único que debe darse a los niños en los primeros grados de la escuela y el más importante siempre en ésta por razones bien conocidas.

Factor principal en la instrucción del niño, debe serlo más aún de su educación y de su educación moral en primer término, en armonía con lo que debe constituir también la acción primordial de la escuela.

No me hago ilusiones respecto de la influencia educadora de ésta, sobre todo bajo el punto de vista de la formación de hábitos morales, porque el niño llega a ella después de los seis años de edad, cuando ya el hogar ha impreso en su alma su sello bueno o malo y continuará influenciándolo sin que su acción, cuando es perjudicial, pueda ser contrarrestada de una manera decisiva por el maestro. Pero la escuela es por lo menos un factor, si no decisivo, importante. A dar mayor poder a su influencia debe tender el esfuerzo bien inspirado del educador.

Tampoco me hago ilusiones sobre el efecto de la enseñanza moral directa dada por el maestro en forma de lecciones y con horario fijo:

—«Niños, ahora vamos a estudiar los deberes de los hijos para con los padres. Escuchad: Los hijos deben, ante todo, amor y respeto a sus padres, porque... etc.»

En seguida se interroga a los niños y los niños dan *la lección* de moral como dábamos nosotros hace 25 años la

lección de gramática, definiendo la declinación y explicando los casos, con sólo repetir de memoria las palabras del texto de don Diego Narciso Herranz y Quirós. Por fortuna, mucho hemos mejorado en ese sentido; pero aun queda quien enseña en la escuela primaria con el texto de moral téorica.

Así como el desarrollo y vigor de los músculos suponen el ejercicio de éstos, es menester que el músculo moral, por decirlo así, se ejercite también para desenvolverse y vigorizarse. He ahí la razón por la cual he procurado dar lo que llamaré la nota moral, que es la dominante en este libro, en forma tal que impresione al niño, hablando con ella más a su corazón que a su inteligencia; y aun en los capítulos de carácter más instructivo que educativo, he aprovechado todas las ocasiones que se me han presentado para intercalar, siquiera incidentalmente, una sugestión moral.

Calculadamente he huído de presentar el ejemplo del vicio y sus consecuencias como medio de inspirar repulsión por él, pues no creo que ese sea el más eficaz, ni el más conveniente para obtenerlo, sobre todo tratándose de niños: el espectáculo frecuente del mal familiariza con él y hace que se le encuentre natural. Por eso he preferido poner casi siempre a la vista del niño el cuadro de la belleza y excepcionalmente el de la fealdad moral. Así, de hecho, se habitúa a la primera y halla repugnante la segunda. Recibe, pues, una lección directa que lo impulsa al bien y una indirecta que lo aleja del mal.

Véase, por ejemplo, lo que ocurre entre nosotros con la mentira. Tan envueltos por ella estamos, por razones que no es este el lugar de exponer, que ya las gentes llegan a encontrarla natural, y hasta aquellos que en los primeros años de su vida, por haber sido educados «a la antigua» por sus padres intransigentes, no hubieran podido faltar a la verdad, contra lo cual toda su naturaleza moral se habría sublevado, hoy se acomodan sin mayores resistencias a «las circunstancias» y entran también por las prácticas «modernas» que han hecho desaparecer el «santo horror a la mentira», santo horror que por sí solo bastaría para

fundar la moralidad completa y la felicidad de los pueblos.

Y ya que a la mentira me refiero, cúmpleme declarar que, como se verá leyendo todo el libro, he vuelto sobre ella a cada rato, pues nada debe merecer más la atención del educador, padre o maestro, que ese vicio casi nacional, el cual se manifiesta en todas las formas, ostensibles o disimuladas. Combatirlo por todos los medios, con energía y constancia, será obra de verdadero patriotismo.

En estas tres palabras: *combatir la mentira*, puede encerrarse, hoy, el mejor programa para el educacionista argentino. Declaro que en mi modesta esfera de acción he de contribuir resueltamente a realizarlo.

Para ello, como para formar otros hábitos morales, debe empezarse desde la más tierna edad.

En este libro se hallarán, de intento deslizados a cada paso, consejos o sugestiones relativos, no sólo a moral, sino también a urbanidad, a lo que podríamos llamar pedagogía doméstica, y a la higiene, tan lamentablemente descuidada en nuestro país.

Yo, que también tengo hijos y conozco por experiencia propia el efecto de los errores en que se incurre al dejarse cegar por el amor paternal y por la equivocada creencia de que «ya habrá tiempo después, cuando sean grandes, para corregirlos», yo, digo, estoy seguro de que, reconociendo los padres el sentimiento sincero que ha inspirado este libro, han de recibir con gusto las indicaciones que encierra y han de ponerlas en práctica, si el caso llega. Acaricio, complacido, esa creencia.

En cuanto a mis colegas los maestros, han de ayudarme, lo pido y espero, en ese sentido, incitando a los niños a que lean en sus casas en alta voz y a que interesen a los padres o a los hermanos mayores en sus lecturas.

Deseo que el libro facilite ese propósito. He procurado escribirlo de modo que atraiga, tanto por los asuntos elegidos y la manera de tratarlos, cuanto por las profusas ilustraciones que contiene, escogidas en su mayor parte entre cuadros célebres de valor artístico indiscutible, cuyas

reproducciones he aprovechado. Otras he debido crearlas y tomarlas fotográficamente (1). Las he puesto abundantes y hasta de gran tamaño, respondiendo al elemental precepto pedagógico de que a los niños hay que llegarles al alma ante todo por los sentidos.

Todo lo anteriormente dicho se refiere al propósito moral deliberado que he tenido presente al redactar los capítulos del libro.

He atendido a los otros fines especiales de un texto de lectura, cuidando de que el lenguaje sea sencillo y natural, de manera que el niño tenga hasta en eso una lección de verdad, como la tiene en las escenas referidas, las cuales reproducen hechos nunca inverosímiles, ni mucho menos absurdos.

Repito que he procurado hacer animadas, vivas, las escenas, para interesar al niño en la lectura, convencido como estoy, cada día más, de que el principal secreto del éxito consiste en despertar en aquél el deseo de aprender y en hacerle amar la lectura, la buena lectura, en la cual hallará siempre uno de los mejores medios de asegurar su progreso y bienestar futuros. Estimulado el deseo de aprender, muchos detalles del método resultan ya de influencia secundaria.

Por eso mismo conviene que las explicaciones que se consideren necesarias para la completa inteligencia del texto o de algunas palabras aisladas, *sean dadas antes* y se hagan los comentarios al terminar, para no interrumpir el interés ni disminuir la impresión que sobre la sensibilidad pudieran producir muchos de los capítulos.

No he indicado ejercicios gramaticales, convencido de que al afán de dar prematuramente nociones de gramática, reglas ortográficas, etc., se debe en gran parte el hecho de que no se ame la lectura y se lea tan mal como se lee.

Tampoco he expuesto secamente las nociones *instructivas*, sino que las he presentado en forma de conversa-

(1) Debo algunos clisés a distinguidos aficionados que han tenido la deferencia de permitirme su reproducción.

ciones, juegos, o como incidentalmente, en los cuentos, para no hacer áridas las lecturas.

Creo útil la práctica seguida en muchos de los países más adelantados, Alemania entre ellos, que consiste en hacer del texto de lectura algo así como el centro o eje de la instrucción escolar, tratando en sus páginas asuntos importantes del programa, tan sucinta o rápidamente como se quiera, pero lo bastante para *motivar* lecciones o para recordar al niño nociones fundamentales. A este propósito he tratado también de responder.

Se encontrarán en todo el curso del libro descripciones o *interpretaciones* de láminas, que pueden servir de guía a los alumnos para ensayarse a su vez en describir e interpretar, bajo la dirección del maestro, ejercitando así sus facultades de observación y de reflexión. Muchísimas ilustraciones, tanto de las grandes como de la mayoría de las que corresponden a las narraciones, pueden ser aprovechadas como temas de composición o descripciones orales y escritas, sencillas (frases sueltas y cortas), o complicadas, como se quiera o convenga, según las aptitudes de los alumnos. He agregado, sin texto, varias láminas grandes, para que sirvan al mismo propósito, procurando así suplir en algo la carencia de cuadros en nuestras escuelas. El maestro las utilizará como mejor le parezca.

Otras observaciones tendría que hacer respecto del presente libro, pero daría excesiva extensión a este ya largo prólogo. Si la obrita reune ventajas, lo verán los padres y maestros que la lean.

Pero no quiero concluir sin aconsejar a mis colegas, los maestros, que hagan lo posible por dignificar la enseñanza de la lectura corriente, procurando realizar con ella los tres propósitos apuntados a la cabeza de este prólogo: que, al leer, el niño *entienda*, *piense* y *sienta*, si es posible.

A los maestros que no los hubiesen leído, les recomiendo los libros *El arte de la lectura*, de Legouvé, y *La lectura en acción*, del mismo autor, especialmente el primero.

Y permítaseme consignar aquí varios ejercicios que

podríamos llamar de gimnasia pulmonar y que conviene ejecuten muy frecuentemente los niños, para adquirir algunas de las aptitudes naturales que constituyen el buen lector.

Son los siguientes:

1°. Inspirar profunda y regularmente por la nariz, espirar también lentamente.

2°. El mismo ejercicio, levantando los brazos lateralmente.

3°. El mismo ejercicio, pero por la boca.

4°. Inspirar profundamente por la boca; espirar por la nariz y viceversa.

5°. Hacer inspiraciones profundas entrecortadas.

6°. Hacer espiraciones fuertes y bruscas (acción de apagar una vela con un soplo brusco).

¿Necesito recomendar la lectura al aire libre y algunos (pocos) minutos diarios de ejercicios de lectura en coro, para que «saquen» la voz los niños tímidos?

¿Necesito insistir en la conveniencia de hacer que los niños lean siquiera una vez en silencio cada capítulo *antes de leerlo en voz alta*?

Estos y los demás ejercicios y prácticas que he recordado en la exposición que precede, son conocidos por mis colegas. Importa insistir en ellos con perseverancia y amor. Si así se hace, no tardará en llegar el día en que las gentes sepan leer y amen la lectura, lo que traerá consigo no pocos bienes.

Por último, si pidiera a los maestros que me indicasen sin vacilar las deficiencias que encuentren y las mejoras que ellos introducirían en este libro, ¿me dispensarían el honor de creer que el servicio lo pido de veras y no por mera fórmula?

Pues hecha queda la petición.

Enero de 1901.

PABLO A. PIZZURNO.

INDICE

	PÁGS.
A los maestros y a los padres de familia..	V
Índice.	XI

PRIMERA PARTE

1. El niño aseado ..	1
2. La sillita de oro..	3
3. Mercedes y Sarita.	4
4. Castigado.	5
5. El ciego.	6
6. El nieto mimado.	7
7. ¡Buen provecho! .	8
8. El disfraz del perro.	11
9. La sombra.	13
10. Pepita y su abuelo.	15
11. La clase de canto.	17
12. Las estaciones....	18
13. Jugando a la abuelita y a la nieta (TEMA DE COMPOSICIÓN).	19
14. El ladrón de nidos castigado.	20
15. *Consejos, máximas,* etc.	21
16. Los perros.	22
17. ¿En qué mano está?	24
18. Esperando.	26
19. Cogido en la trampa.....	29
20. La careta	31
21. Pequeños pescadores.....	32
22. El mimado de Luisa (TEMA DE COMPOSICIÓN).	34
23. El canario.....	35
24. Llueve en el comedor.....	37
25. Las ovejas.....	39
26. La abuelita y su nieta.....	42
27. Obedientes, veraces y cariñosos...	44

SEGUNDA PARTE

28. Mi bandera.	46
29. En la escuela. ...	47
30. La lección de lectura.....	49
31. El mimado de Luisa (TEMA DE COMPOSICIÓN).....	53
32. Mentir es cobardía	54
33. Las plantas.....	56
34. Una conspiración.	57
35. En el buen y en el mal camino (TEMA DE COMPOSICIÓN) .	61
36. El día de dos niños bien educados.....	62
I.—*Por la mañana.*	62
II.—*En la calle*.....	64
III.—*En la escuela*...	66
IV.—*En casa*.	73
V.—*En la mesa*.....	75
VI.—*De noche*.....	77
37. Honradez de un niño.	80
38. TEMA DE COMPOSICIÓN.	82
39. La lección de geografía.	83

	PÁGS.
40. El agua.	86
41. *Consejos, máximas,* etc.	87
42. La desobediencia castigada (TEMA DE COMPOSICIÓN).	88
43. Delia.	89
44. El niño remolón. .	90
45. *Consejos, máximas,* etc.	92
46. El carpintero rústico.	93
47. Vendedora de géneros.	95
48. *Consejos, máximas,* etc.	97
49. El afilador y un batalloncito (TEMA DE COMPOSICIÓN).	98
50. Lo que saben Luis y José sobre animales.	99
I.—*Vertebrados e invertebrados.*	99
II.—*Mamíferos.*	100
III.—*Aves.*	102
IV.—*La composición de José.*	104
V.—*Los reptiles.* . . .	105
VI.—*Los peces.*	105
51. Un gran susto. . .	107
52. La Pula.	109
53. La bruja de la aldea	111
54. El ratón.	114
55. El tiempo y sus divisiones.	118
56. TEMA DE COMPOSICIÓN.	119
57. La niña aristocrática y la campesina	120
58. *Consejos, máximas,* etc.	122
59. Historia en dos cuadros (TEMA DE COMPOSICIÓN).	123

	PÁGS.
60. El retrato de Teté	125
61. Abnegación de un niño.	126
62. Contando cuentos.	128
63. El embustero y el lobo.	129
64. El asno.	133
65. *Consejos, máximas,* etc.	135
66. El mejor gimnasio para los niños (TEMA DE COMPOSICIÓN).	136
67. Necesidad de alimentarse.	137
68. Los alimentos. . . .	142
II.—*Consejos higiénicos.*	144
69. El pollito (TEMA DE COMPOSICIÓN).	145
70. Las bebidas.	146
71. Edith y Chela. . .	147
72. *Consejos, máximas,* etc.	151
73. El frutero y las frutas.	152
74. *Consejos, máximas,* etc.	154
75. Productos argentinos (TEMA DE COMPOSICIÓN)	155
76. Nuestros vestidos.	156
77. La niña generosa.	158
78. El enfermito.	162
79. En primavera. . . .	164
80. La habitación. . . .	166
81. El goloso.	170
82. TEMA DE COMPOSICIÓN.	174
83. Los articulados. . .	175
84. *Consejos, máximas,* etc.	178
85. La patria.	179
86. Las medidas. . . .	184

	PÁGS.
87. TEMA DE COMPOSICIÓN.	185
88. El gatito enfermo y el médico.	186
II.—*Lo que debió contestar el doctor*. . .	188
89. Un grupo.	190
90. Las ocupaciones de Zunilda y Agustín	193
91. Escenas mudas (TEMA DE COMPOSICIÓN).	199
92. Una carta de Adelita a su papá. . .	200
93. Sed perseverantes	203
II.— *Lo que contó el maestro*	205
94. Esto no tiene compostura (TEMA DE COMPOSICIÓN).	209
95. Un futuro artillero	210
96. Jugando a las visitas.	212
97. *Consejos, máximas*, etc.	217
98. Margarita y Rosalía.	219
99. Los niños y la patria.	223
100. ELEMENTOS GEOMÉTRICOS.	229
101. TABLA PITAGÓRICA.	230

EL LIBRO DEL ESCOLAR

SEGUNDO LIBRO

PRIMERA PARTE

1. — El niño aseado

Martín se baña todos los días.
Siempre entra en el agua contento.
¿Por qué llora hoy?
Llora porque el agua está más fría que de costumbre.

Su hermanita ya se bañó y ahora se está vistiendo.

Mira la cara de Martín y se ríe. ¡Claro! Ella ya pasó el mal rato.

Martín se enoja, pero también se reirá dentro de un momento, cuando salga del agua y se vista.

¡Qué calentito se va a sentir envuelto en la sábana de baño!

Se queda en la tina, aunque el agua esté fría, porque es un niño bien acostumbrado y obediente. Pero es un flojo y por eso llora.

La cosa no es para tanto.

Después del baño va a estar contento.

Estoy seguro de que mañana dirá:

— *Ya no quiero llorar, aunque esté fría el agua.*

Eso será portarse como un hombre. ¡Bravo!

En invierno no se baña todos los días.

Se baña una vez por semana, en agua templada. Muchas personas se bañan diariamente, aun en invierno. Pero, eso sí, Martín se lava muy bien siempre, aunque haga frío.

Es un niño aseado.

¡Qué antipáticas son las personas sucias!

2. — La sillita de oro

Estas tres niñas son hermanas.

Se llaman Elvira, Lola y Mercedes. Elvira es la que *está* a la izquierda. Mercedes se *halla* a la derecha. Lola, que *ocupa* el centro, *es la menor* de las tres.

Están jugando a la *sillita de oro*.

Esta silla no tiene *respaldo* ni *palos*.

En vez de *patas* tiene piernas que no son tiesas.

Las dos niñas *mayores* forman el *asiento*, tomándose de las *muñecas*.

Esta es una sillita muy rara.

Es capaz de salir corriendo, dejando caer a Lolita.

Estas chicas no lo harán.

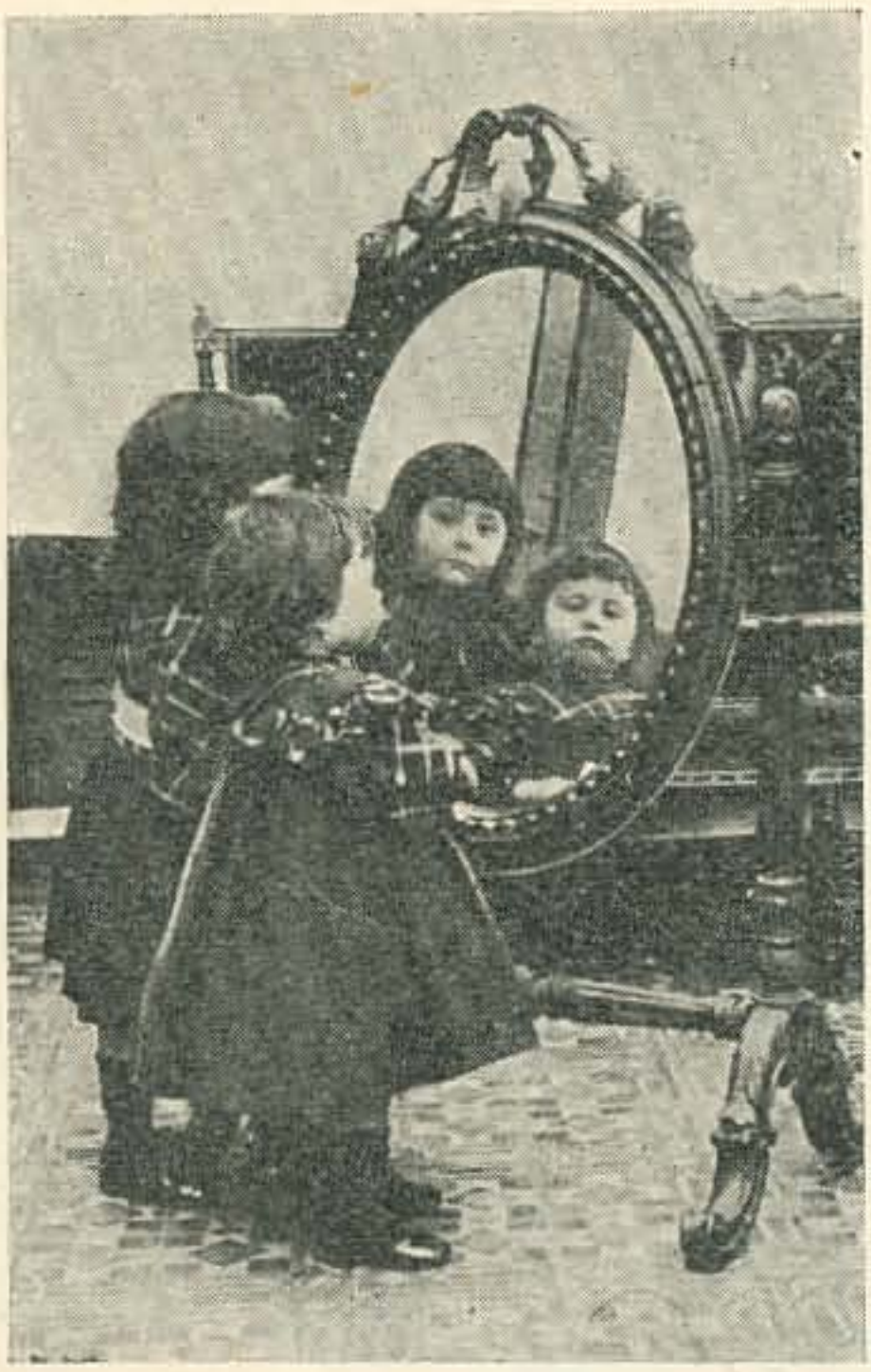
Sería un mal proceder.

3. — Mercedes y Sarita

Las dos hermanitas están de pie delante de un espejo.

El espejo *refleja* sus imágenes.

La más chica, Sarita, hace gestos para convencerse de que es ella misma.



La mayor, a quien llaman *Mechita*, se contempla sin sorpresa, porque ya otras veces se ha visto reflejada.

Ese espejo es *ovalado* y está sobre un pie de madera.

Yo conozco a las dos chiquilinas y me son muy simpáticas.

¿Sabéis por qué? Porque, cuando sus padres les mandan algo, obedecen *inmediatamente* y con placer.

También me gustan porque dicen siempre la verdad. En esto se parecen al espejo, el cual refleja fielmente lo que se le pone delante.

4. — Castigado

Han tocado la campana.
Es el último toque, porque han concluído las clases del día.

Los niños forman y salen en orden a la calle.

Los que van en la misma dirección se juntan y así llegan a sus casas, conversando y entretenidos.

— *Y usted amiguito, ¿qué hace ahí parado?*

¿Por qué llora?... ¡Ah! ¿Lo han retenido?

Usted tiene la costumbre de salir mal formado, atropellando a todos y gritando desaforadamente.

Pues aguante usted la penitencia.

Cuando todos hayan llegado a sus casas el maestro le dirá:

«Roque, puedes irte ahora».

Y usted tendrá que irse solito, sin tener con quién conversar en el camino.

5. — El ciego

¿Qué música es esa que suena en el zaguán?
Ha entrado un infeliz que pide limosna.
Está ciego.
Toca el *violín*. Su compañero toca el *clarinete*.

Esa niña *escucha* y *oye* lo que tocan.

Ella *mira* y *ve* a los dos músicos; pero el ciego no la ve a ella ni ve cosa alguna.

Anda por las calles sin ver nada.

Para él es siempre noche obscura.

No ve la cara de sus hijos.

¡Qué desgracia tan grande!

Reconoce a las personas de su familia y a los amigos por la voz.

También es capaz de reconocerlos con sólo tocarles la cara.

¡Pobres ciegos!

Nosotros no podemos comprender cuánto sufren.

Guardemos algunas de las monedas que de cuando en cuando nos dan papá y mamá, para entregarlas a esos desdichados.

¡Que siquiera no les falte pan ni a ellos ni a sus hijitos!

A los pobres les gusta mucho la limosna de los chicos, y cuando éstos dicen: *Tome, hermano*, conocen por la voz que es un niño quien se la da y se alegran...

¡Pobrecitos!

---

6. — El nieto mimado

¿Qué sucede?

Ya lo adivino.

El abuelo da a su nieto todo lo que éste desea; satisface todos sus caprichos y el chiquilín está mal acostumbrado.

Los *mimos* le han puesto insoportable.

Por cualquier motivo se enoja, llora, patalea, da manotones a *diestro* y *siniestro*.

Ahora ha cogido al abuelito por las barbas y no lo suelta.

Le hace bastante daño. Se le conoce en la cara al abuelito.

¡Cómo *frunce el entrecejo!*

El chico llora, rabioso, sin que le duela nada.

Muestra los dos primeros dientecitos que ya le han salido.

Al abuelito, en cambio, se le han caído casi todos.

Ved cómo tiene sumidos los labios

El uno empieza a vivir. El otro terminará pronto su *existencia.*

Representan la *infancia* y *la vejez.*

---

7. — ¡Buen provecho!

He aquí un montón de conocidos.
Todos son animales *domésticos.*
Hay perros, gatos, gansitos y pollos.
¿Nada más?

¡Ah! sí... A la izquierda, por entre las tablas, asoma la cabeza una gallina.

¿Será la madre de los pollitos?

Creo que sí.

Cuando la gallina estuvo *clueca,* la dueña colocó un montón de huevos en un nido preparado dentro de un cajón.

La gallina se echó sobre los huevos para *empollarlos* con el calor de su cuerpo.

Así estuvo 21 días, levantándose sólo de

Buen provecho!

tiempo en tiempo, para comer y moverse un poco.

Por fin salieron los pollitos, alegrando la casa con su *pío pío.*

Vedlos cómo buscan los granitos dispersos por el suelo, para comérselos.

Pero lo que más llama la atención en este cuadro, es el grupo de *cachorros* y gatitos.

Rodean un gran plato que debe contener leche.

¡Con qué ganas la beben!

Entretanto, las dos madres, la perra y la gata, como buenas amigas, contemplan satisfechas la animada escena.

Se trata de sus hijos, a cuya defensa acudirían las dos, si alguien intentara hacerles daño.

Lo mismo haría la gallina acometiendo a picotazos al que molestase a sus pollitos.

Ya sabemos que la gallina, los gansos y los pollos son *aves*, mientras que los gatos y los perros son *mamíferos.*

Decidme ahora: ¿Cuántos *cuadrúpedos* alcanzáis a contar en esa lámina?

¿Cuántos *bípedos?*

8. — El disfraz del perro

Rosa y Manuel tienen un perro negro, al que llaman *Tom*.

No le dejan tranquilo, pero Tom es muy paciente.

Verdad es que no le hacen daño.

Sin embargo, a veces el perro se cansa y se escapa.

—*¡Tom! ¡Tom!* grita entonces Manuel, corriendo detrás del animal.

Y Tom se deja cargar, sin que se le ocurra nunca morder a sus fastidiosos amos.

Esta mañana dijo Rosa:

—*Manuel, ¿quieres que disfracemos a Tom?*

Manuel aplaudió la idea y en seguida *pusieron manos a la obra.*

El fué en busca de Tom. Rosa trajo un pañuelo, que ató a la cabeza del perro, y ahí le tienen ustedes disfrazado.

¡Cómo goza Manuel con la ocurrencia de su hermana!

—*Parece una señorita*—dice.

—*Hola, señorita Tom, ¿cómo está usted?*

—*Le duele la cabeza*—exclama Rosa.— *Por eso se ha atado el pañuelo. ¿No es así, Tom?*

—*No. Es lavandera y tendrá que andar al sol*—replica su hermano. —*Por eso se protege tapándose la cabeza. ¡Bien hecho, Tom!*

El buen animal todo lo tolera. Parece que se diera cuenta del cariño que le profesan los dos chicos.

Después le darán un trozo de pan o de carne y le pondrán agua limpia en el tacho en que bebe.

Tom lo sabe y por eso es amigo de los dos.

9. — La sombra

Los dos hermanos estaban jugando.

Pedro, con su sable de madera en la mano, daba voces de mando.

—*¡Batallón!... ¡Paso redoblado!... ¡March!...*

Y él mismo imitaba el tambor.

—*¡Plam... rataplam... rataplam... plam... plam...!*

Su hermanito lo seguía, marcando también el paso.

Era ya el anochecer y estaban solos.

De pronto, vese en la pared una sombra, y *ambos* lanzan un grito de espanto.

El más chico se tira, horrorizado, al suelo, y llora.

Pedro no sabe si huir, abandonando a su hermanito, o quedarse.

Está *perplejo* y lleno de miedo.

El sable se le ha caído de la mano, y ya no se acuerda de su batallón.

—¡Vamos, pues, amigo!... No sea tan cobarde. ¿No ve usted que es una sombra producida por algún objeto que se *interpone* entre la luz y la pared?

Tal vez sea la sombra de otro muchacho que está ahí cerca y a quien usted no ha visto.

Tome su espada y atropéllela. Ya verá cómo la sombra no pelea.

O póngase usted delante y verá cómo cambia la figura.

No tenga miedo, que no le va a suceder nada.

Y no crea usted en *sombras, aparecidos y fantasmas* que hacen daño.

Eso no existe.

¡Son cuentos de gente ignorante o traviesa, para asustar a los chicos y a los tontos!

10. — Pepita y su abuelo

¿Quién puede contemplar esta figura sin *sonreir* y sin sentir inmediatamente simpatía por las dos personas que en ella aparecen?

El es, sin duda, el abuelito.

Ha sido pescador, seguramente. Lo digo porque veo la *red* debajo del sillón en que se halla sentado.

Colgado del techo, se ve el *esqueleto* de un *pez* grande. Lo conserva como recuerdo de quién sabe qué aventura.

Cerca del pescado, en un estante, se alcanza a ver un barquito de madera, quizá una *miniatura* de la embarcación en que el abuelo hizo sus primeros viajes.

¡Cuántas veces habrá peligrado su vida, luchando con las olas, y arrastrada su barquilla por furioso *huracán!*

¡Cuántas veces su mujer y sus hijos lo habrán esperado, llorosos, horas enteras, en *noches tenebrosas*, sentados en los *peñascos*, a la orilla del mar!

Ahora son sus hijos los que trabajan. El disfruta del bien ganado descanso.

Su placer más grande es divertirse con su nietecita.

En este momento él toca el acordeón y ella baila.

Me parece estar oyendo la pieza que ejecuta; alguna pieza antigua que él también bailaba en su niñez.

Hace rato que toca y le ha dado sueño al buen viejo. Se le cierran los ojos.

Sin embargo, sigue tocando y se ríe todavía al ver las graciosas posturas de la pequeña bailarina.

11. — La clase de canto

Es hora de cantar.

Todos los niños, menos dos, están de pie alrededor del *armonium* y de la mesa del maestro.

Aquí hay dos maestros. Uno acompaña el canto en el instrumento. El otro canta con los niños y los dirige.

Están ensayando un canto nuevo.

El día anterior copiaron *la letra* en el cuaderno de deberes generales.

Algunos ya la saben de memoria; por eso no tienen el cuaderno en la mano.

¡Con qué atención cantan todos!

Sólo hay uno que no canta. Es ese que está sentado junto *a la esquina* de la mesa del maestro.

Parece que llora.

—*¡Ah! ¿está usted en penitencia por no haber traído su cuaderno? ¡Qué vergüenza!*

Muchos de estos niños cantarán luego en sus casas también y reinará la alegría en el hogar.

A mí me gustaría que todos los días hubiese siquiera un cuarto de hora de canto en la escuela: con piano o sin piano.

Yo aprendí y sigo aprendiendo a cantar por *audición*. En mi casa no hay piano. Pero yo sé muchas canciones. Y canto siempre.

---

12. — Las estaciones

El año comprende cuatro *estaciones*.
Cada estación dura *tres meses*.
El *Otoño* empieza el 21 de Marzo;
el *Invierno* el 21 de Junio;
la *Primavera* el 21 de Septiembre;
y el *Verano* el 21 de Diciembre.

13 — Jugando a la abuelita y a la nieta

Tema de conversación y descripción oral.

14. — El ladrón de nidos castigado

¿Reís al contemplar esa figura?... En verdad que no es para menos.

Pero no es de risa la cara de Eustaquio.

Es grave lo que le pasa; y por cierto que lo tiene merecido.

— ¿No le han dicho a usted, caballerito, que es una crueldad ir a robar los huevecillos de los pájaros? ¿No sabe usted, señor don Eustaquio, que de cada huevo saldrá un *pichoncito* y que la mamá que los empolla los quiere, pues son sus hijitos?

¡Ah! ¿usted lo ha olvidado?

¿Trepó usted por el tronco, llegó hasta el nido, sacó los huevos que había dentro, los metió en su pañuelo y empezó a bajar, contento del éxito de su excursión por los aires?

¡Qué pronto cambió usted de cara al recibir el saludo de la madre!

Vuelva usted a cambiarla, amiguito, que la que pone ahora es muy fea. ¡Cierre esa boca, por favor!

Y suelte pronto el pañuelo; pues, de lo contrario, me parece que su cabeza se va a llenar de chichones más grandes que los huevos que ha robado.

Mire que ya le han arrancado la gorra y ahora los picotazos van a caer sobre el cráneo.

¡Que la lección le aproveche, don Eustaquito!

---

15. — Consejos, máximas, etc.

Sed corteses con todo el mundo, especialmente con vuestros padres y maestros, con los ancianos y con los desgraciados. En la calle, cededles siempre el lado de la pared.

***

Respetad a los hombres que visten blusa y tienen callos en las manos. Son los soldados del trabajo y los mejores servidores de la patria.

16. — Los perros

¡Noble animal! Es un *perro de Terranova*.

Si no hubiera sido por él, ese chico hubiera muerto ahogado.

¡Cuánto habría sufrido la madre!

El perro lo vió caer y se echó al agua *sin vacilar*, para salvarlo.

Buen trabajo le costó. Por eso está *jadeante*.

Si nadie viene *ladrará* para que *acudan* a recoger al niño.

También me gustan mucho los *perros de San Bernardo*. Esos salvan a los viajeros que se pierden entre la *nieve*.

Hay muchísimas clases de perros, desde los *mastines* corpulentos, hasta los *cuzquitos* y perros *ratoneros* que andan siempre *husmeando* alrededor de las cuevas.

¡Y qué diferentes son los unos de los otros!

Lo son por su *tamaño*, *forma*, *pelaje* y *costumbres*.

Son modelos de *fidelidad*. Llegan hasta *lamer* la mano del amo que los castiga.

Cuando se les hace una caricia, *menean* la cola en señal de alegría.

El perro es el *guardián* de la casa. Con sus *ladridos* avisa que alguien se acerca o pretende entrar. A los amigos de la casa los reconoce, y entonces no ladra.

Los ladrones se alegrarían mucho de que no hubiese perros,

17. — ¿En qué mano está?

Estos siete chicos acaban de jugar con muñecas, carritos y caballos de madera.

Ahora han cambiado de diversión.

Seis están sentados en un banco largo.

Una de las niñas está en pie, delante de la fila.

Esconde en una mano un objeto pequeño y, presentando las dos manos cerradas, pregunta a uno:

— *¿En la derecha o en la izquierda?*

El interrogado contesta señalando la mano que elige.

Si *acierta*, se cambian los *papeles:* a él le tocará esconder el objeto y preguntar para que los otros adivinen.

Si no adivina, la misma niña esconde otra vez el objeto llevando las manos atrás para que no la vean hacer los cambios.

Presenta en seguida las manos a otro de los jugadores, hasta que uno acierta.

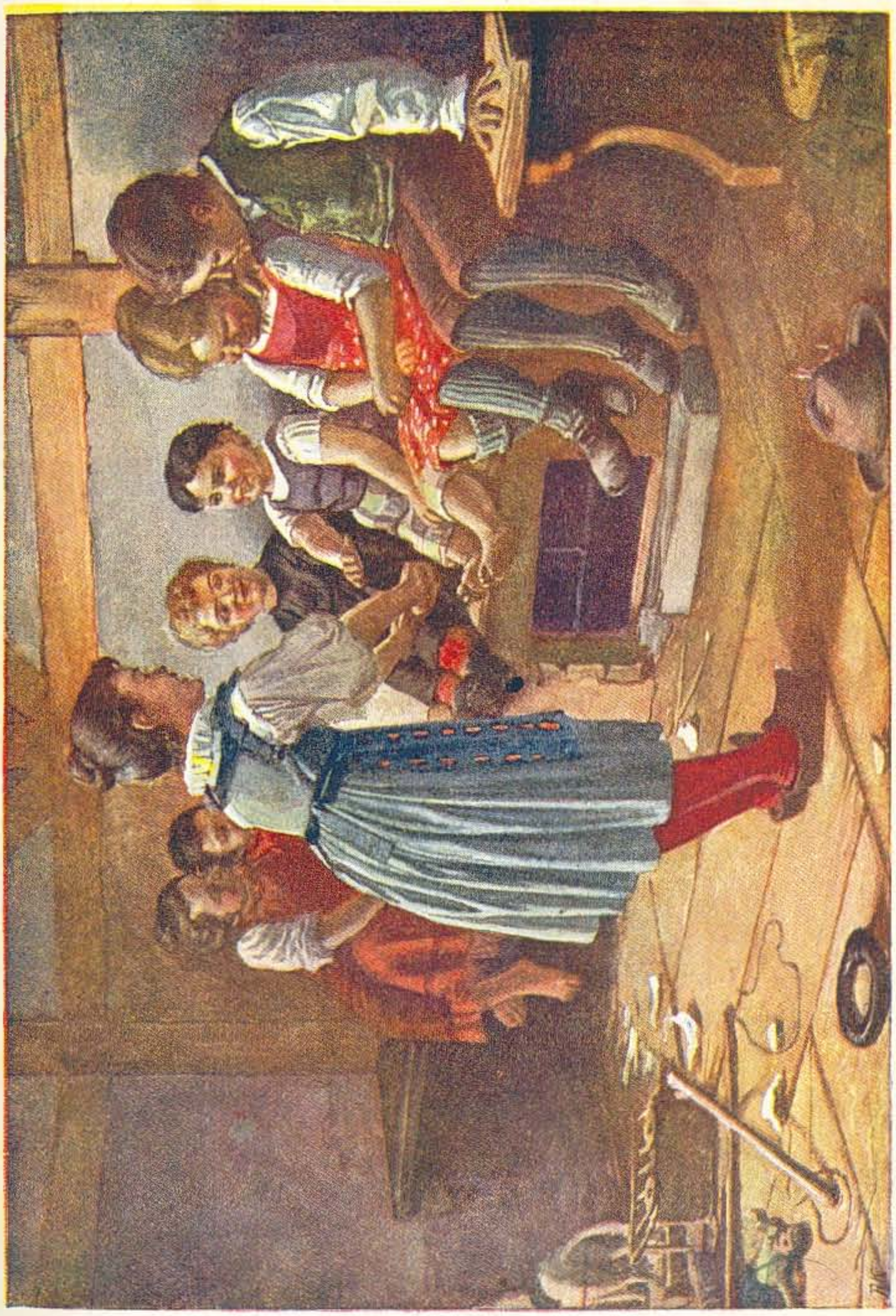
Y así se continúa.

¡Con cuánto gusto juegan estos chicos!

Observad la cara del que es interrogado en este momento.

¡Con qué alegre *ansiedad* mira a la que le pregunta!

¿Adivinará?... ¡qué chasco si elige la mano vacía!



¡En qué mano está?

¡Qué pronto y con cuánto placer la abrirá la que pregunta, estirando bien los dedos como para burlarse mejor del chasqueado!

— *Ahora me toca a mí adivinar*, dirá el que sigue.

Cuando le pregunten, todas las miradas se dirigirán hacia él.

Muy bien, queridos; jugad, jugad así, contentos todos y sin pelearos.

Así es como juegan los niños bien criados.

Después cantad un poquito.

Pero no juguéis siempre adentro.

Es mucho mejor jugar en el patio, en el campo, al aire libre.

---

18. — Esperando

Las *faenas* del campo concluyen.

Allá, a la distancia, apenas *se divisa* el carro, tan cargado de *gavillas*, que hasta las ruedas desaparecen entre ellas.

Sólo queda por recoger una hilera

Los labradores concluyen su trabajo.

Los gansos dejan oir contentos sus gritos. Han comido a discreción los granos abundantes que encontraron sueltos en el suelo.

Entretanto, los tiernos hijos de aquellos labradores esperan. Hace horas que están ahí, a la sombra de un paraguas, rodeados de yerbas y de flores.

El trabajo ha durado mucho y las dos criaturas se han aburrido de aguardar.

La más chica no pudo más y se quedó dormida.

La otra tiene cara de disgustada.

¡Cuánto tardan! parece estar pensando.

Tiene hambre, tal vez.

— Ten paciencia, hija mía; ya vendrán tus padres, que tanto te quieren.

Trabajan para ti.

Dentro de un momento estarán a tu lado, y después de acariciarte amorosos, repartirán contigo y con tu hermanita las provisiones que llenan ese canasto que tú cuidas.

Ten paciencia un momento más y piensa:

— *Yo estoy cansada de esperar, y, sin embargo, no he tenido nada que hacer, más que jugar con mi hermanita y cuidar el canasto.*

El paraguas me ha permitido reposar a la sombra.

Pero ellos, papá y mamá, al rayo del sol, han debido trabajar sin descanso y tendrán que empezar de nuevo más tarde.

¡No, no debo quejarme!

Cuando los vea venir, correré hacia ellos y los abrazaré agradecida.

¡Qué buenos son papá y mamá!

19. — Cogido en la trampa

¡Pobre ratoncito! Ha caído en la trampa.

Ya no hincará sus dientes en todas partes, sin respetar la madera de los muebles, ni los libros de la biblioteca, ni los papeles importantes del escritorio.

Ya no comerá el pan ni el queso dejados por descuido al alcance de sus saltos.

Triste suerte le espera. Ese muchacho, que le tiene asegurado entre alambres, no piensa en que le hará sufrir; y dentro de poco abrirá la puerta

de la trampa en la cual cayó, atraído por el quesito traidor.

El ratón entonces querrá huir; pero el gato, que le espera, saltará ágil sobre él y le atrapará.

Es cruel, muy cruel enemigo el gato; y eso no me gusta.

No le matará en seguida. Le herirá de la primer *dentellada*, como para que el animalito no pueda escapar muy ligero.

Pero antes de *ultimarle*, le soltará un momentito y se quedará contemplándole con *aparente* indiferencia.

Le empujará con sus patas, haciéndole rodar.

Tomará posturas graciosas.

Dejará que se aleje un poquito y cuando el ratón se crea *en salvo*, volverá de un salto a caer sobre él.

Por fin le matará y probablemente le dejará abandonado en un rincón, pues ese gato no debe tener hambre.

Parece el mimado de los dos chiquilines.

El ratón es un mamífero roedor.

20. — La careta

La mamá trabajaba tranquilamente en la cocina.

Antoñito, el hijo menor, comía contento su plato de sopa.

De repente, se oyen fuertes pisadas.

Es alguien que camina *taconeando*.

Los pasos se aproximan.

¿Quién será?

De súbito, una figura espantosa se presenta en la puerta.

Antonio da un grito de terror y se arrastra hacia la madre.

Esta se vuelve, asustada también.

El aparecido, que no es otro que su hijo Victorio, se arranca entonces la careta y se ríe.

Pero la actitud amenazadora de la madre, le demuestra que puede costarle cara la broma.

El no esperaba producir tanto efecto con ella.

Media vuelta, amigo, y huya; no sea que.....

---

21. — Pequeños pescadores

Oscar y Celina son hijos de un *botero*.

Viven cerca de la *costa*.

Todos los días se entretienen pescando.

Toma Oscar la caña y va a sentarse a la orilla del río.

Celina le acompaña.

Oscar pone el *cebo* en el *anzuelo* que está en la punta del hilo, y lo arroja en seguida tan lejos como puede, teniéndolo por la caña.

Espera ansioso.

De pronto siente unos tironcitos, y el hilo se hunde.

¡Ya está! exclama alborozado, y al mismo tiempo tira rápidamente.

¡Qué alegría!... De la punta del hilo cuelga un pececillo que se agita desesperado queriendo desprenderse.

Es inútil. El anzuelo está bien prendido y el pobre pez, fuera del agua, no tardará en morir.

Oscar repetirá la misma operación muchas veces y, si *pica*, llevará una buena cantidad de peces a su casa.

Su papá, su mamá y sus hermanitos disfrutarán del producto de la pesca.

Es bueno comer pescado.
Es alimento sano y de fácil digestión.

22. — El mimado de Luisa

Descripción oral o escrita. — Composición.

23. — El canario

Estos cuatro chicos son hermanos.

Los dos mayores, Jorge y Susanita ya han vuelto de la escuela.

Como su conducta es buena, su papá les regaló hace tiempo un canario amarillo, muy cantor.

Juegan con él.

Abren la jaula. El pájaro sale, pero no se escapa. Está acostumbrado a su encierro y, como lo tratan bien, se queda.

Todos los días le ponen *alpiste*, hojas de *lechuga* y le cambian el agua.

Entretanto, el canario pasa de mano en mano y todos le acarician suavemente.

Ahora le ofrecen un pedacito de *plantilla*. Es una masa muy suave y tierna, que tiene huevo.

— *Tome, querido, tome su comidita* — dice Susana.

— *¡Cuidado con empacharse!* — agrega Jorge.

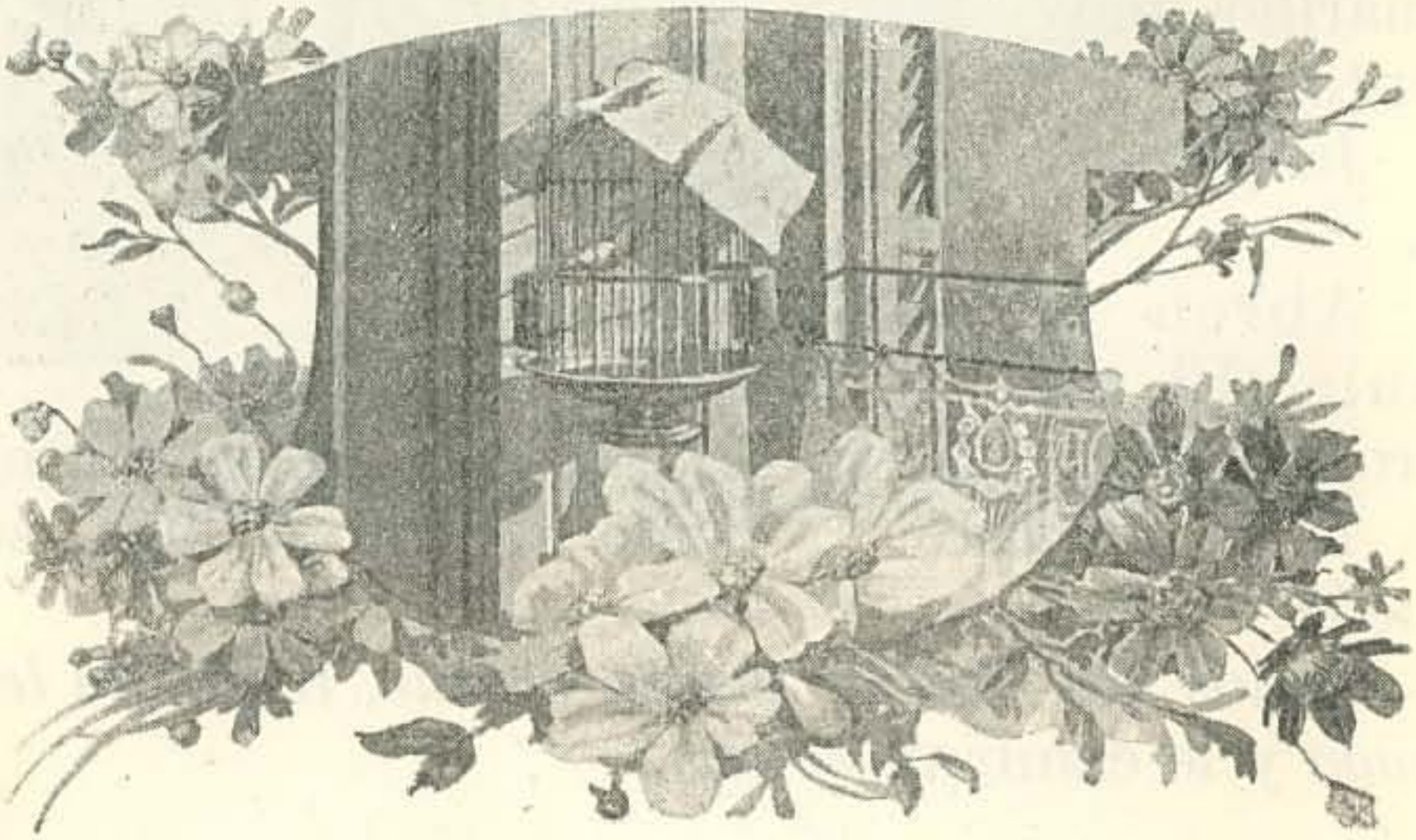
Cada uno dice su frase. El canario, como si comprendiera, contesta, de vez en cuando, con un gritito.

Ese pajarito es el «*mimado*» de los cuatro chiquilines.

Volverán a ponerle en la jaula y el canario cantará contento.

Suele cantar de noche también, cuando encienden las lámparas.

Y al amanecer, en cuanto los primeros rayos del sol penetran por la ventana entreabierta, se oyen los *trinos* melodiosos del lindo pajarito.



24. — Llueve en el comedor

¿Qué está haciendo este niño?

¡Pues, señor!... ¡Es ocurrencia!...

La mamá anda por las piezas interiores.

El padre, que ha vuelto de la calle, está trabajando en su escritorio.

Los niños, entretanto, juegan. Acaban de entrar al comedor, porque afuera está lloviendo. De pronto, Adolfo, que es muy travieso, dice a su hermanita:

— *Arminda, ¿quieres que hagamos llover adentro también?*

— *¿Y cómo?* — pregunta ella.

— *Ya verás: espérate un momento.*

Y saliendo al vestíbulo, toma Alfredo un paraguas que su papá había dejado allí, entra con él al salón y, colocándolo abierto en el suelo, sobre una hermosa piel, dice:

— *Ponte tú debajo, Arminda.*

La niña hace lo que le indica su hermano y entonces éste, cogiendo un botellón lleno de agua, comienza a volcar el líquido sobre el paraguas.

Ved la cara simpática de Arminda. ¡Qué gracia le hace la travesura de su hermano!

Ambos se divierten con esto, pero... cuando la mamá entra al comedor y vea lo sucedido, ¿se reirá también?

Es cierto que se trata de una familia rica, *a juzgar* por el aspecto del comedor y por el traje de los chicos, pero ¿es eso una razón para echar a perder las cosas?

¡Hum!... mucho me temo que los dos picaruelos se queden sin paseo esta tarde, aunque el tiempo se componga.

No han sido juiciosos.

Pudieron divertirse sin hacer daño.

25. — Las ovejas

Me gusta mucho esta lámina.

¡Cuántas ovejitas hay en ella!

Yo cuento cerca de una docena.

Hay un perro también.

¿A dónde irán?... Lo sé. No van muy lejos.

Salen ahí cerca, a pacer.

Andarán de un lado a otro, por el campo, comiendo yerbas.

La *pastora* las cuidará para que no se alejen demasiado, y para que no entren a comer en el campo del vecino.

La casa del vecino está lejos y éste no las vería aunque entraran.

Eso no importa. La pastora sabe que sería una mala acción, un robo.

El perro ayuda a cuidar las ovejas.

En algunos países donde hay *lobos*, el *perro del pastor*, que es grande y fuerte, pelea con el lobo e impide que éste mate a las ovejas.

¡Qué animal tan inteligente y servicial!

Por la tarde, las ovejas volverán al corral y en él pasarán la noche.

El perro también dormirá cerca de ellas para cuidarlas.

Las ovejas.

Las ovejas son animales muy útiles.

Nos dan su *carne*, que es muy *nutritiva*, y su *lana*, con la cual hacemos vestidos, *abrigos* y otras muchas cosas. También bebemos su *leche*.

El macho se llama *carnero* y tiene cuernos.

Los hijos, mientras son chicos, se denominan *corderos*.

El corderito *mama* la leche de la madre. Es un animal *mamífero*, lo mismo que el perro, el caballo, la vaca, el gato y muchísimos más.

Después, cuando tenga dientes, se alimentará de *yerba*, maíz, legumbres y otros *vegetales*.

Por eso decimos que la oveja es un animal *herbívoro*, como el caballo y la vaca.

El perro, el gato y el lobo se llaman *carnívoros*, porque se alimentan principalmente de carne.

El hombre come de todo. Es *omnívoro*.

¡Cuánto me gustaría tener un corderito y oir su balido: *Béee... Béee...!*

Lo cuidaría mucho, y como postre, le daría un poquito de sal.

La sal es, para él, una verdadera *golosina*.

26. — La abuelita y su nieta

¡Qué buena es abuelita!

Está tan vieja que habla con dificultad. Le falta gran parte de los dientes.

Su vista está cansada. Le cuesta mucho leer.

Sin embargo, en los días de lluvia o muy fríos, lee en un viejo libro de cuentos. Lee para su nietecita, que no puede correr por el patio o por la *huerta*. La nieta se llama *Dina*.

Se sienta junto al fogón, en el cual quedan algunas brasas.

Dina escucha la lectura con interés y después repite el cuento.

Cuando ha concluído, se echa al cuello de la abuelita y la llena de caricias.

— *Te quiero mucho, abuelita, pero mucho...*

Y a la abuelita suelen caérsele las lágrimas de alegría.

Ha tenido varios hijos y muchos nietos.

Algunos han muerto ya, causando la desesperación de la abuelita.

Después, resignada, ha sentido aumentar su cariño por los *sobrevivientes*.

Dina es la menor de las nietas que le quedan.

Es *su predilecta*. Daría por ella su vida.

Amemos mucho a nuestros padres y abuelitos. Sólo cuando nosotros también lo seamos, comprenderemos cuánto merecen nuestro respeto y cariño.

¡Cómo nos arrepentiremos, entonces, si alguna vez les hemos hecho sufrir con nuestra conducta!

27. — Obedientes, veraces y cariñosos

El mayor es *Federico;* el que está sentado es *Máximo;* la niñita se llama *Lucía*. Tienen tres cualidades que me los hacen muy simpáticos. Por eso pongo aquí sus retratos.

Son *obedientes*, *veraces* y *cariñosos*.

Por más entretenidos que se hallen en los juegos u ocupaciones propias de su edad, cuando el papá o la mamá los llama o les ordena alguna cosa, ellos no contestan:

EL LIBRO DEL ESCOLAR

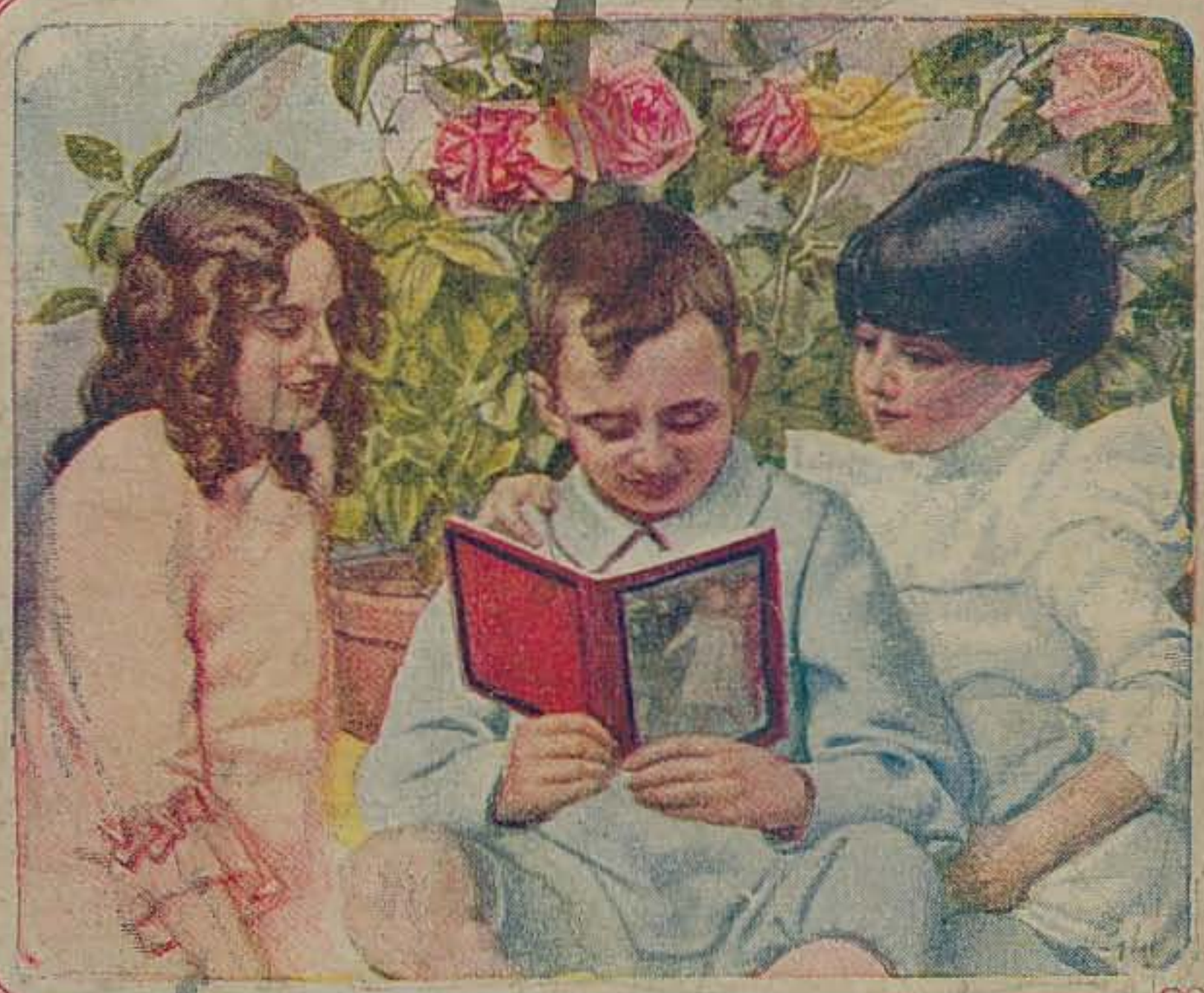
SERIE DE LIBROS DE LECTURA

2.º LIBRO

PARA NIÑOS DE 8 A 10 AÑOS DE EDAD

ADOPTADO POR LOS CONSEJOS DE EDUCACIÓN DE LAS PROVINCIAS DE BUENOS AIRES, CÓRDOBA, TUCUMÁN, SANTA FE, SALTA Y OTRAS

16.ª EDICIÓN



por el Prof.

PABLO A. PIZZURNO

EX-INSPECTOR GENERAL DE ENSEÑANZA SECUNDARIA Y NORMAL

EX-INSPECTOR TÉCNICO GENERAL DE ESCUELAS PRIMARIAS DE LA CAPITAL

AQUILINO FERNÁNDEZ E HIJO, EDITORES
VICTORIA, 2158
BUENOS AIRES

Precio $ 1.50 m/n.

LL
1901
PIZZ

EL LIBRO DEL ESCOLAR

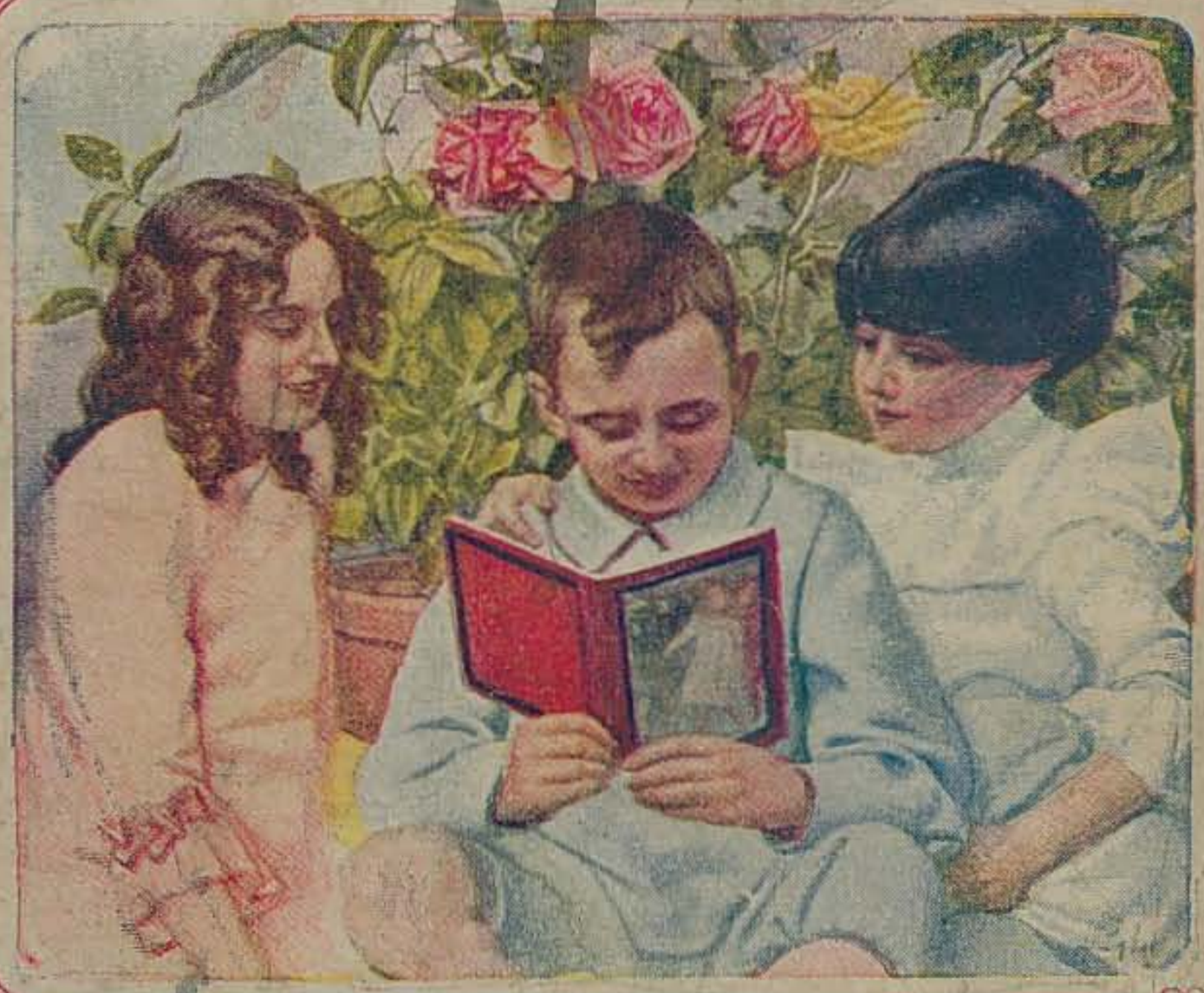
SERIE DE LIBROS DE LECTURA

2.º LIBRO

PARA NIÑOS DE 8 A 10 AÑOS DE EDAD

ADOPTADO POR LOS CONSEJOS DE EDUCACIÓN DE LAS PROVINCIAS DE BUENOS AIRES, CÓRDOBA, TUCUMÁN, SANTA FE, SALTA Y OTRAS

16.ª EDICIÓN



por el Prof.

PABLO A. PIZZURNO

EX-INSPECTOR GENERAL DE ENSEÑANZA SECUNDARIA Y NORMAL

EX-INSPECTOR TÉCNICO GENERAL DE ESCUELAS PRIMARIAS DE LA CAPITAL

AQUILINO FERNÁNDEZ E HIJO, EDITORES
VICTORIA, 2158
BUENOS AIRES

Precio $ 1.50 m/n.

LL
1901
PIZZ

Y muchos más morirían, si fuese necesario, para defenderla.

Debe ser algo muy digno de respeto y cariño, porque he visto el 25 de Mayo y el 9 de Julio, que cuando desfilan los soldados y pasa la bandera, todos saludan y todos aplauden.

Yo también quiero saludarla y cumplir lo que prometí a papá el otro día.

¡Sí! *Cada vez que pase por delante de una bandera argentina, me sacaré el sombrero, respetuosamente, como cuando oigo tocar el Himno Nacional.*

Papá dice que la bandera es el *símbolo* de la patria.

¡Me gusta el símbolo de la patria argentina!

---

29. — En la escuela

Tocan la campana.
Los niños se forman inmediatamente.

¡Qué bien alineados están todos!

Cada maestro recorre las filas de su clase pasando revista de aseo.

Todos vienen limpios y arreglados.

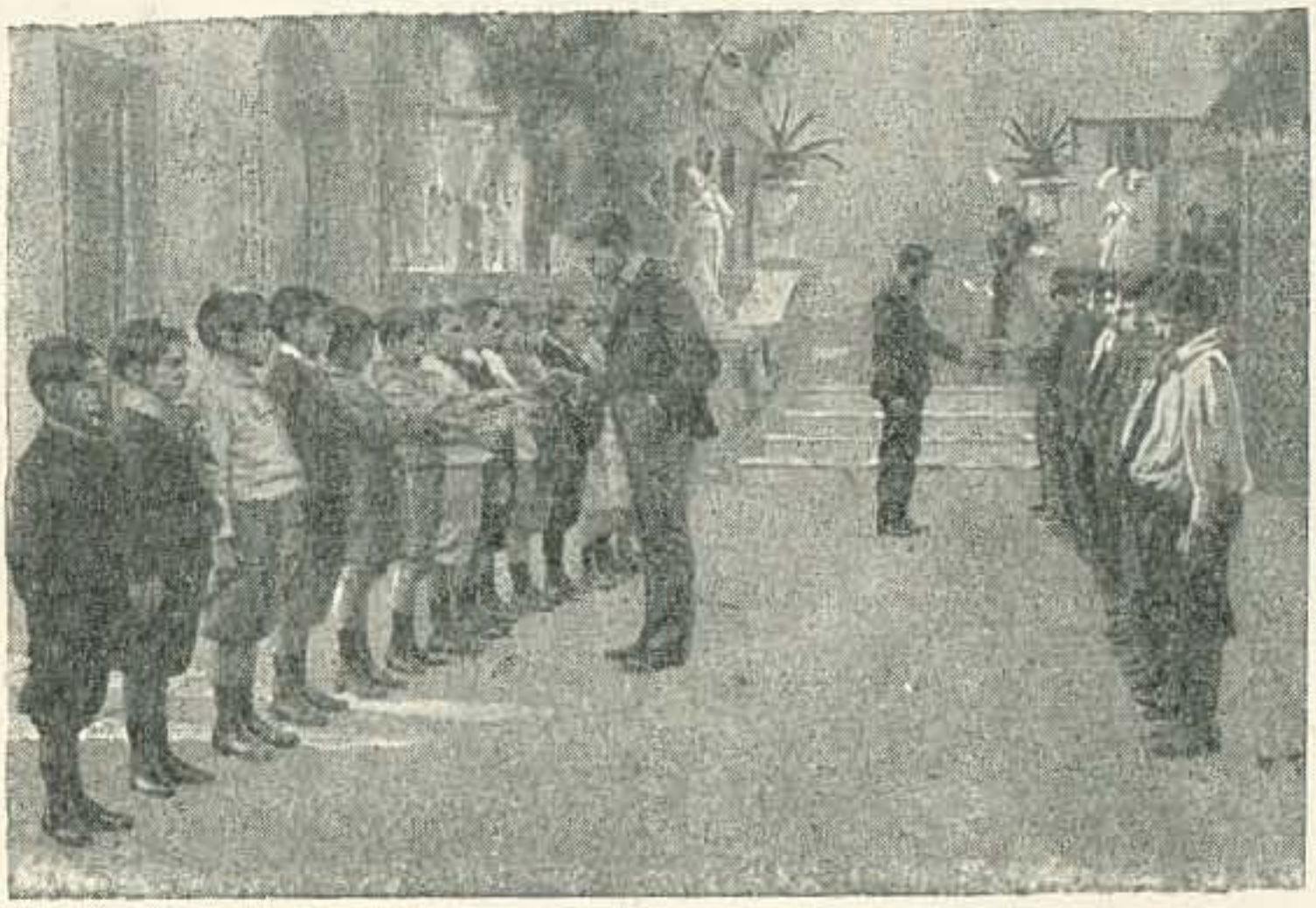
¡Qué vergüenza para el que se descuida!

Tiene que salir de la fila para ir a lavarse o volver a su casa para poner en orden su ropa,

pegar el botón que falta, arreglar las desgarraduras del vestido.

A muchos niños jamás les sucede eso, porque son muy ordenados y porque su mamá también les pasa revista antes de despedirlos.

Suena el timbre. Todos los grados dan *flanco*



...pasando revista de aseo.

a la derecha y marchan a sus respectivas salas de clase.

Cuando están adentro, el maestro *pasa lista*.

—*¡Presente!* contestan los niños a medida que aquél los nombra.

Nadie responde con gritos destemplados. El maestro no lo consentiría, y ellos son niños respetuosos.

Apenas han transcurrido *tres minutos*, desde que se tocó la campana, y ya empieza la lección.

¡Claro! En esta escuela hay *disciplina* y no se pierde tiempo.

En algunas escuelas los niños reunidos en el patio, cantan antes de la primera hora de clase, y por la tarde, antes de salir.

Me gusta mucho esa costumbre.

---

30. — La lección de lectura

— *¡Lectura!* — dice la maestra; e inmediatamente todos los niños toman su libro y lo abren. Ya saben en qué página van a leer porque la maestra se lo previno el día anterior.

Así todos han podido *preparar* la lectura.

Muchos alumnos levantan la mano, sin sacudirla ni golpear los dedos. Quieren ser los primeros en leer.

— *Lee tú, Luis* — dice la maestra.

Todos bajan entonces la mano, y Luis, contento, se pone de pie, bien derecho, teniendo el libro en la mano izquierda.

Empieza a leer con voz clara y sin apresurarse.

Lee con mucha *naturalidad*.

En ciertos momentos, especialmente cuando en el capítulo figuran personas que conversan, Luis lee de tal manera, que si se le oyera sin verlo, no se creería que lee, sino que cuenta él mismo todo lo que dice.

Herminia lee nuevamente...

Es el mejor lector de la clase.

— *Continúa tú, Herminia.*

Herminia tampoco lee mal, pero canta un poquito y se apresura mucho.

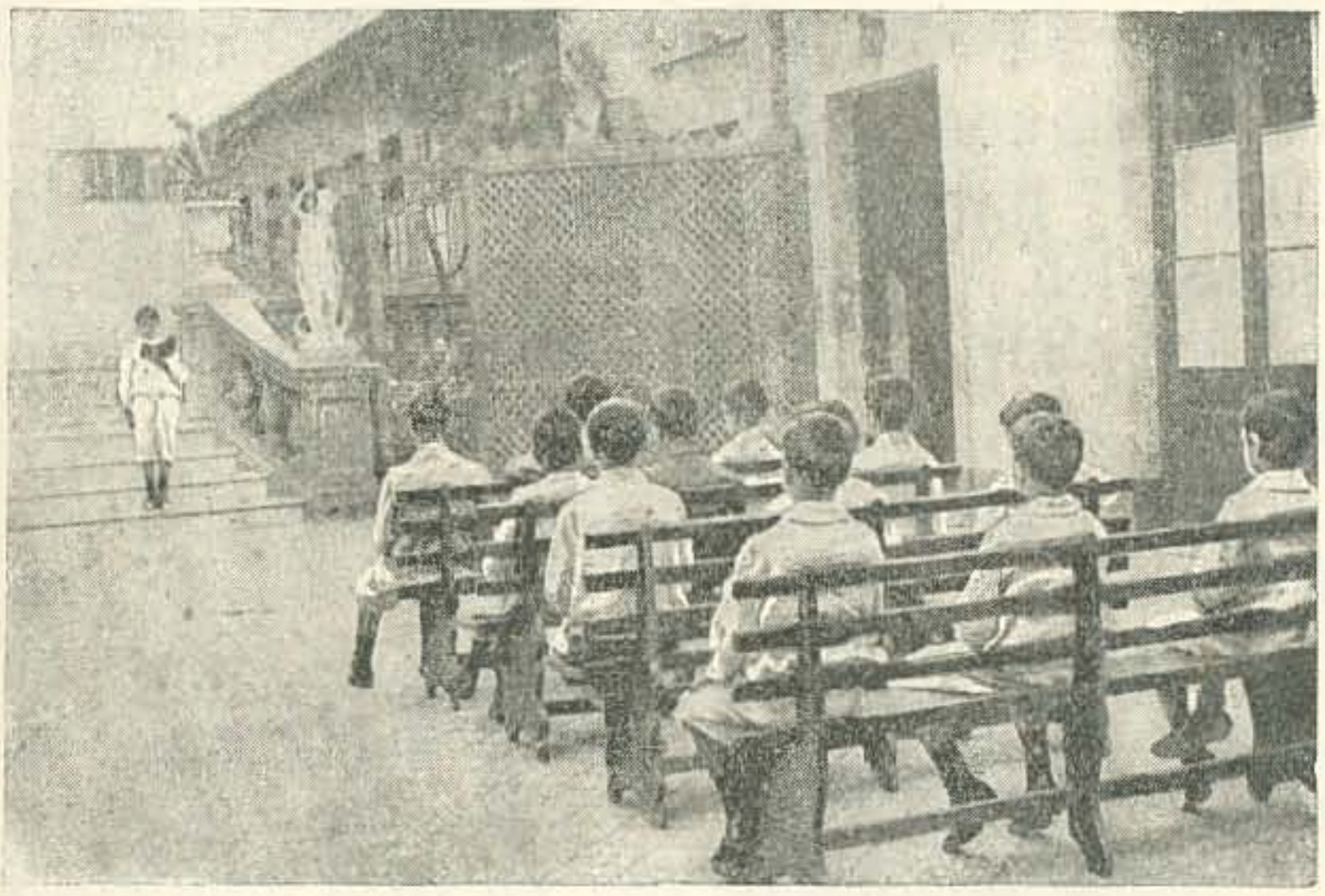
— *No corras, Herminia, que hay muchos puntos y comas en el camino. Puedes tropezar y ha-*

certe daño — dice la maestra riéndose. Los niños se ríen también.

— *Es cierto, señorita. Siempre me olvido. ¿Quiere usted que empiece otra vez?*

Herminia lee nuevamente los mismos párrafos y lo hace mucho mejor.

— *Muy bien... muy bien, Herminia... A ver tú, Eulalia.*



...Lo mismo hacen en la clase de varones.

Eulalia lee siempre como si tuviese miedo. Apenas se la oye. La maestra la manda entonces al fondo de la clase y ella se coloca en el otro extremo. Así la obliga a levantar la voz.

De tiempo en tiempo le dice.

— *No oigo, Eulalia... Un poco más alta la voz... Así... eso es... Está bien...*

Y Eulalia se anima poco a poco.

Cuando ella u otra se equivoca, las demás levantan la mano para corregir.

Con frecuencia van a leer al patio, al aire libre. Lo mismo hacen en la clase de varones.

Cuando algunos leen mal, la maestra misma lee para que la imiten.

Todos los días lee la maestra.

Eso me parece muy bien.

De vez en cuando se suspende la lectura para explicar alguna palabra que los niños no entienden, o para hacer algún *comentario* sobre lo que se lee.

Sin embargo, la maestra prefiere explicar, antes de leer, las palabras desconocidas, para no tener que interrumpir la lectura. Dice que ésta resulta así más interesante.

Tiene mucha razón.

Suele también dejar los *comentarios* para el final.

— *No se olviden de leer en casa siquiera diez minutos, en voz alta, todos los días* — dice casi siempre la maestra al concluir la lección.

Ahora me explico los progresos de esa clase y el interés que despierta la lección de lectura.

El libro elegido ayuda mucho también.

¡Cuánto me gusta oir una lectura bien hecha!

— *¡Yo quiero ser un buen lector y lo seré!*

31. — El mimado de Luisa

Descripción oral o escrita. — Composición.

32. — Mentir es cobardía

Leopoldo, a quien llaman *Polito*, no ha cumplido cuatro años. Es un buen niño, pero el otro día cometió una falta muy grave. Estaba jugando, solo, con una copa. En un descuido, ésta se le cayó y se hizo pedazos.

Llegó poco después el padre, vió la copa rota, llamó a su hijo y le preguntó:

— *¿Cómo se ha roto esta copa?*

— *¡Yo no sé, papá!*

— *¡Cómo!... ¿No fuiste tú quien la rompió?*

— *¡No, papá!* — replicó Polito, confundido y mirando al suelo.

El padre, entonces, se puso muy serio, como pocas veces lo había visto su hijo, y exclamó:

— *Veo que eres un niño que no sirve ni servirá*

nunca para nada. Por temor de un castigo, has faltado a la verdad. Eres un cobarde. No eres mi hijo.

Polito, a pesar de su poca edad, si no comprendió, sintió, al ver la cara de su padre, y al oirle, que debía ser muy despreciable cosa mentir; y entonces, colorado de vergüenza, pero con voz resuelta, dijo:

— *Sí, papá, yo la he roto.*

El padre desarrugó el entrecejo y contestó contento:

— *Bueno. Ahora has hablado como un hombre.. Ahora sí creo que eres hijo mío, y estoy seguro de que nunca más mentirás. ¿Me lo prometes?*

— *Sí, papá.*

El padre lo abrazó satisfecho.

33. — Las plantas

Yo sé los nombres de las partes principales de un *vegetal*. Son tres: la *raíz*, el *tallo y las hojas*.

La *raíz* está casi siempre dentro de la tierra. Sostiene la planta, y la alimenta chupando los *jugos* que aquélla necesita para vivir.

El *tallo* se eleva en el aire.

En las plantas grandes o *árboles*, que dan madera, el tallo se llama *tronco*. Del tallo salen las *ramas* y de éstas las *hojas* y las *flores*. Las flores dan después los *frutos* y los frutos contienen la semilla, capaz de producir nuevas plantas.

Los vegetales son utilísimos. Nos dan su madera, sus hojas, sus flores, sus frutos, etc., que empleamos de *múltiples* maneras, para la habitación, el alimento, el vestido, los medicamentos, etc.

Los árboles dan además su sombra, y los *bosques* prestan servicios importantes de otro género.

He oído decir a mi papá y también al maes-

tro, que todo buen ciudadano debe contribuir al bien general plantando árboles. Y yo creo entonces que si cada niño se comprometiese a plantar siquiera uno por año, se haría, sin gran trabajo, un servicio al país.

Un bosque.

Yo plantaré, por lo menos, un árbol todos los años.

---

34. — Una conspiración

En esa lámina hay cuatro niños.

¿Cómo cuatro?... Yo no veo más que tres: dos varones y una niña.

¡Ah!, sí... es cierto... ahora veo el cuarto... Está allí, al fondo, a la izquierda.

¿Qué hace? ¿Por qué no está con los demás?

Ya sé lo que sucede.

Los cuatro han andado jugando entre los árboles, buscando frutas tal vez, o entreteniéndose

con el canto de los pájaros y viéndolos volar de rama en rama.

Por fin, uno de ellos, que ha saltado y corrido más que los otros, sentóse a descansar junto a un árbol y se quedó dormido.

Los tres restantes están tramando ahora alguna travesura, seguramente. No hay más que mirarles la cara para adivinarlo.

Uno, ese que está arrodillado en el suelo, es el que propone la broma que han de dar al compañero.

Creo que no ha de ser una broma pesada, porque los tres chicos tienen cara de buenos.

¿Qué proyectarán?

¡Ah!... ya sospecho alguna cosa.

Observad bien las figuras... ¿Qué veis?

El arrodillado, cerrando los dedos *índice*, *mayor*, *anular* y *meñique*, señala con el *pulgar* al niño dormido y dice probablemente:

— *¿Vamos a despertarlo dándole un sustito?*

Los dos compañeros acogen con *júbilo* la idea. El que tiene el sombrero puesto propone que la broma sea con agua.

Mirad a espaldas de la chiquilina.

¿No veis aparecer por allí la mano de su vecino, señalando con el *índice* el chorro de agua que cae ahí, cerquita, a la derecha?

Apenas se distingue, es cierto; pero, si os fijáis bien, lo veréis.

Juntarán bien las manos como quien forma una taza con ellas; llenarán de agua esa taza

Una conspiración.

rara y acercándose, sin hacer ruido, al compañero... ¡zás!... a un tiempo volcarán sobre él, rápidamente, el fresco líquido.

¡Qué salto va a dar dentro de un momento el dormilón!

Y ¡qué carcajada van a soltar los tres picaruelos!

Me parece oirles y verles correr huyendo, antes que el otro, en un primer *ímpetu* de impaciencia, los atropelle.

Pero no se disgustarán, porque son buenos amigos.

Además, la broma es inocente. El ligero baño no será muy desagradable, puesto que no hace frío.

Estamos en primavera. Se conoce por los trajes poco abrigados de los chicos y porque las plantas están cubiertas de hojas y de flores.

35. — En el buen y en el mal camino

Descripción oral o escrita. — Composición.

36. — El día de dos niños bien educados

I. — Por la mañana

Es de día.
La luz entra por la ventana.
Atilio se despierta, abre los ojos, ve la luz y piensa:

Ya es la hora de levantarse.

Y como es un niño bien acostumbrado, se tira inmediatamente de la cama.

Se calza, se pone una parte del vestido y va a lavarse.

Para lavarse, toma siempre agua fresca.

Hace bien en no usar el agua que ha estado dentro del dormitorio durante la noche.

Se lava por lo menos en dos aguas.
En la primera usa el jabón.
En la segunda se enjuaga.
Atilio no tiene miedo al agua y se lava bien.

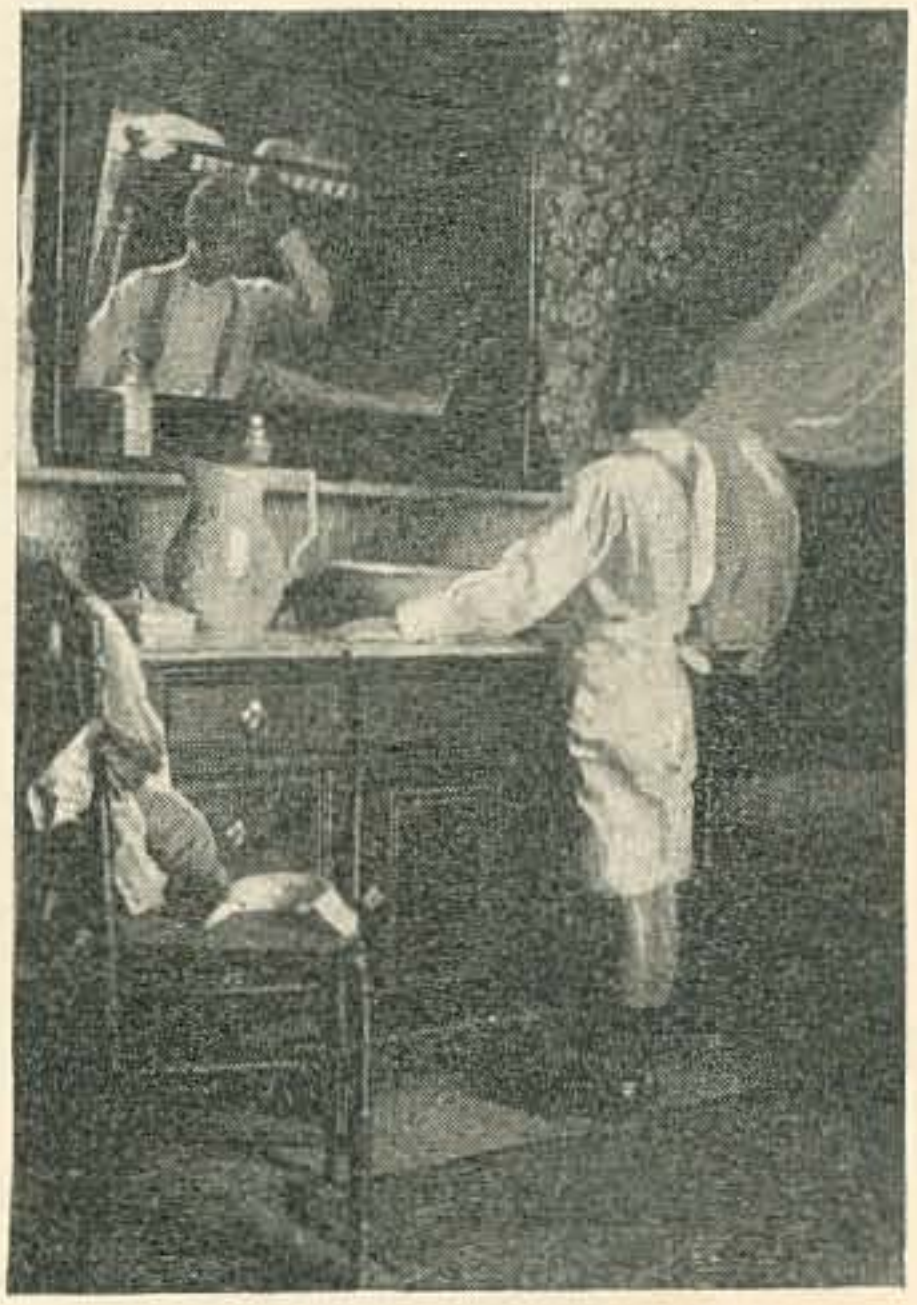
Pasa sus manos por todas las partes de la cara, es decir por *la frente, las sienes, las cejas, los ojos, las mejillas, la nariz, los labios y la barba.*

Se lava las *orejas* y la *nuca*.

De tiempo en tiempo se jabona también la cabeza.

Tiene siempre limpio el cabello.

Se lava los *dientes*, tanto los del frente o *incisivos*, como los *caninos* y los *molares*. También se lava las *encías*.



Se enjuaga en seguida la boca, se seca y después se peina.

No se deja el pelo sobre la frente. Eso me gusta.

Debe andarse siempre con la frente descubierta y levantada.

Atilio concluye de vestirse, y si hasta entonces no ha visto a su mamá o a su papá, va en busca de ellos para darles los buenos días.

Nunca deja de cumplir este deber.

Sus hermanitos han hecho lo mismo que él.

Todos están listos y van contentos a tomar *el desayuno*.

Son las seis y media de la mañana.

Después del desayuno juegan en el patio o en el fondo. Saben muchos juegos, que Atilio y Sara aprenden en la escuela y que enseñan a sus dos hermanos menores.

A las siete se ponen a preparar los deberes para la escuela.

Casi siempre terminan en media hora, porque la maestra no les da trabajos difíciles ni largos. Además tienen la excelente costumbre de leer, por lo menos diez minutos en voz alta, pronunciando b i e n. Un cuarto de hora antes de las ocho, dicen:

...jugando en el fondo.

— *Hasta luego.*

Y se van juntos a la escuela, a la que llegan en diez minutos.

II. — En la calle

Atilio y Sara toman el camino más directo para ir a la escuela. No se paran para ver los juegos de los vagabundos que no estudian.

No se detienen en ninguna parte.

Si por cualquier motivo se produce un tumulto, ellos dos no aumentan los grupos. Siguen su camino.

No corren; miran por donde van, para no atropellar a las personas.

Antes de cruzar las calles, dejan pasar los

carros o coches que llegan. *Son prudentes.* Dan siempre el lado de la pared a las personas mayores.

Me gusta verlos cuando se encuentran con un anciano, un niñito solo, un desgraciado, un ciego, por ejemplo. ¡Cómo se apresuran a darles la mano para cruzar la calle!

A veces se oye de pronto a uno de ellos de-

Vagabundos.

cir al otro, tocándole rápidamente el brazo:

¡Ahí viene «la señorita»!

Es la maestra, en efecto. ¡Con cuánto cariño se saludan!

Atilio no deja nunca de sacarse la gorra respetuosamente. Lo mismo hace cuando se encuentra con otras personas mayores, conocidas.

Atilio se saca la gorra...

No se juntan nunca con otros niños si no les son conocidos. Y si los conocen y no son niños de buenas costumbres, tampoco los buscan. Saludan y siguen.

Nunca llegan tarde a la escuela, ni tampoco antes de la hora señalada, es decir, cinco minutos antes del toque de formación.

Son niños *puntuales*.

III. — En la escuela

En clase, — Cuidado de los úliles

Atilio y Sara ocupan su banco, sin hacer ruido al levantar o bajar el asiento.

Están siempre bien sentados. No apoyan el pecho en el borde de la mesa cuando escriben, ni inclinan mucho el cuerpo.

Ellos saben ya que, tarde o temprano, las posturas viciosas perjudican la salud.

La maestra cuida mucho de que todos estén bien sentados y cómodos.

Conservan bien su banco, en el que no se ve el menor desperfecto. El otro día, por la mañana, a Sarita se le cayó, en un descuido, una gota de tinta sobre la mesa.

¡Qué colorada se puso! Por de pronto la limpió rápidamente con su papel secante. Por la tarde trajo limón, y, antes de empezar la clase, pidió permiso y entró para hacer desaparecer del todo la mancha.

...bien sentados y cómodos.

Ni ella ni Atilio arrojan papeles al suelo.

¡Qué limpios conservan su libro de lectura y sus cuadernos!

¡Ni una rotura, ni una manchita se ve en ellos!

...trajo limón y...

Y ¡qué bien disponen sus deberes en las páginas de los cuadernos!

Dejan un margen no muy grande. No saltean el *dorso* de la hoja. Utilizan todas las páginas. Tampoco dejan mucho espacio entre un trabajo y otro. Cuando terminan una copia, un dictado o un problema, trazan una ra-

vita en el medio del renglón siguiente y nada más. Saltean un renglón, y en el que sigue ponen con letra el título del nuevo deber.

UNA PÁGINA DEL CUADERNO DE ATILIO

Copia

El que no siembra no recoje.
Lo que se quiere se puede
El mal obrero se queja siempre de sus herramientas.
Tengamos un lugar para cada cosa y pongamos cada cosa en su lugar.

---

empanadas Problema - 8 m empanadas han costado 56
empanadas centavos; cuánto costarán 3 m empanadas
empanadas Resolución - Si 8 m empanadas valen ..... 56 cs
1 " valdrá 56 : 8 = ... 7 "
y 3 " valdrán 3 x 7 = ... 21 "
Respuesta = 21 centavos

Composición

Puntos cardinales - Si me coloco dando frente al punto por donde sale el Sol, tendré: al frente, el Este; a mi espal-
izquierda da el Oeste; á mi izquierda, el Nor

Así no desperdician papel y, sin embargo, los deberes no se confunden.

Quiero que veais siquiera una página del cuaderno de deberes. En él escriben todos los trabajos, todos, todos. Así lo quiere la maestra. Sólo tienen separado el cuaderno de dibujo.

Todo eso me parece muy bien.

Conducta. — Lenguaje

Atilio y Sara son *amables* con sus condiscípulos.

Jamás tienen una palabra grosera en los labios.

Nunca hablan mal de nadie.

Si otro viene a contarles algo en contra de un compañero, ellos suelen decir:

— Debes estar equivocado... Yo no lo creo... Y cambian de conversación.

Sus padres les han enseñado a proceder así. Dicen que los *chismes* son propios de gente mal educada.

Sarita y su hermano son muy respetuosos con los maestros.

Obedecen siempre sin discutir.

¡Con qué placer se levantan para contestar cuando les preguntan!

Lo hacen sin apresurarse, con voz natural y pronunciando claramente.

Si alguna vez no saben una cosa, no respon-

den, adivinando o diciendo mal, como otros hacen. No, ellos dicen en seguida:

— Discúlpeme, señorita... Eso yo no lo sé.

Sara suele ser *monitora* de la clase. La maestra le encarga que recoja los cuadernos o que

los reparta, que apunte los deberes en el pizarrón, etc. Ella lo hace con tanta amabilidad, que las demás la atienden como si fuera una maestrita.

En el recreo

En los patios juegan, corren, saltan, se ríen como todos, pero sin excesos. No se atropellan, no se arrojan al suelo, no se estropean la ropa.

A Sarita le gusta mucho saltar a la cuerda y dar vueltas a ésta para que salten sus compañeras, mientras que algunas prefieren el *¡Pescador, pescador!... ¿me dejarás pasar?* y otros muchos juegos.

Los varones, que tienen sus patios separa-

dos en el fondo y en el piso alto, juegan al *rescate*, al *mosquito bombo*, a la *mancha*, a la *rayuela*, etc.

Nunca se ve a Sarita o Atilio jugar de manos, ni tener discusiones desagradables. Jamás hacen trampa.

Sus padres y sus maestros les han enseñado que en el juego, como en todos los momentos de

la vida, sin excepción, deben ser leales y veraces; y ellos lo son.

A veces discuten con entusiasmo defendiendo lo que creen su derecho; pero, si al oir las razones de sus compañeros se convencen de que estaban equivocados, se apresuran a decir:

— *¡Es cierto! ¡estaba equivocado! ¡discúlpame!*

A veces las niñas juegan a las escuelas, marchan, hacen gimnasia y suelen decir a Sara las demás:

— *Tú que eres nuestra monitora, mándanos.*

Ella, contenta, se pone al frente y manda.

Sara dice que quiere ser maestra y que cuando sea grande ingresará a la Escuela Normal.

Me parece buena idea.

Atilio dicc que quiere ser un gran *agricultor*.

¡Magnífico pensamiento!

IV. — En casa

Tanto a Sarita como a su excelente hermano, les gusta mucho la escuela y van contentos a

...a la rayuela

ella; ¡pero con cuánta alegría regresan a su casa por la tarde!

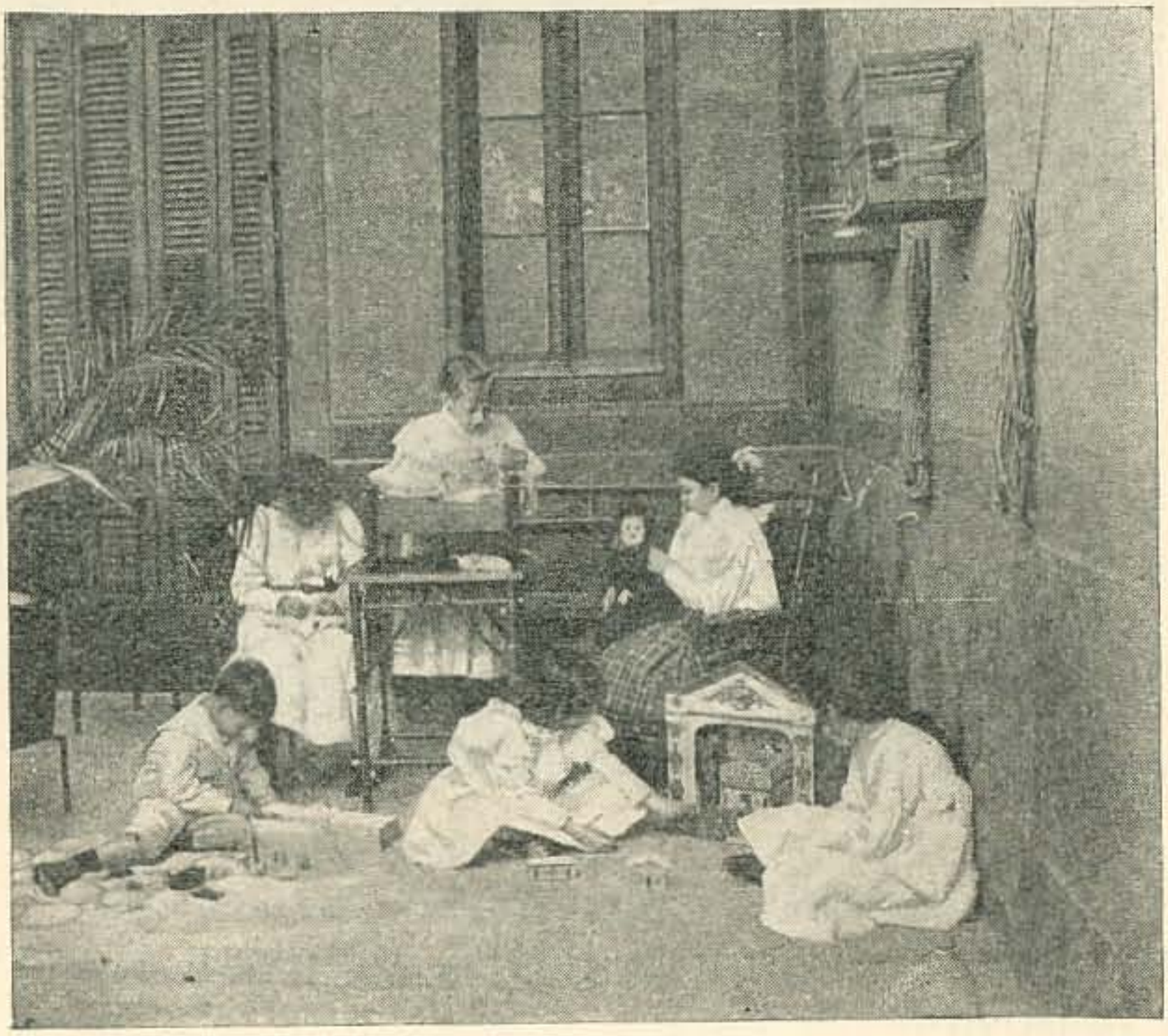
Apenas llegan, no pueden contenerse y entran corriendo en busca de su mamá, que los recibe en sus brazos. Haydée y Raquel también los esperan impacientes.

— *¡Ahora a guardar los libros y a jugar!* — exclama la madre.

Y los cuatro hermanos no se hacen repetir la orden.

Un minuto después brincan como cabritos, corriendo de un lado a otro, jugando de mil maneras.

A veces vienen dos primitas que viven cerca y entonces suelen sacar todos sus juguetes.



Tienen muñecas, camitas, casitas de madera y hasta un teatrito.

Cuando llega el papá, que ha estado trabajando afuera durante el día, todos corren a abrazarlo.

Poco después van a la mesa.

V. — En la mesa

Si todavía no supiéramos cómo son Sarita y Atilio, nos bastaría verlos a la hora de la comida para conocerlos.

Cuando llaman a la mesa, se presentan inmediatamente.

Entran al comedor y se colocan junto a su silla.

Esperán que su papá, su mamá y las otras personas mayores, si las hay, se sienten. Después lo hacen ellos.

Si miráis sus manos, notaréis que están bien limpias. Saben que es necesario lavarse antes de venir a la mesa.

Sus uñas nunca están *de luto*.

¡Qué bien se sientan! No ponen el codo sobre la mesa.

No se mueven ni gesticulan mucho.

Cuando les sirven la sopa no se apresuran a tomarla; esperan que los demás empiecen.

No llenan demasiado la cuchara ni hacen ruido con la boca al sorber el caldo. No soplan para enfriarlo.

Cuando traen carne u otro alimento sólido cortan trozos convenientes, nunca muy grandes.

Jamás llevan el cuchillo a la boca.

Para cortar, no separan nunca los brazos del cuerpo. Así no incomodan a sus vecinos.

No hablan nunca con la boca llena.

Antes de llevar el vaso a la boca, se pasan delicadamente la servilleta por los labios.

Si, por casualidad, encuentran en el plato alguna cosa desagradable — una mosca, por ejemplo, — no dicen nada. Procuran que los demás no lo noten.

Jamás limpian el tenedor o el cuchillo con la servilleta.

Comen con moderación.

Nunca se les oye decir:

— *No quiero esto. Denme de aquello.*

Si algún plato o el postre les gusta mucho, sólo piden más cuando no hay personas extrañas. Y lo piden con mucha cortesía.

— *Mamá, ¿puedes servirme otro poco de dulce?*

Y cuando han sido satisfechos sus deseos, nunca dejan de decir:

— *Gracias, mamá.*

Al terminar doblan la servilleta y la colocan en su aro.

No se levantan de la mesa hasta que su mamá o su papá dan la señal.

¡Cómo gustan los niños así educados!

Cuando Atilio sea hombre y lo inviten a un banquete en casas extrañas, podrá asistir a él tranquilo.

No hará nunca un papel ridículo.

VI. — De noche

Después de comer, todos rodean a papá y a mamá.

Refieren cuentos, miran libros o revistas *ilustradas*, juegan al *dominó* y cantan.

— *Papá, cantemos un poquito* — dice Sara.

Todos se acercan al padre. Haydée, que tiene tres años, se sienta sobre sus rodillas y empieza el canto.

El padre o la madre les enseñan canciones nuevas.

A veces son Sara y Atilio quienes repiten las que les han enseñado en la escuela, para que puedan aprenderlas sus padres y hermanitos.

Suele venir la abuelita. ¡Con cuánto gusto la rodean entonces sus nietecitos, para oir los cuentos y ver las figuras de los libros que a menudo les trae!

— *¡Vamos a ver ahora cómo han aprovechado hoy el tiempo en la escuela!* — suele decir después la mamá.

Los dos hermanos cuentan entonces lo que han hecho durante el día, traen sus cuadernos y muestran los trabajos.

— *¡Hola, hola!... aquí veo algunos errores de ortografía... ¿Cómo es esto, Atilio?... ¡Debía ser muy rica la empanada!* — dice el padre, que también está mirando.

— *¿Por qué, papá?*

— *Porque veo que te has comido un palito de la m, has escrito enpanada* — contesta riéndose el padre, mientras le da un tironcito de orejas.

— *¿Y qué es lo que más os ha gustado de todo lo que habéis hecho hoy?* — interroga la madre.

— *A mí, la lección de geografía, porque la maestra nos mostró fotografías muy bonitas, con islas, montañas, ríos, mares y otras cosas* — responde Sara.

— *A mí* — *dice* Atilio, — *la historia que nos leyó el maestro, titulada «La honradez de un niño». Está en un librito francés.*

El padre se hace repetir la historia, y con ese motivo, continúan conversando alegremente un buen rato.

Después juegan, hasta que se oye la voz de la madre, que dice:

— *¡Chicos, son las 8 y media!*

— *¡A dormir!...* gritan todos a un tiempo, y corren a dar un abrazo a sus padres.

— *¡Buenas noches, papá!*

— *¡Buenas noches, mamá!*

— *¡Dormid bien, queridos!*

Mientras se desvisten, se oye a Sara gritar, desde su cuarto, a su hermano:

— *No te olvides, Atilio, de que no hay que dormir encogidos, sino estiraditos, para crecer mejor. Y con los brazos fuera, como dice papá, porque eso es muy saludable!*

— *Ya lo sé.*

Sigue un momento de silencio y en seguida se oye todavía un gritito. Es la voz infantil de la pequeña Haydée, que dice desde la cama:

Te mando un beso, mamita!

— *¡Te mando un beso, mamita!*

Poco después nadie se mueve en los dormitorios de los chicos. Duermen profundamente.

¡Dormid, dormid, queridos chiquilines! ¡Dormid tranquilos, que vuestro padres os adoran y vuestros maestros también, porque sois buenos!

37. — Honradez de un niño

—¡Señor! ¡Señor! ¡Pare!... ¡Pare!...

El coche corría rápidamente y Fernando venía detrás, cansado de tan ruda carrera.

No cesaba de gritar:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Pare!... ¡Pare!...

Por fin lo alcanzó, cuando ya se le aflojaban las piernas y la fatiga le impedía seguir gritando.

El caballero que guiaba el carruaje se detuvo.

— *¿Qué hay? ¿Qué sucede?* — preguntó.

—¡Ah, señor! ¡Cuánto hubiera sentido no alcanzarle!... Ya no podía más y usted no me oía... usted ha olvidado estos cincuenta centavos sobre el mostrador. Es el vuelto.

— *¿Y por eso corrías tanto?... No valía la pena...*

— *Pero, señor...* replicó con aire de extrañeza Fernando, *este dinero no es mío; es suyo.*

— *Y bien; ahora es para ti. Guárdalo en premio de tu honradez.*

— *¡Oh! ¡no, señor! Muchas gracias. Papá dice que eso no se paga. No puedo aceptarlo.*

El caballero comprendió y, recibiendo los cincuenta centavos, dijo casi conmovido:

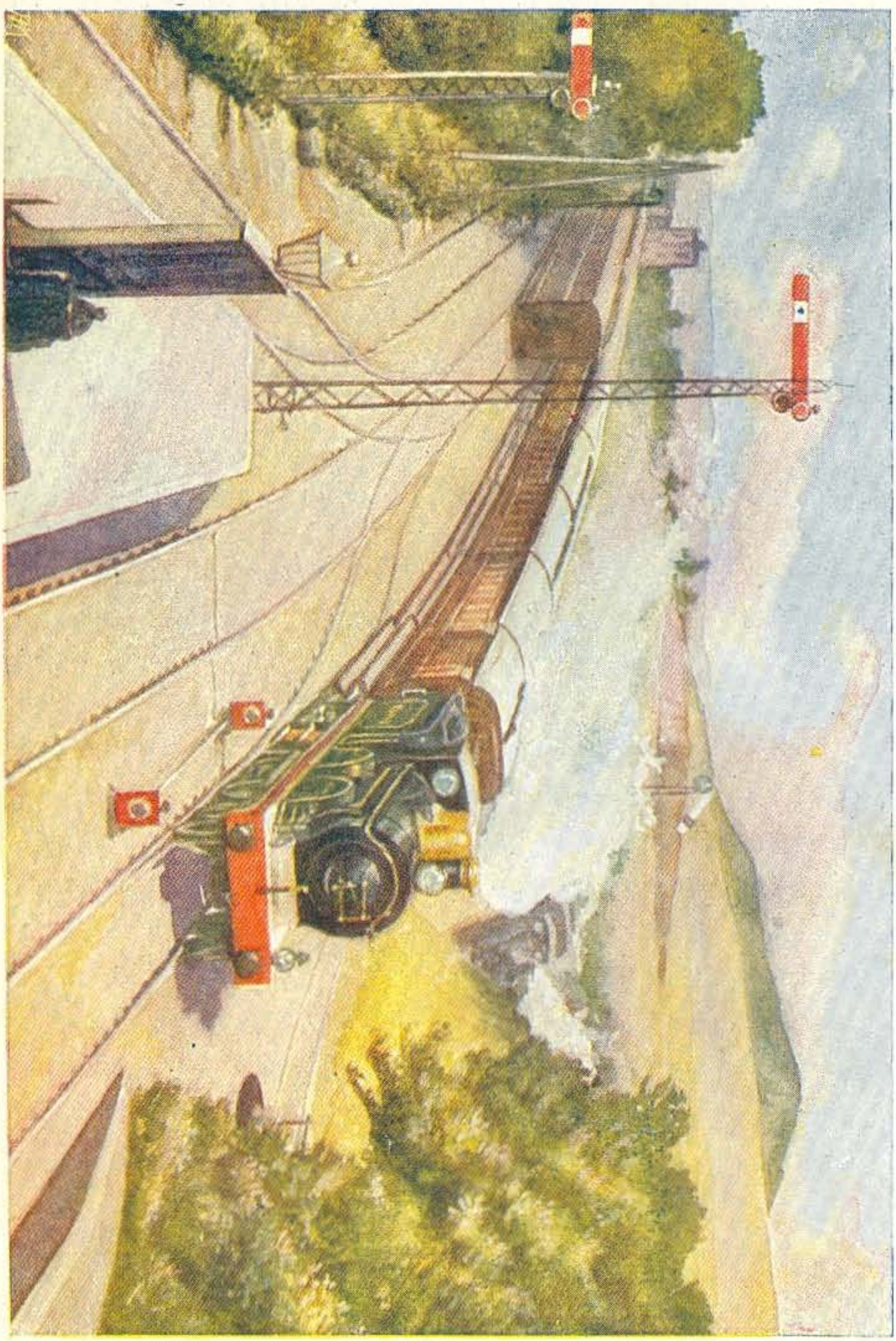
— *Tienes razón, hijo mío; pero dame tu mano a lo menos... Así... Déjame que la estreche entre las mías. Toma ahora esta tarjeta con mi dirección. Llévasela a tu padre y dile que, si alguna vez él o tú necesitáis algo, me tenéis a vuestra disposición. Dile que deseo ser su amigo, como lo soy tuyo. ¿Quieres?*

— *¡Oh, sí, señor! ¡Es mucho honor para mí! ¡Gracias!*

El coche partió, y Fernando volvióse satisfecho a ocupar su puesto detrás del mostrador, en la tienda de su padre, a quien contó lo que acababa de suceder.

El padre le dijo sencillamente:

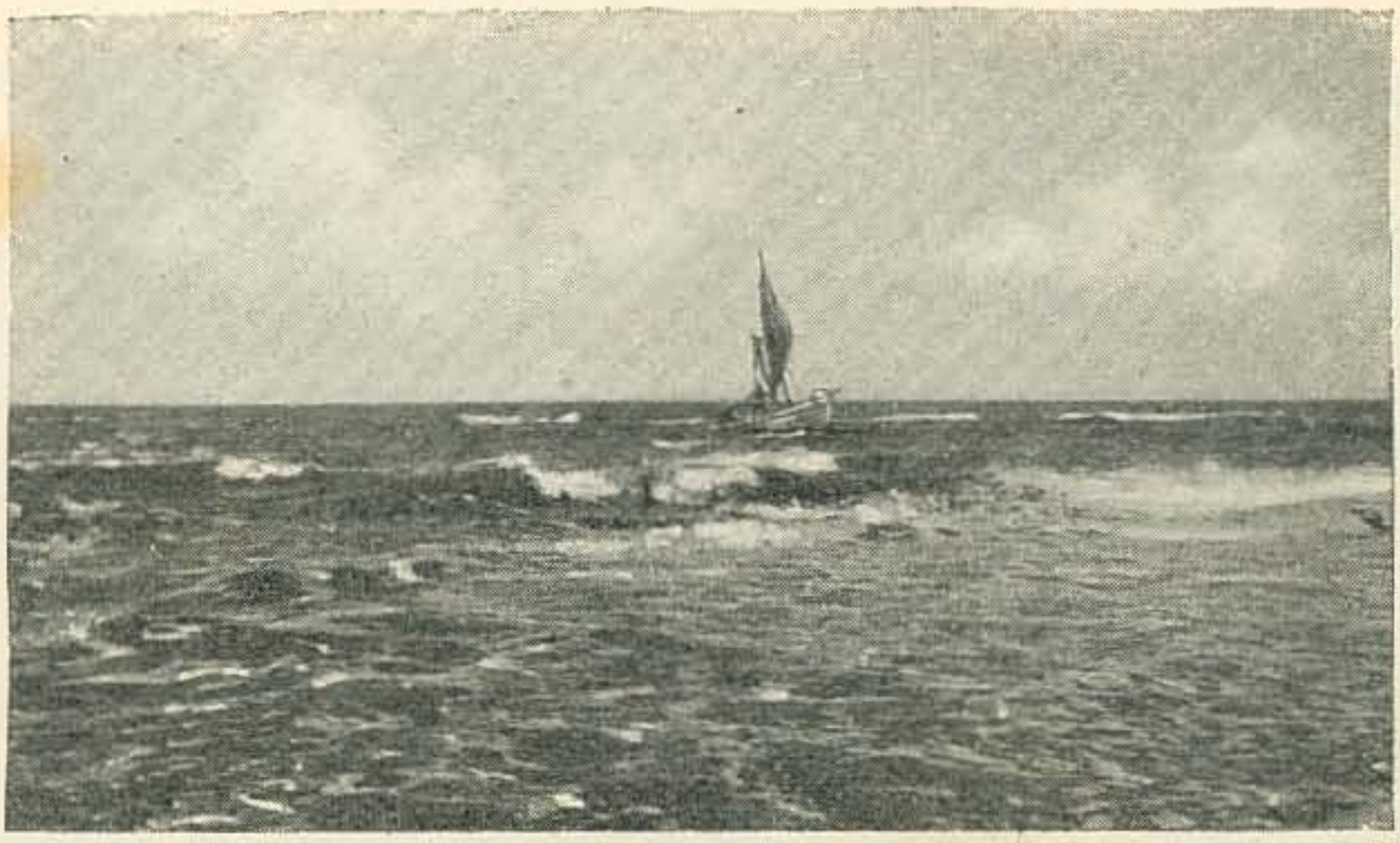
— *Has cumplido tu deber, hijo mío.*



39. — La lección de Geografía

Una *isla* en el río Paraná.

Isla es una porción de tierra enteramente rodeada de agua.

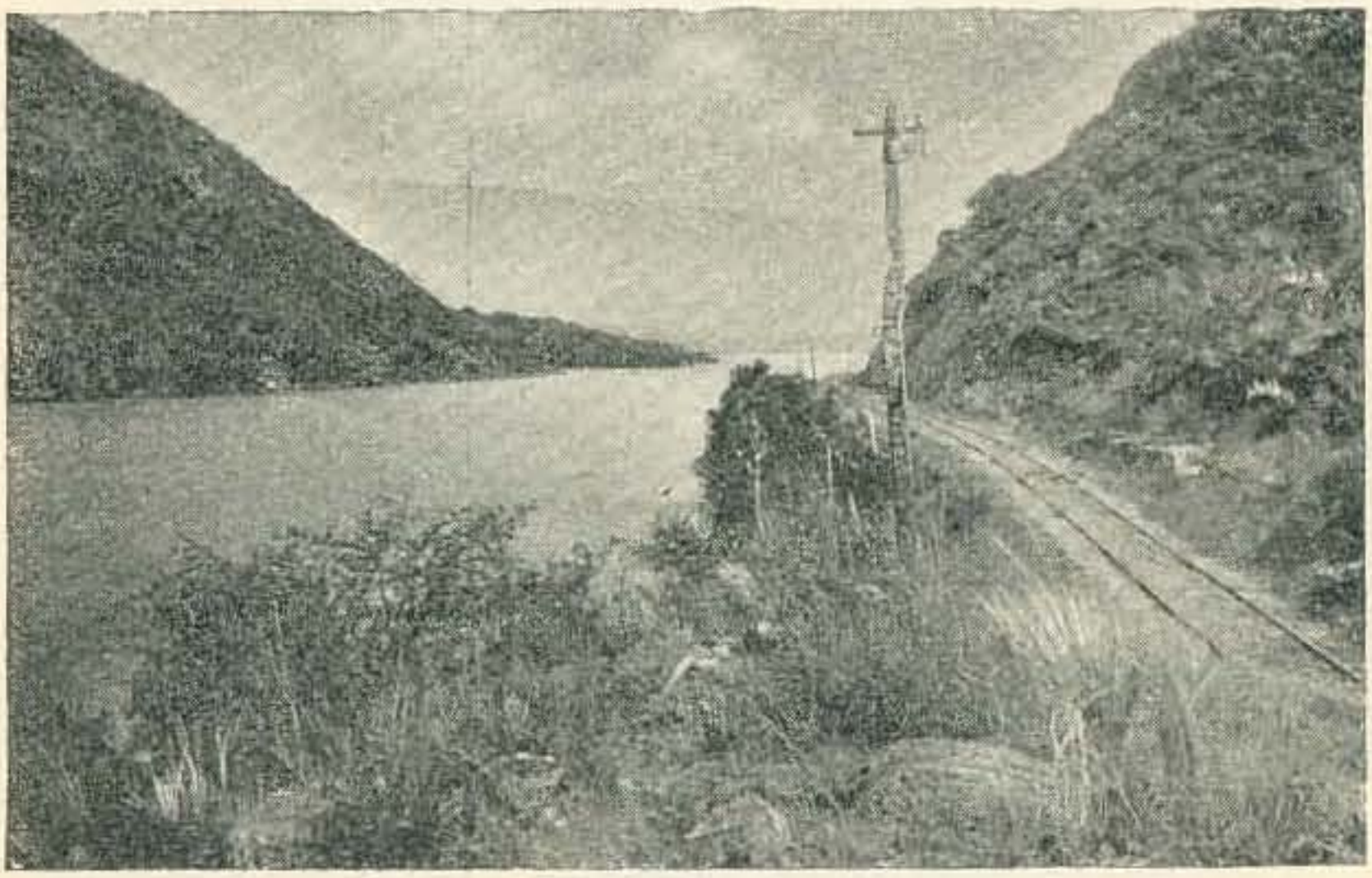


Océano Atlántico.

Mar es una inmensa extensión de agua salada.

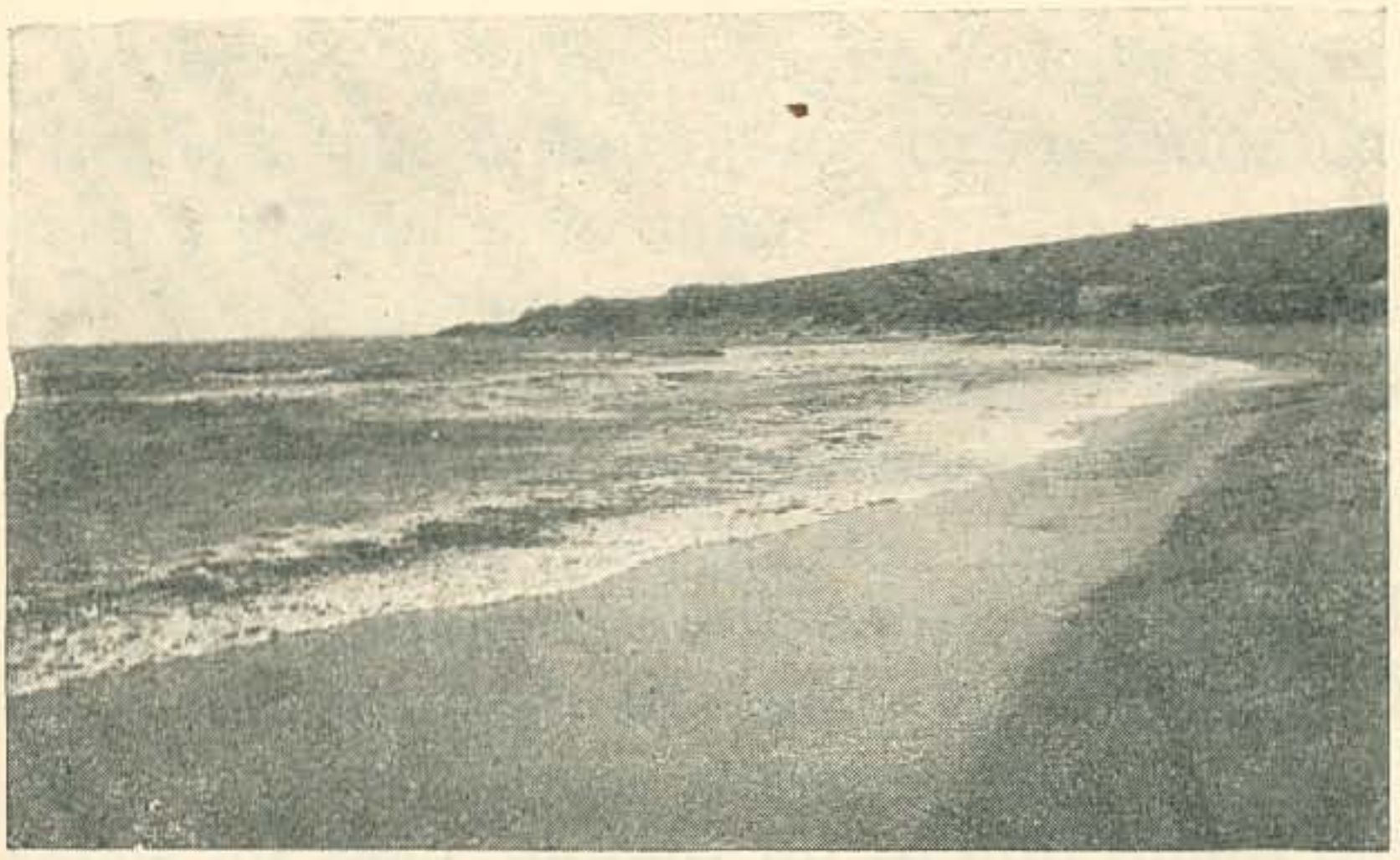
Cerro de San Bernardo, en *Salta*.

Montaña es una gran elevación de tierra.



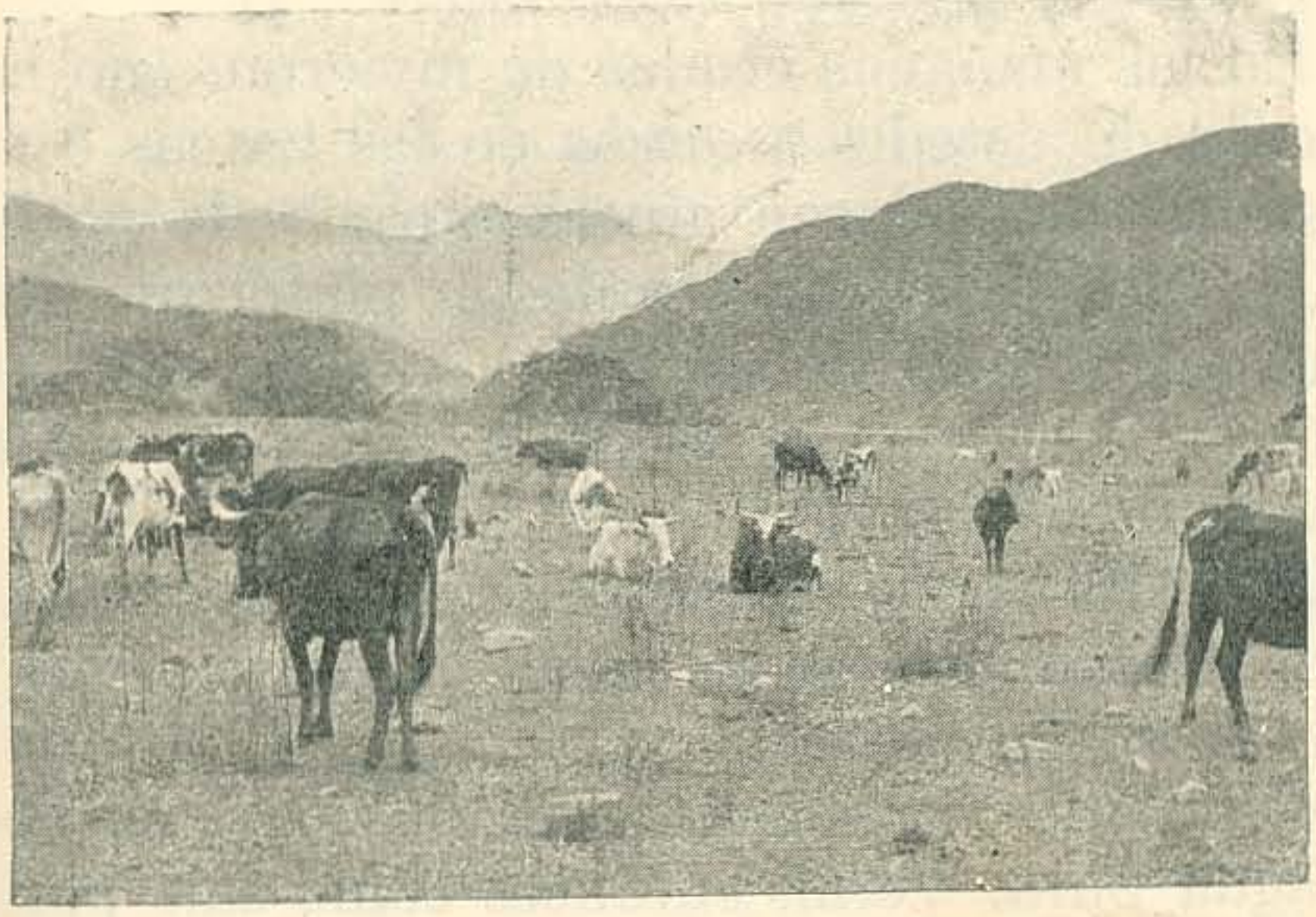
Río Primero, en *Córdoba*.

Río es una gran corriente de agua dulce.



Cabo Corrientes. Provincia de Buenos Aires.

Cabo es una punta de tierra que se interna en el mar.



Valle de Buena Vista en *Salta.*

Valle es una región llana y fértil entre montañas.

40. — El agua

(LOS TRES ESTADOS DE LOS CUERPOS)

El agua es el más abundante de los líquidos. Es también el más útil de todos ellos. Más que útil, es *indispensable* para vivir.

He dicho que es un *líquido*, pero no siempre se halla en ese estado.

Una temperatura muy fría la pone *sólida*, de modo que ya no cae ni en gotas ni en chorros.

Entonces se llama *hielo o nieve*.

En las mañanas crudas de invierno, ¿no han encontrado ustedes *escarcha* en las bateas o palanganas que dejaron afuera durante la noche?

Pongan al sol, dentro de un plato, un trozo de esa escarcha o de ese hielo: ¿qué sucede? Primero se vuelve agua, es decir, que *pasa del estado sólido al líquido*.

Después verán ustedes que, poco a poco, el agua desaparece, se va hacia arriba, porque el agua se vuelve *vapor*.

Si quieren verlo mejor, hagan hervir un poco de agua pura. Verán entonces cómo sale por la boca de la vasija el vapor de agua blanco y bien visible.

Todos los cuerpos que se encuentran en la naturaleza tienen uno de los tres estados: *sólido, líquido* y *gaseoso* o de vapor.

El hierro, el cobre, el plomo, la plata, el oro, etcétera, fríos, son sólidos, pero si se calientan mucho, se *funden* y se vuelven líquidos.

Pero otros cuerpos sólidos, como la madera, aunque se calienten, no se vuelven líquidos.

La madera, si se quema, produce humo y ceniza.

---

41. — Consejos, máximas, etc.

Si encontráis por la calle a un desgraciado con algún defecto físico desagradable, no lo miréis, para no aumentar su amargura.

***

Dime con quién andas y te diré quién eres.

***

No hay rosas sin espinas.

***

El obrero se conoce en la obra.

42. — La desobediencia castigada

(Historia muda)

1

2

3

4

Descripción y composición oral o escrita.

43. — Delia

¿A quién mira esa nena? No es difícil sospecharlo.

Delante de ella debe estar el papá. la mamá o alguna otra persona bastante alta.

¿Por qué alta? ¿En qué se conoce?

En que la nena mira hacia arriba.

¿Y por qué estira los bracitos?

Probablemente quiere que la saquen de la sillita.

Sus ojos expresan un deseo.

Puede ser también que quiera alguna cosa que le estén enseñando desde lejos.

Sí, así es. La segunda figura lo indica.

Ya le dieron lo que pedía y ella entonces bajó los bracitos.

¿No veis que lleva la mano derecha a la boca? En esa mano tiene lo que deseaba; un trozo de pan o tal vez un caramelo. Quizá sea una de esas argollitas de *marfil* que se da a los niños para que las aprieten con las *encías* cuando están *echando los dientes*.

¡Ah, no!... Creo que me equivoco. Esa nena representa un año de edad o algo más. Ya debe tener los dientes.

¡Qué cara de satisfecha tiene!

Y sigue mirando a su papá, quien parece que se ha corrido un poco hacia la derecha.

Está enfrente de ella.

Se conoce en que la nena dirige ahora los ojos en ese sentido.

Se me ocurre que le dice con su mirada:

— *¡Me diste lo que te pedía, eh, papacito!*

---

44. — El niño remolón

En casa de Carlitos todo el mundo se levanta temprano.

Son cinco hermanos.

Por la mañana, en cuanto la mamá dice:

—*¡Arriba, chicos!*... da gusto ver con qué prontitud se visten todos, menos Carlitos.

Ese es medio *remolón*.

Dice que no encuentra su ropa, tarda en ponerse las medias, en atarse los zapatos, en lavarse, en todo.

Pero le gusta mucho dar su paseíto por la mañana junto con los demás, y en compañía de la mamá y a veces del papá también.

Y, sin embargo, se hace esperar con frecuencia porque no ha concluído de vestirse cuando ya los demás están saltando, contentos, en el patio.

El padre ha resuelto corregirlo y el otro día le aplicó el remedio.

Carlitos, como de costumbre, había tardado en levantarse.

Cuando ya sus hermanos estaban en el patio, él salió de la cama y, en vez de vestirse rápidamente, se entretuvo con un juguetito de madera.

La madre, que el día anterior había tenido que reprenderlo por la misma causa, hizo esta vez como que no lo veía.

De pronto, el remolón oyó gritar a sus cuatro hermanos:

— *¡Hasta luego, Carlitos!... vamos de paseo con mamá.*

Carlitos quiso pedir que lo esperaran, pero ya habían salido.

Echóse a llorar amargamente, golpeando con los pies en el suelo, cuando se presentó su padre y le dijo severamente:

— *Usted paseará en su cuarto con su carrito... Vístase usted pronto y cállese.*

— *¡Usted!* le había dicho el padre, que siempre lo tuteaba.

¡Qué cara de disgusto puso entonces Carlitos! ¡Con qué ganas se echó otra vez a llorar!

Pero el padre, siempre muy serio y tranquilo, llevó el dedo índice a los labios, como diciendo: *¡Silencio!...* y se retiró.

Estoy seguro de que se corregirá Carlitos.

Si olvida la lección y *reincide*, sus padres lo castigarán nuevamente hasta que la curación sea completa.

¡Bien hecho! Eso prueba que saben querer a sus hijos.

Así no serán perezosos y mal criados.

---

45. — Consejos, máximas, etc,

El que menosprecia a los pobres, merece vivir en la miseria.

En los tranvías y trenes un niño bien criado no silba, no grita, no habla fuerte, no escupe, ni incomoda de ninguna manera a los demás pasajeros.

---

46. — El carpintero rústico

Don Andrés no es carpintero de profesión, pero sabe hacer trabajos sencillos y composturas.

Como nunca tuvo fortuna, aprendió a manejar muchas herramientas, y así sabe trabajar en cosas de *diferentes oficios*.

Además de *carpintería* sabe un poco de los oficios de *albañil*, *pintor*, *sastre* y panadero Hace el pan para él y su familia en un horno de barro y ladrillo, que él mismo ha construído. Cultiva un pedazo de tierra en el fondo de la casa, y sirve de *peluquero* a sus nietos.

Muchos de los objetos que usa en su hogar, de madera, de alambre, de cartón, etc., han sido hechos por él.

Por eso, aunque es pobre, nunca han *pasado miserias*, ni él ni sus hijos. A éstos les ha enseñado también a trabajar.

Hace un momento estaba ocupado en una obra de carpintería. Tiene la *sierra* en la mano izquierda.

De pronto oye una voz infantil que dice:

— *¡Abuelito!... ¡Abuelito!...*

— *Hola, picaruela, ¿qué quieres?* — contesta el buen viejo mirándola, por encima de los anteojos

— *Se me ha roto la cunita que usted me hizo para la muñeca. Compóngamela, abuelito.*

— Hola, picaruela, ¿qué quieres?

— *¿Cómo es eso?... ¿Otra vez?... ¿No la compuse ayer por la mañana?*

— *No, abuelito; fué anteayer. Y ahora, jugando con Matilde, se me ha vuelto a romper. ¡Fué sin querer, abuelito!*

— *¡Hum!... Bueno... dámela. Pero si la vuelves a romper...*

La chiquilina no le dejó acabar la frase. Le saltó al cuello y besándole le decía:

— *Te quiero mucho, abuelito. ¡Te quiero desde aquí hasta la luna!*

En seguida dejó la cuna y, mientras el buen abuelo la componía, ella se puso a jugar con el gatito que se ve ahí, *acurrucado* junto a las tablas.

---

47. — Vendedora de géneros

Haydée se viste de «mamarracho», como ella dice.

Se pone una pollera vieja y desgarrada, un *chambergo* de varón, al cual agrega una *hebilla*, y se presenta anunciando su *mercadería*.

— *¡Géneros! ¿Quién compra géneros para vestidos?*

— ¡Chist!... ¡Chist!... — hacen sus hermanitos, chistándola.

— ¡Buenos días, marchante!

— ¡Buenos días!... ¿Qué géneros trae usted?

— Hoy no traigo más que muestras de géneros de *lana*.

— ¡Cuánto lo siento!... Nosotras necesitamos de *algodón* y de *hilo*.

— ¡De hilo, ahora que se viene el invierno

— Y ėso ¿qué importa, si nosotras los queremos para hacer *sábanas* y *fundas?* — dice Adelita.

— Y yo para enaguas y camisas — agrega María Angélica.

— ¡Ah! Entonces mañana les traeré... ¡Pero cómprenme ahora un corte de vestido, siquiera! Tengo cosa buena y barata.

— ¡A ver!... ¿A cuánto vende éste? — pregunta Adelita señalando una muestra.

— Ese vale diez pesos el metro.

— ¡Qué barbaridad ¡Qué caro!... ¿Usted cree que nosotras somo millonarias?

— Yo no creo eso, doña Adela. Pero fíjese en que usted elige uno de los más finos y de lana pura. ¿Quiere este otro? Es de lana pura también y de buena clase. Este no vale más que 4 pesos el metro

— Es caro también. ¿No te parece, Angélica?

—¡Ya lo creo! El otro día Leonilda compró uno igual en lo de don Natalio y no le costó más que tres pesos.

— No puede ser, niña; sería de algodón o *mezcla*.

— No, era igual a ése.

— Bueno, mire, por ser para ustedes, que pagan *al contado*, se lo voy a dejar en tres pesos y medio el metro. ¿Cuántos necesitan?

— Espérese; voy a calcular — dice Adelita.— Sí... un metro y medio para la *bata*, dos metros y medio para la *pollera*. Total: cuatro metros. ¡Justito!... ¿Cuánto importa todo?

— Déjeme sacar la cuenta — dice Haydée.

—¡Ah!... ¡nos olvidábamos del adorno! — interrumpe Angélica. — Tráiganos mañana unas muestras de *terciopelo* barato.

—¡Y a mí tráigame una muñequita de yapa! — grita Noemí, que acaba de llegar.

---

48. — Consejos, máximas, etc.

No son los más ricos ni los mejor vestidos los que se atraen la consideración y el aprecio de los demás, sino los bien educados aunque sean modestos; que observan buena conducta, tienen maneras convenientes y son aseados.

49. — El afilador y un batalloncito

Descripción oral o escrita. — Composición.

(Hágase hablar a los personajes).

50. — Lo que saben Luis y José sobre animales

I. — Vertebrados e invertebrados

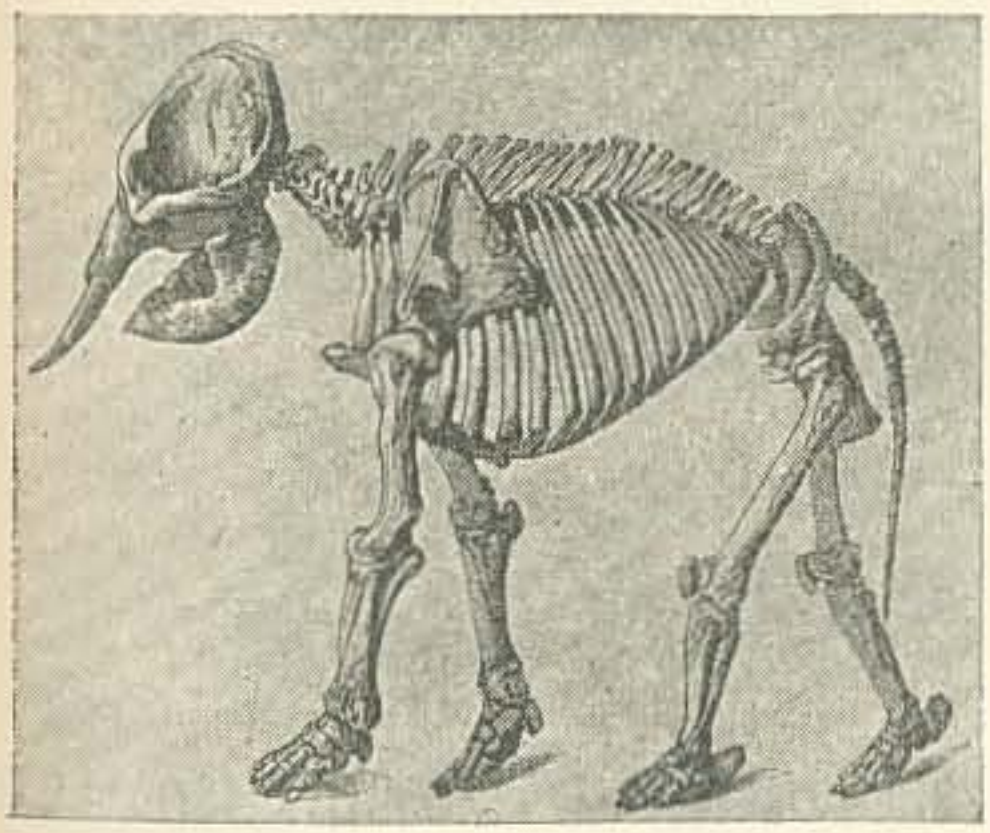
— Yo veo aquí — decía José a su primo Luis, — muchos animales que conozco y los esqueletos de algunos de ellos...

En cambio, hay otros cuyo esqueleto no he visto nunca ni pintado.

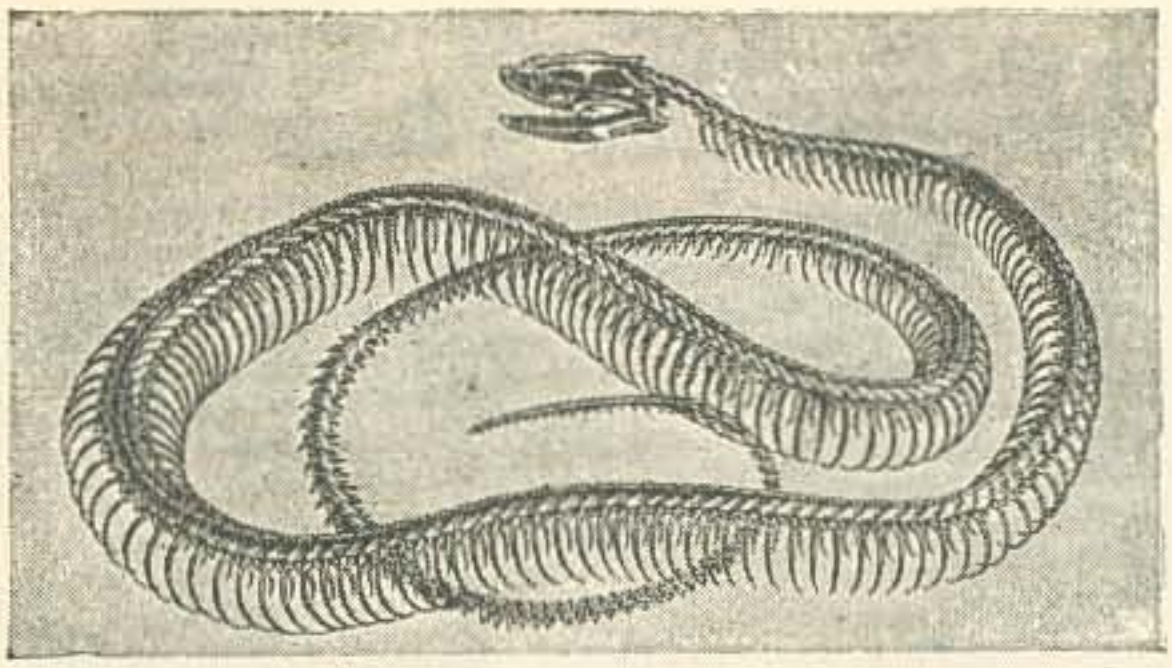
¡Es claro! unos tienen huesos y otros no.

Veo que todos los huesos están unidos más o menos directamente con una hilera especial de otros huesos, que son como anillos.

Esos anillos se llaman *vértebras*, y todas las vértebras juntas forman la *columna vertebral*.

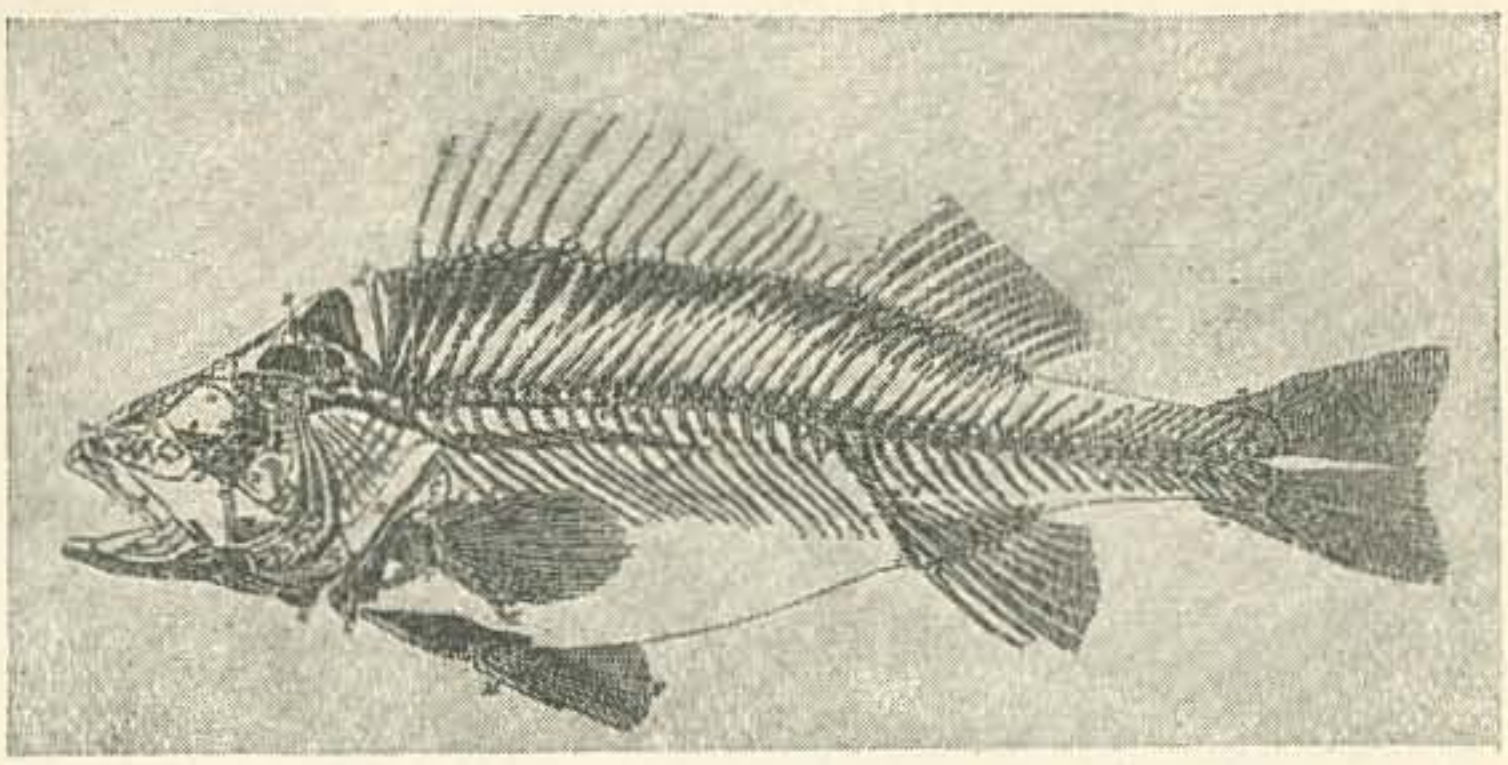


Todos los animales del primer grupo se llaman *vertebrados*, y los del segundo, porque carecen de huesos, *se llaman invertebrados*.



Me conviene conocer el significado de estas palabras, porque ellas se usan a cada instante en la conversación y se leen en los libros y diarios. También he aprendido lo que significan otras palabras que se refieren a los animales, pero no muchas, porque papá dice que no debo ocupar ahora mi tiempo en eso. Mi maestro dice lo mismo.

Sé cuáles son los animales, *mamíferos*, las *aves*, los *reptiles* y los *peces*.



II. — Mamíferos

—¡Che! ¡che! — interrumpió Luis, que hacía un momento se sonreía: — ¡qué discursito me es-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

tás echando!... ¿Crees tú que yo no sé nada de eso?... Ya verás:

Mamíferos son la oveja, el caballo, el gato, el perro, el león, el tigre, el ratón, etc.

¿Sabes lo que quiere decir *etcétera?*

— Sí. Quiere decir los otros, los demás o algo así.

— Bueno. Ya sabes que se llaman *mamíferos*, porque, cuando son chicos, *maman* la leche de la madre.

Todos los cuadrúpedos son mamíferos.

Nosotros también lo somos, y, como no andamos más que sobre dos pies, nos llamamos *bípedos*.

También somos *bimanos*, porque tenemos *dos manos*, mientras que los *monos* son *cuadrúmanos* porque tienen cuatro.

— ¿Qué estás diciendo?... ¿Cuatro manos?...

— ¡Claro que sí!

¿No te has fijado en que el mono puede tocarse con el dedo pulgar todos los demás dedos de cada una de sus extremidades?

—¡Es cierto!... Ahora me acuerdo de que se agarra con cualquiera de ellas, como nosotros hacemos con las manos, mientras que no podemos hacer lo mismo con los pies. También se agarra con la cola, que es *prensil*.

— Eso es... Sigo...

...la cola que es *prensil*.

Los *murciélagos* son mamíferos.

III. — Aves

Aves son las *gallinas*, el *pato*, el *canario*, el *avestruz*, el *teru-teru*, el *águila*, el *martín pescador*, la *paloma*, el *cisne*, etc. etc.

— ¿Qué mezcla estás haciendo?

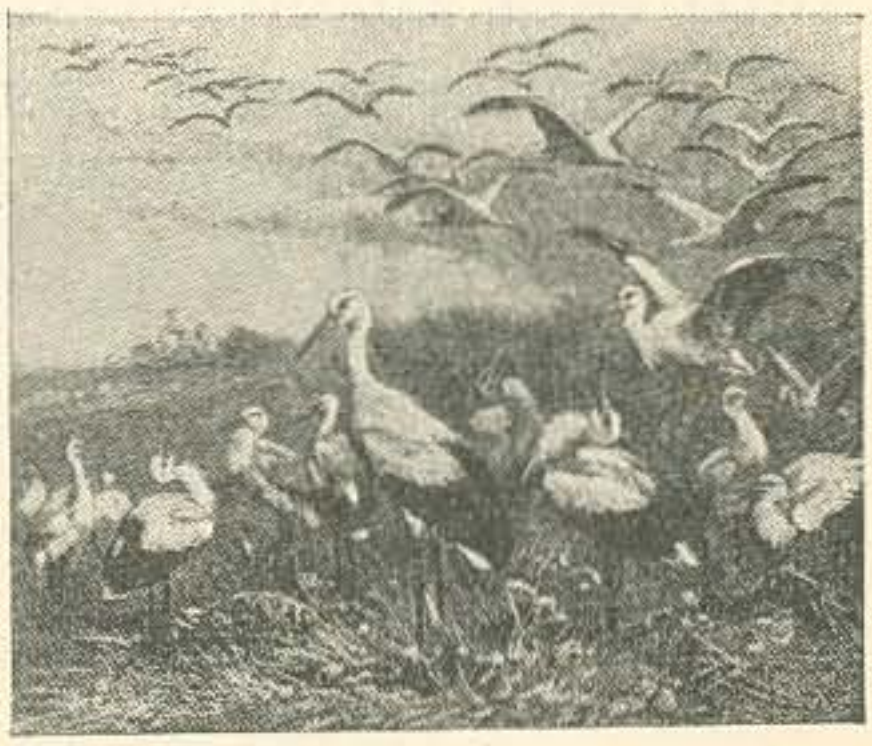
— ¿Cómo mezcla? No hago mezcla ninguna. Todos son animales que tienen el cuerpo cubierto de plumas;

son *ovíparos* porque nacen de huevos como los pollitos; tienen dos patas, alas para volar, y su sangre es caliente. Entonces son *aves*.

— Sí, ya sé; pero tú juntas aves diferentes. Yo he oído decir que se dividen en grupos distintos con nombres diferentes también.

— Bueno, sí; yo también he oído decir lo mismo; pero la maestra no quiere que nos ocupemos todavía de eso.

Dijo un día la señorita que hay muchos miles de especies diferentes de aves, lo mismo que de mamíferos y otras clases de animales.



— Está bueno, Luis. ¡Basta! Ya me has dicho tu discursito también. Otro día seguiremos nuestro examen. Ya veo que

en tu escuela enseñan lo mismo que en la mía.

Yo tengo que hacer, precisamente, una composición sobre los *reptiles* y los *peces*, para pasado mañana. Te la mostraré.

IV. — La composición de José

Luis y José se encontraron nuevamente ayer, y después de conversar un momento sobre diferentes cosas, dijo José:

— Aquí tienes mi composición sobre los *reptiles* y los *peces*.

Es cortita, porque así encargó la señorita que la hiciéramos.

Luis tomó el cuaderno de su amigo, y al abrirlo, no pudo menos de exclamar:

—¡Qué linda letra tienes, José! ¡Y qué limpito está tu cuaderno!

José se sonrió satisfecho al oír ese elogio espontáneo de su buen amigo, y contestó:

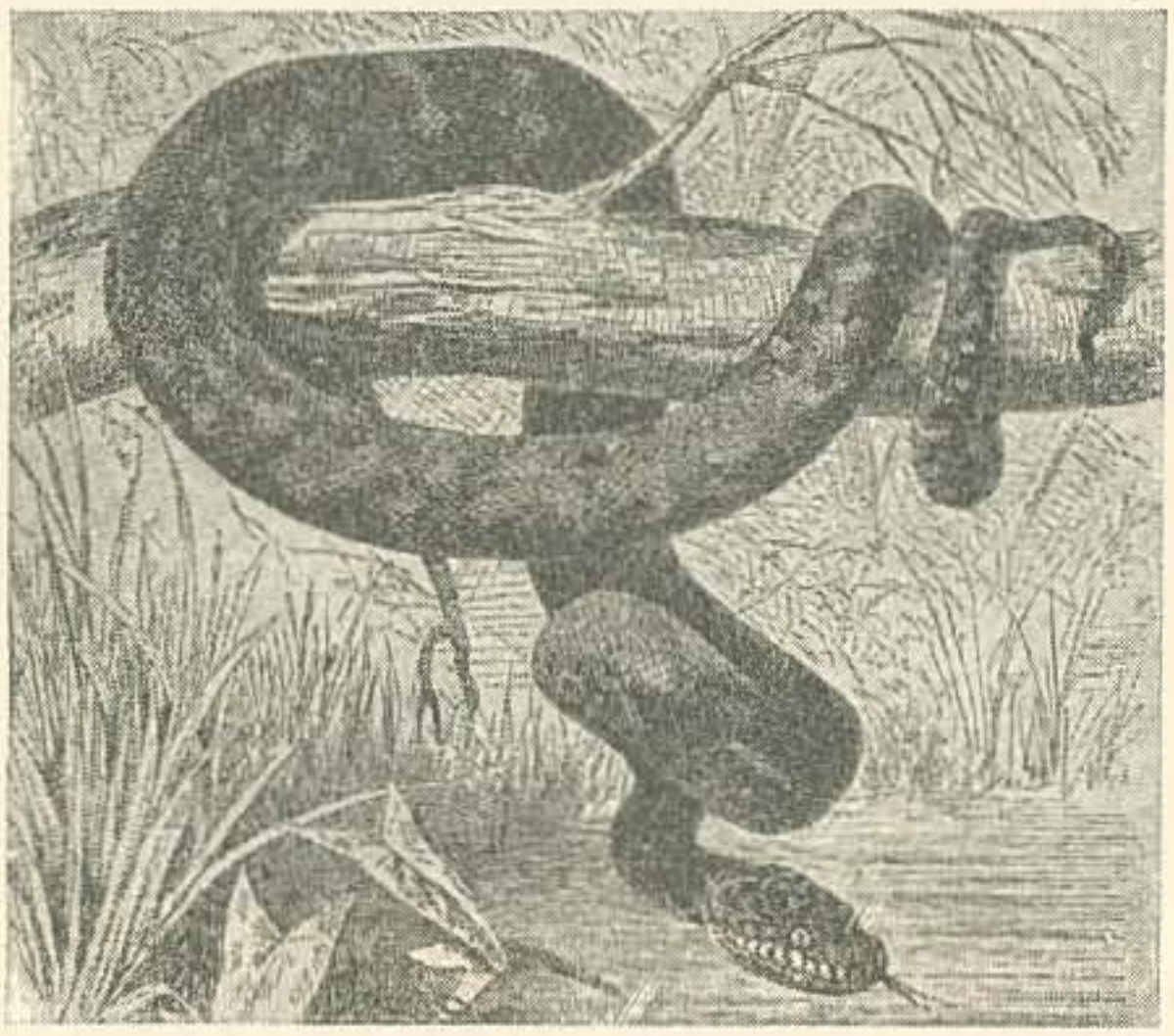
— Es que, si no los llevamos así, la maestra no recibe los deberes. Por eso nos da tareas cortas, para que tengamos tiempo de hacerlas con *prolijidad* y sin cansarnos.

Luis leyó la composición, que decía:

V. — Los reptiles

Los animales van de un punto a otro caminando, porque tienen para eso piernas, como el hombre, o patas como los cuadrúpedos. Otros, como las aves. tienen patas y alas y vuelan en el aire.

Pero hay animales *vertebrados* que no tienen



ni alas ni patas, o si tienen patas son tan cortas que no les sirven para caminar: entonces se *arrastran* por el suelo.

Estos animales se llaman *reptiles*. Son reptiles las *tortugas*, *los lagartos* y las *serpientes*.

Las víboras de *cascabel* y la *de la cruz*, cuyas picaduras son muy venenosas, son serpientes. También son serpientes las culebras llamadas *boas*.

Hay serpientes sumamente grandes, que miden siete, ocho y más metros de largo.

VI. — Los peces

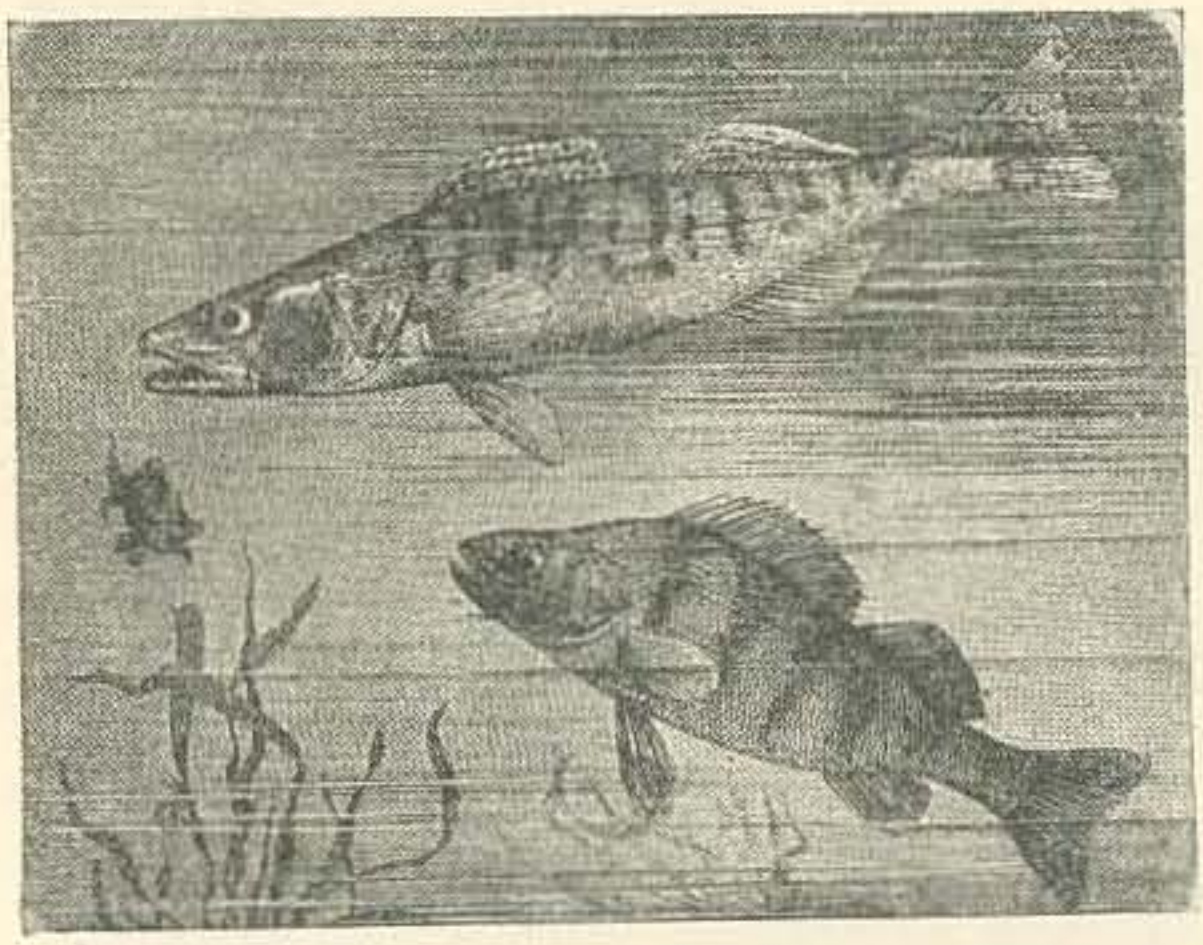
Los peces son animales que viven en el agua, la cual es para ellos como para nosotros el aire.

Nadan por medio de *aletas*. Muchos tienen el cuerpo cubierto de *escamas*.

Hay peces de todas formas y tamaños.

El más grande y más *temible* por su *voracidad* es el *tiburon*.

Apenas acabó de leer, Luis exclamó:



— ¿Cómo?... El tiburón no es el pez más grande; es la *ballena*.

José se sonrió y dijo:

— Te equivocas, Luis. Olvidas que la ballena, aunque vive en el agua, no es un pez, sino un mamífero, así como el *murciélago*, que vuela como las aves y, sin embargo, es mamífero.

Léeme ahora tu composición.

— No puedo leértela, José, porque no la he escrito todavía. Será otro día.

Conversaron otro momento y se despidieron cariñosamente.

51. — Un gran susto

Pepito ha salido de casa aprovechando un descuido de su mamá. De pronto, ve avanzar hacia el sitio en que se encuentra, una bandada de gansos.

Los dos primeros están ya a su lado y con

su grito desagradable, parece que le dijeran:

— *¡Alto ahí, señor escapado!... ¿Adonde va usted sin permiso? entréguenos el pan que tiene en la mano, o se lo arrebataremos a picotazos*

El pobrecito no sabe lo que le pasa. Está tan asustado que ni se le ocurre retroceder.

Los gansos no le harán nada. Pero él no lo sabe. Tiene mucho miedo y llora.

¡Qué cara le cuesta la escapada!

La abuelita ha oído sus gritos y se asoma a la ventana.

Vendrá en su auxilio y se le pasará el susto al llorón.

Los señores gansos continuarán entonces su camino.

¿A dónde irán?
¡Ah! ya lo sé.
¿No oís el sonido de una corneta?
Es Abelardo, el hermano de Pepito, que está

un poco más allá, sopla que sopla en su corneta.

Los gansos al oírlo a la distancia, deben haber pensado:

¿Qué música extraña es ésa?... Vamos a ver...

Y se pusieron en marcha pasando por donde se hallaba Pepito.

Ahora, ahí los tenéis rodeando al señor de la corneta.

¿Estarán cantando el himno de los gansos?

¡Por cierto que no ha de ser muy melodioso su canto!

Vamos a ver, pues, don Abelardo... Ahí tiene usted su batalloncito reunido. Aproveche la ocasión para mandar:

¡Gansos, a formar!
¡Alinearse por la derecha!... ¡Firmes!...
¡De frente!... ¡Paso redoblado!... ¡Marchen!...
¡Uno, dos!... ¡Uno, dos!... ¡Uno, dos!...

---

52. — La Pula

Leonilda va a cumplir 6 años.

Tiene por sobrenombre *La Pula*.

Es rubia, de cabello *rizado*. Sus ojos son azules, claros.

Su graciosa carita expresa bien su modo de ser, suave y afectuoso.

Cuando habla parece que acaricia: tan dulce es su modo de decir.

Y sin embargo, a veces, yo no sé porqué, se encapricha en una cosa y grita enojada; pero de pronto se tranquiliza y *espontáneamente* corre adonde está su papá y exclama:

—*¡Perdón, papacito!... ¡Perdón, papacito!...*

Los que sólo la vieran y oyeran en uno de esos momentos de impaciencia, creerían que es de mal genio.

Se equivocarían mucho, por cierto.

Es de muy buen corazón y tiene sentimientos que no parecen propios de su edad.

Hace poco se murió su hermanita, Nelly, la única que tenía. La llamaba *Pilili*.

A la Pula la habían llevado a casa de unas tías antes de que Nelly muriese.

Cuando volvió a la suya, preguntó:

— *Mamá, ¿dónde está Pilili?*

La pobre madre quiso hablar, pero no pudo. Señaló al cielo con el dedo y abrazó a su hijita sollozando.

La Pula no dijo ni una palabra, pero apretó fuerte, fuerte, a su mamá, y la cubrió de besos.

Cuando el padre volvió de su trabajo, ella corrió a su encuentro y le dijo:

— *Papacito, no le hables a mamá de Pilili para que no llore.*

Y a la madre le dice a cada rato:

— *¡Soy tuya y te quiero mucho, mamita!*

La mamá se domina ahora para no afligir a su hijita.

La Pula tiene también la cualidad que tanto me gusta:

Es incapaz de decir una mentira, jamás, ni por broma.

---

53. — La bruja de la aldea

¡Cuánto me disgusta esta escena!

A esa viejecita le llaman *la bruja.*

Los chicos y los grandes dicen que hace *daño;* muchas de las desgracias que ocurren en la aldea *se las atribuyen* a ella.

Afirman que habla con los *duendes.*

¡Qué disparates!... Sólo los ignorantes pueden creer semejante cosa.

Los duendes no existen. Nadie los ha visto ni los verá.

Tampoco hay brujas, ni *cucos.*

La bruja de la aldea.

Entretanto, la pobre anciana es víctima inocente de la *credulidad* de los ignorantes y tal vez de algunas personas *perversas*.

Cuando aparece en el campo, los chicos malcriados le hacen burla, le gritan «¡vieja bruja!» y hasta le arrojan piedras.

Ella, que es una persona como las demás, se enoja y con razón.

Procura castigar a los chiquilines con su bastón.

Los más chicos se asustan y lloran. Los otros se ríen y siguen con sus burlas.

La pobre señora está muy vieja, no puede andar muy ligero y no alcanza a castigarlos como merecen.

Por eso los muchachos se aprovechan y la maltratan.

¡Es una cobardía!

¡Oh!... no imitéis jamás ese ejemplo de crueldad.

Pensad un momento en lo que sufriríais si así fuese tratada vuestra mamá, ya vieja, o vuestra abuelita.

Os enfureceríais, ¿verdad?, contra los insolentes que se atreviesen a ofenderla.

Y bien: pensad que esa viejecita y tantas otras calumniadas como ella, son tan dignas de respeto como vuestra propia madre y vuestra abuelita querida.

Tal vez no tiene cerca un hijo o un nieto que pueda defenderla; ¡ella, que se hubiera dejado

matar por sus hijos, y que quizá trabaja todavía para mantener a sus nietos huérfanos!

¡Oh! el que no respeta a los ancianos es indigno de vivir entre la gente civilizada.

---

54. — El ratón

(UNA CLASE DE COMPOSICIÓN.)

La maestra trajo ayer a la clase una jaula, dentro de la cual había un ratón vivito, igual a los del grabado.

Había caído en la trampa durante la noche.

— Formen círculo alrededor de la mesa — dijo la señorita después de pasar lista.

¡Con cuánto gusto nos acercamos todos, deseosos de ver bien al animalito, que se agitaba en la jaula buscando por donde escapar!

— Obsérvenlo con cuidado. Entre todos harán una breve descripción oral. ¿Qué dices tú, Ricardo?

— Yo digo que *ese ratón es un animal que tiene cuatro patas y entonces se llama cuadrúpedo.*

— Y ¿por qué dices *ese* ratón? Los demás ratones ¿no tienen también cuatro patas?

— Sí, señorita.

— Luego, ¿cómo se debe decir? A ver tú. Amadeo.

— Yo diría: *el ratón es un animal cuadrúpedo porque tiene cuatro patas.*

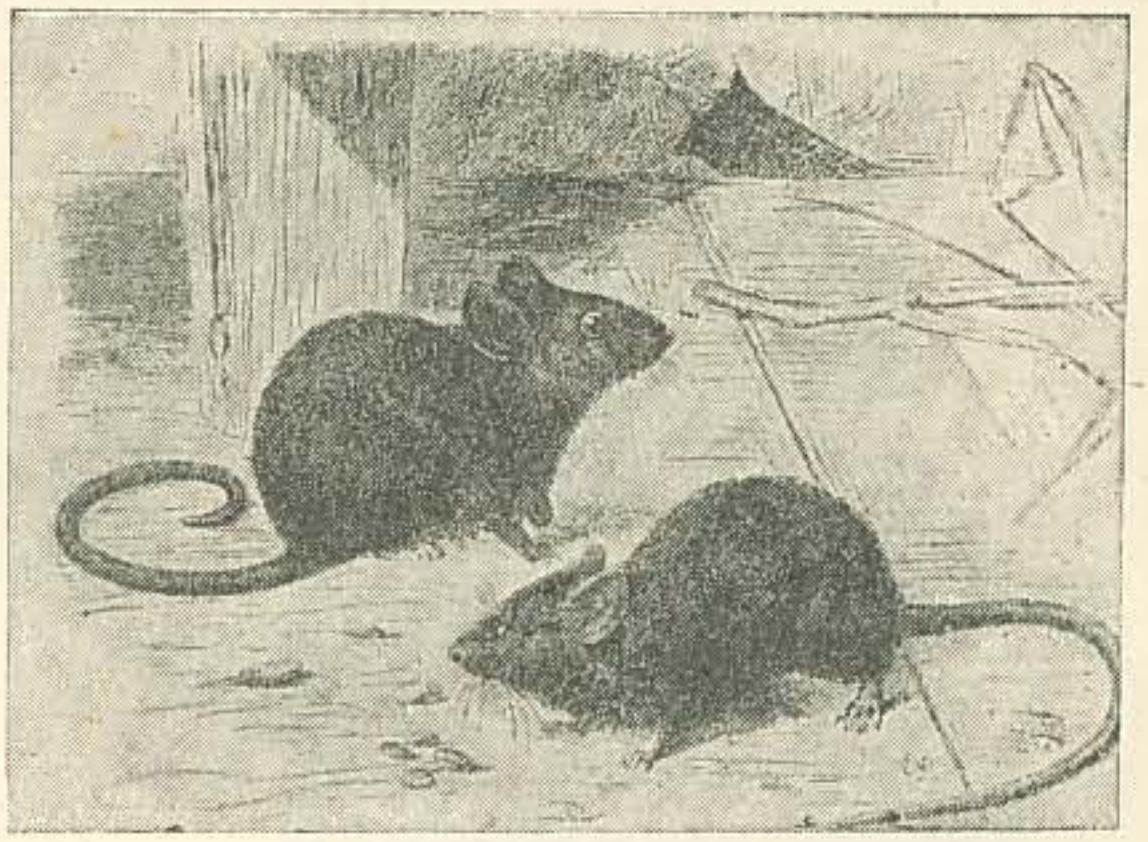
— ¿Qué más, Elisa?

— *El ratón es un animal pequeño.*

— Tú, Carmen.

— *El ratón mueve mucho los ojitos. Los ojitos le brillan.*

— ¿Quién puede decir eso con menos palabras?



—¡Yo, señorita! — exclamó Aníbal, y agregó:

— *El ratón tiene ojos vivaces*

— ¡Muy bien dicho! Sigue tú, Elisenda.

— *El ratón tiene una cola larga y delgada.*

— ¿No tienen ustedes nada que criticar a esa frase?... Tú, Andrés.

— Sí, señorita. Puesto que el ratón no tiene más que una cola, yo diría: *El ratón tiene la cola larga y delgada.*

— Yo, señorita — interrumpe Julio, — dejaría la palabra *una*, pero agregaría dos palabras más; así: *El ratón tiene una cola que es larga y delgada.*

— ¡Muy bien, Julio! ¡Muy bien, Andrés!

Veamos ahora si es posible repetir todo lo que llevamos dicho, pero empleando menor número de palabras y sin explicar aquellas cuyo significado ya conocemos, como por ejemplo, *cuadrúpedo*.

Angélica escribió todo en el pizarrón.

Varios niños ensayaron. La maestra les ayudó a corregir algunas veces, y por fin Julio, que es uno de los que más atienden y *reflexionan*, hizo el resumen así:

— *El ratón es un pequeño cuadrúpedo de ojos vivaces y de cola larga y delgada.*

— Así me gusta — dijo la maestra, contenta. — Continuemos la descripción. A ver, Enrique.

— *El hocico del ratón es alargado. Los dientes del ratón son agudos y de color blanco.*

— Eso se puede abreviar, ¿Qué te parece, Anita?

— Sí, señorita. Yo diría: *El hocico del ratón es alargado. Sus dientes son agudos y de color blanco.*

— ¿Qué más?

— *Tiene un modo de moverse que hace gracia* — dijo Aníbal.

— *Tiene movimientos graciosos* — corrigió Julio.

— ¿Quién hace ahora el resumen final? Hay

que suprimir todavía palabras que no son necesarias.

Varios ensayaron otra vez, y por fin se dió por terminada la descripción en esta forma:

El ratón es un pequeño cuadrúpedo, de ojos vivaces. Su cola es larga y delgada, su hocico es alargado, sus dientes agudos y blancos. Tiene movimientos graciosos.

Angélica lo escribió todo en el pizarrón y nosotros lo copiamos en el cuaderno. Después la

maestra nos mostró un grabadito que representaba un grupo de niños jugando *al gato y al ratón*, y nos dijo:

— ¿Conocen ustedes este juego?

Muchos contestaron que sí.

— Bueno. Jueguen ahora en el recreo, y mañana, a la hora de composición, eso nos servirá de tema.

Yo voy a prepararme para decirlo bien, sin emplear palabras innecesarias.

---

55. — El tiempo y sus divisiones

El *siglo* tiene 100 años.

El *año* tiene 12 meses o 52 semanas o 365 días.

El *mes* tiene 30 o 31 días. Febrero tiene 28 o 29 días.

La *semana* tiene 7 días.

El *día* tiene 24 horas.

La *hora* tiene 60 minutos.

El *minuto* tiene 60 segundos.

Los *doce meses* del año son: Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Junio, Julio, Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre.

56. — Descripción oral o escrita. — Composición.

57. — La niña aristocrática y la campesina

—Bueno... sí... lo voy a tocar

Esa señora y esa niña de sombrero son de la ciudad, y como en ésta hace mucho calor en verano, la señora, que tiene fortuna, ha salido en busca de aire más fresco y saludable.

Ha elegido un paraje cerca del mar y en él se ha instalado.

Todos los días sale a dar un paseo con su hijita, recorriendo a pie, durante largo rato, los alrededores del hotel en que se aloja.

Hoy la niñita, cuyo nombre es Josefina, ha tenido una grata sorpresa.

Estaba paseando, cuando de pronto oyó a sus espaldas gritos y corridas. Se volvió rápidamente y vió cerca a una hermosa y rústica chiquilla descalza, corriendo, alegre, detrás de un becerrito.

La chiquilla se detuvo un momento, y entonces Josefina y la señora se acercaron a ella.

— *¿No hace nada este animalito?* — preguntó Josefina.

— *No, no; tóquelo sin miedo, si quiere.*

— *Bueno... sí... lo voy a tocar. No tengo miedo...*

Y estiraba la mano; pero, al menor movimiento del animal, encogía rápidamente el brazo, temerosa.

Viendo esto, la bella aldeanita se apoyó en el animal, poniéndole el brazo sobre el lomo para que permaneciese quieto.

Josefina se acercó entonces un poco más y tocó suavemente el ternerito con la punta de los dedos.

— *¿Has visto, mamá, como soy valiente?* — dijo en seguida.

Así fué animándose poco a poco; mas, cuando el animal volvía hacia ella la cabeza, la niñita decía:

— *No hace nada... no hace nada...;* pero se echaba hacia atrás, acercándose a su mamá.

Josefina tiene también animalitos en su casa, ovejitas, gatos, perros, terneritos y hasta un ele-

fante; pero son de madera o de cartón. No se mueven, no son verdaderos, no son *vivos*, como el que acaba de tocar emocionada.

Como no es orgullosa y su mamá le ha enseñado que los pobres son tan dignos de cariño como los ricos, dijo a la rústica y simpática chiquilina:

— *¿Quieres que seamos amigas?*
— *Yo sí, quiero* — contestó aquélla.
— *¿Volveremos mañana, mamá?*
— *Sí, hija mía, volveremos.*
— *¡Hasta mañana, entonces!*
— *¡Hasta mañana!*

---

58. — Consejos, máximas, etc.

Gasta un poco menos de lo que ganes.

***

Nuestros padres son nuestros mejores amigos.

***

Sed francos y buenos, pero procurad ser fuertes para defenderos valientemente si es menester.

***

La ociosidad es madre de todos los vicios.

59. — Historia en dos cuadros

N.° 1

Descripción oral o escrita. — Composición.

Historia en dos cuadros

N.° 2

Descripción oral o escrita. — Composición.

60. — El retrato de Teté

¿Quién es esta niñita?

Su nombre es Ruth; pero la llaman *Teté*.

¡Qué pensativa está!

No, no está pensativa; está fastidiada. Observad la expresión de su cara. Ved con cuánto desgano sostiene la varita.

Y ¿por qué está fastidiada?

Es que la están retratando, y hace tiempo que el fotógrafo la corre para acá, la mueve para allá y nunca le parece que está bien.

—*¡A ver... no se mueva, hijita!...* — le dice, y vuelve a su máquina, se cubre la cabeza con un paño negro y mira. Se descubre, mueve el aparato y vuelve a taparse la cabeza y a mover la máquina.

Entretanto, Teté no se puede mover.

El fotógrafo se descubre otra vez, va a la niña, la cambia de posición, le arregla la cabeza y repite:

¡Así... así... eso es!... ¡Quieta ahora!

Y la pobrecita se queda quieta. Y eso que está oyendo ahí cerca la conversación y las risas

de sus hermanitos. Querría ir a donde están ellos, pero el papá, que quiere tener un retrato de su hijita, le dice también:

— *No te muevas, querida. Ya se acaba.*

Y Teté obedece. No hay más remedio.

Por eso tiene carita de resignada.

¡Qué suspiro se le escapará cuando le digan:

— *¡Bueno, ya está! ¡Puedes ir a jugar!*

---

61. — Abnegación de un niño

Guillermo, chico de nueve años de edad, se había quedado huérfano de padre. La madre, con varios hijos menores, no tenía quien le ayudara a ganar el sustento para todos.

Guillermo, que a pesar de ser tan niño, tenía mucho juicio y energía, dijo un día a la madre:

— *¡Mamá! yo puedo ayudarte. Déjame hacer lo que hacen otros niños apenas un poco mayores que yo.*

— *¿Qué, hijo mío?*

— *Vender diarios, hasta que encuentre un trabajo mejor.*

La madre deseaba evitar a su hijo un trabajo tan penoso. Pero Guillermo insistió. Sus hermanitos tenían hambre. La buena señora no tuvo más remedio que ceder.

Y bien; el noble chiquilín, durante mucho tiempo, se levantaba a las tres y media de la madrugada, en las noches heladas de invierno, y llegaba de los primeros a la imprenta, para recoger los diarios, yendo después con ellos a una de las estaciones más retiradas, a esperar la llegada de los primeros trenes.

Por la tarde hacía lo mismo, y a pesar de eso, el valiente muchacho, que antes de quedar huérfano había empezado a ir a la escuela, volvió a ella.

Concurría a las clases de una escuela nocturna.

El pobrecito se quedaba a menudo dormido sobre su mesa.

La maestra lo dejaba dormir tranquilamente, porque conocía la noble abnegación del niño, que así se sacrificaba por su madre y sus hermanitos.

Ella misma me ha contado esta historia y, al terminarla, me decía:

— Hace veinte años de esto. No he vuelto a ver a Guillermo; pero estoy segura de que ha llegado a ser un hombre de provecho.

¡Oh, sí! yo también estoy seguro.

Los que trabajan con amor y perseverancia, triunfan siempre, ¡siempre!

Y son felices.

62. — Contando cuentos

Víctor es un niño muy aficionado a los cuentos.

Sus padres le dan dinero para que compre lo que más le guste, como premio por las buenas clasificaciones que ha obtenido en la escuela. Yo creo que hacen mal en darle dinero; pero Víctor lo emplea bien, pues en cuanto lo recibe corre a la librería y compra libros de cuentos.

Los lee generalmente por la noche, después de comer, y al día siguiente refiere a sus compañeros algunas de las historias que ha leído.

Aquéllos suelen rodearlo en gran número, porque Víctor es un buen narrador.

Habla con mucha *naturalidad* y con gracia.

¿Qué estará contando hoy?

Debe ser algo muy interesante porque son muchos los niños que han dejado de jugar para escucharlo, y las caras de todos revelan atención y alegría.

---

63. — El embustero y el lobo

Lo que refería Víctor era la vieja historia del niño embustero y el lobo.

¿Queréis conocerla?

José era un chico que tenía el peor de los defectos: era mentiroso.

Se había quedado huérfano de padre, siendo muy niño; fué, desde entonces, muy mimado por su mamá y por sus hermanos mayores.

Cuando cometía alguna falta, sus hermanos decían:

— *No ha sido Pepito, no; ha sido el gato. ¡Pícaro gato!*

Si Pepito decía alguna mentira, en vez de reprenderlo y castigarlo muy severamente, co-

mo merecía, se la festejaban como una *gracia*.

Así creció, y *la gracia* se convirtió en un defecto gravísimo, que lo hizo antipático a todo el mundo, ocasionándole más de un disgusto.

Oíd lo que le sucedió un día.

Tenía José doce años de edad y era el encargado de sacar las ovejas a pacer.

En los alrededores del campo al cual conducía su *rebaño*, había varios ranchos y casitas ocupadas por diferentes vecinos.

Un día, éstos oyeron gritar a José:

— *¡El lobo!... ¡El lobo!... ¡Socorro!...*

Acudieron presurosos para proteger al pobre pastorcillo.

Imaginaos el asombro de todos ellos, al encontrar a José solo entre sus ovejas, riéndose a carcajadas, golpeándose la boca y diciendo:

— *¡Juá! ¡juá! ¡juá... ¡Los engañé!... ¡Los engañé!...*

Los vecinos volvieron a sus ocupaciones, indignados contra el embustero que usaba bromas de tan mal gusto.

Satisfecho del resultado, José repitió, algún tiempo después, su imperdonable travesura.

Mayor fué la indignación de todos al verse nuevamente chasqueados, y algunos corrieron hacia donde estaba José para castigarlo; pero José huyó al bosque inmediato, haciendo «pitos» a los crédulos *aldeanos*.

Pocos días después, un lobo vino de veras y

José, en cuanto lo vió salir del bosque, empezó a gritar *desaforadamente*:

—*¡El lobo! ¡El lobo! ¡Vengan! ¡Por favor! ¡Es cierto! ¡Vengan! ¡Pronto! ¡Pronto!*

¡El lobo! ¡El lobo!

Pero nadie apareció.

Entretanto, el *salvaje* animal había muerto al perro y atacaba a las ovejas.

José apenas tuvo tiempo de trepar a un árbol y presenciar desde allí la carnicería, pálido y tembloroso.

Un vecino, el único que por fín se asomó al oír los gritos del chico y el balido de las ovejas, corrió armado y espantó al cruel animal.

José comprendió ese día una de las consecuencias de su grave defecto.

¿Por qué no salieron los vecinos? Porque estaban escarmentados con las primeras burlas, y creyeron, al oírle gritar por tercera vez, que mentía como las anteriores.

En boca del mentiroso
Lo cierto se hace dudoso,

dice el refrán. Y José tuvo la prueba de ello.

¡Qué despreciables son las personas que mienten!

Yo no puedo tolerarlas y las creo capaces de cualquier mala acción.

---

64. — El asno

He aquí otro cuadrúpedo doméstico, de los más útiles al hombre.

Es menos bello que el caballo, pero no presta menos servicios.

Pasa largas horas haciendo girar las ruedas del *molino* y con los ojos vendados.

Es también *animal de tiro*.

Sirve como *cabalgadura*, y si bien su andar es más lento que el del caballo, es en cambio más *seguro* y aguanta largas *jornadas* sin cansarse.

Como *bestia de carga*, pocos animales le aventajan.

Es muy *sobrio*, quiero decir que se contenta, para comer, con cualquier cosa: un poco de pasto, cáscaras de melón o de sandía, granos, cardos... lo que le den.

Pero ¡eso sí! no le deis a beber agua turbia. No la tomará aunque se muera de sed.

Es muy *terco* y *obstinado*. Por eso suelen algunos maltratarlo cruelmente.

Los que así proceden, revelan no tener buen corazón.

¿Acaso nosotros, que somos *seres racionales*, no tenemos también algún defecto?

Los que así martirizan al burrito cuando se *empaca*, olvidan con cuánta paciencia ha sufrido él, cincuenta veces, privaciones de todo género y los ha transportado sobre su lomo de un punto a otro, por valles y montañas, de a uno, de a dos y hasta de a tres, sin protestar si-

quiera. No es tan «*burro*» como muchos creen.

En los circos suelen verse asnos haciendo pruebas que suponen inteligencia para aprenderlas.

Pero, ¡qué poco agradable es su *rebuzno!*

Y cuando uno empieza, todos lo imitan, formando así un concierto que no hace muy felices a los oyentes.

¿Qué dirán cuando *rebuznan?*

Hay burros de color pardo, más o menos obscuro.

Los hay también negros y blancos.

A mí me gustan mucho los blanquitos.

Este de la figura lo conozco.

Lo he visto en la sierra de Córdoba, y hasta anduve un ratito en él.
Me lo prestaron los chiquilines que lo montaban.

Los otros son de La Rioja y de San Juan.

---

65. — Consejos, máximas, etc.

Cuando dos personas hablan en secreto, no trates de oir lo que dicen. Alejate.

***

En vez de burlarte del extranjero que habla mal tu lengua, piensa que tú no eres capaz ni aun de hacerte entender en la suya.

***

Debemos procurar merecer la opinión favorable de un hombre de bien, antes que la de muchas personas sin juicio, aduladoras o interesadas.

***

El que mucho abarca, poco aprieta.

66. — El mejor gimnasio para los niños

Descripción oral o escrita. — Composición. (Hágase hablar a los personajes).

67. — Necesidad de alimentarse

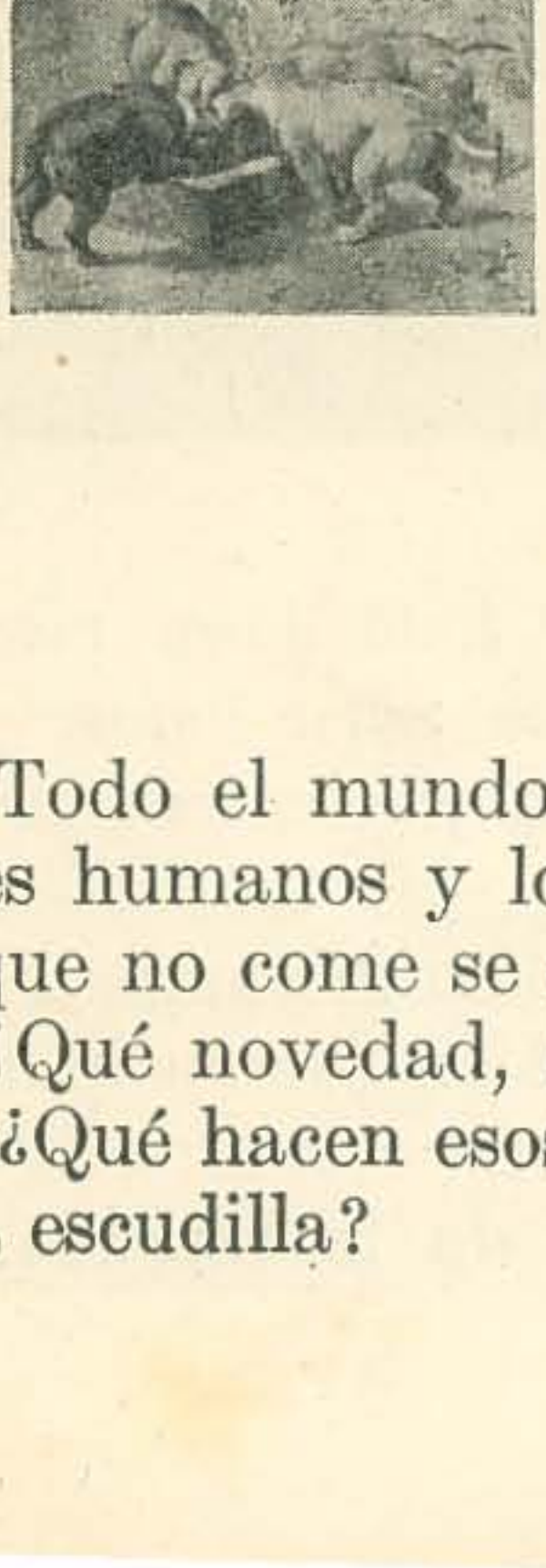
¡Buen provecho, señores! ¿Está muy rica la sopa? No tienen ustedes platos para todos; pero la sopera es grande y permite que entren varias cucharas a un tiempo.

Parece que estos chicos no se preocupan mucho de la falta de comodidades. Tienen hambre y hay que comer.

El primero, este que nos da la espalda, no

se conforma con el líquido que contiene la sopa, leche tal vez.

El quiere también *alimentos sólidos* y para que el pan no se le escape, lo tiene cogido con las dos manos.



— *Mastique, amigo, mastique bien, que para eso son los dientes.*

Por ahora son ustedes cuatro, nada más, pero esperen unos pocos meses y el nenito ya no querrá tampoco que le den la comida teniéndolo en las faldas. Ya se encargará él también de meter la cuchara por su cuenta en la sopera y de pinchar con su tenedor las papas fritas.

Eso, si no las agarra con los dedos.

Todo el mundo come, grandes y chicos, los seres humanos y los animales *irracionales*, pues el que no come se muere.

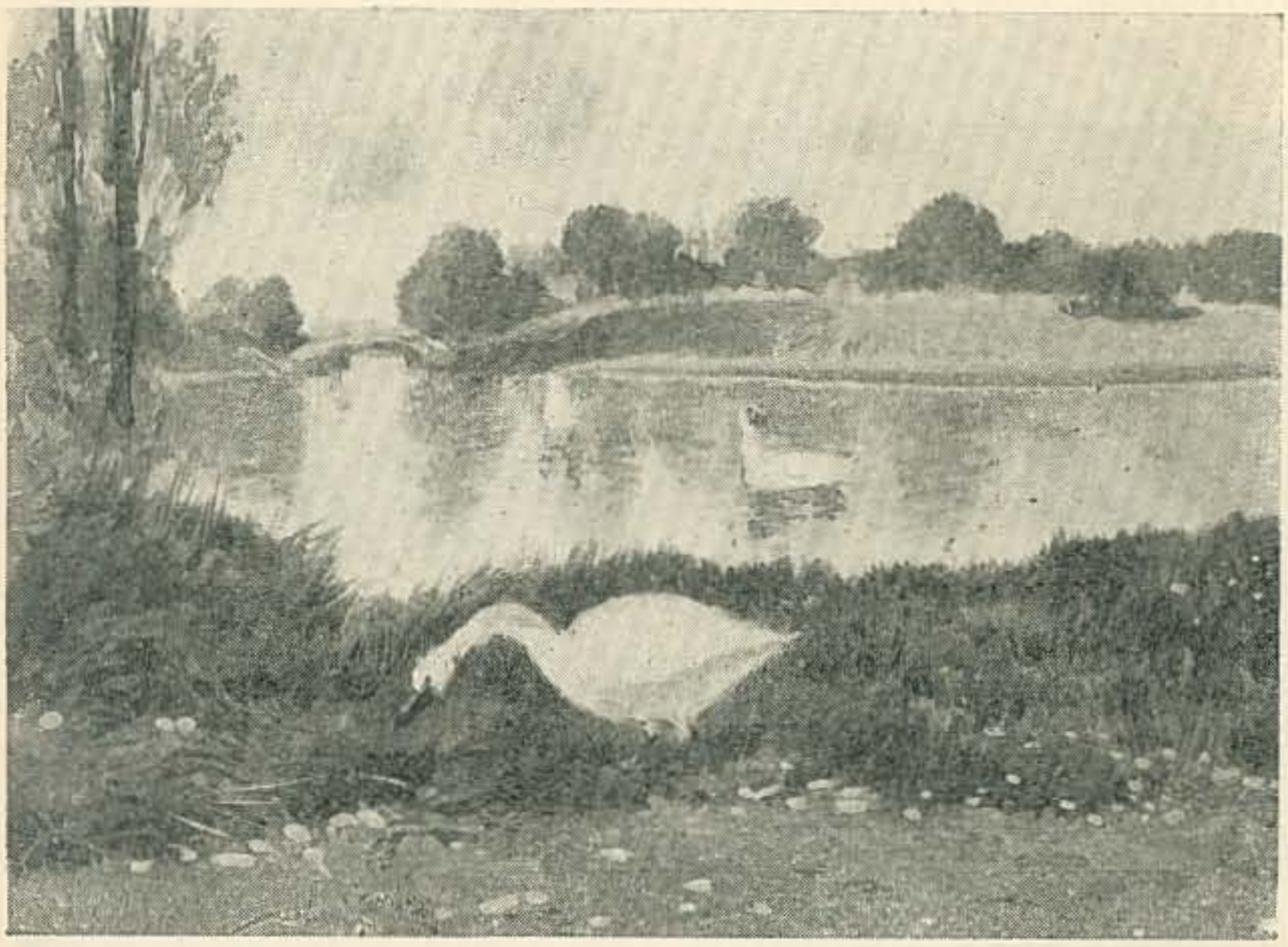
¡Qué novedad, eh!... ¿Ustedes no lo sabían?

¿Qué hacen esos cuatro perritos alrededor de una escudilla?

Pues comen, lo mismo que ustedes, en un solo plato.

La madre los contempla, pero engullendo ella también un buen trozo de *carne*.

Ya se le pasó el tiempo de tomar solamente líquidos.



Y estos hermosos cisnes blancos, ¿en qué se ocupan?

¿Se pasean gozando del fresco del parque y contemplando el paisaje?

¡Hum!...

Lo que hacen es buscar, entre la yerba y en el agua, el alimento que más les gusta: granos, raíces, gusanos, pequeños reptiles, etc.

Y esos conejos ¿qué tienen?

¿De qué se asustan?

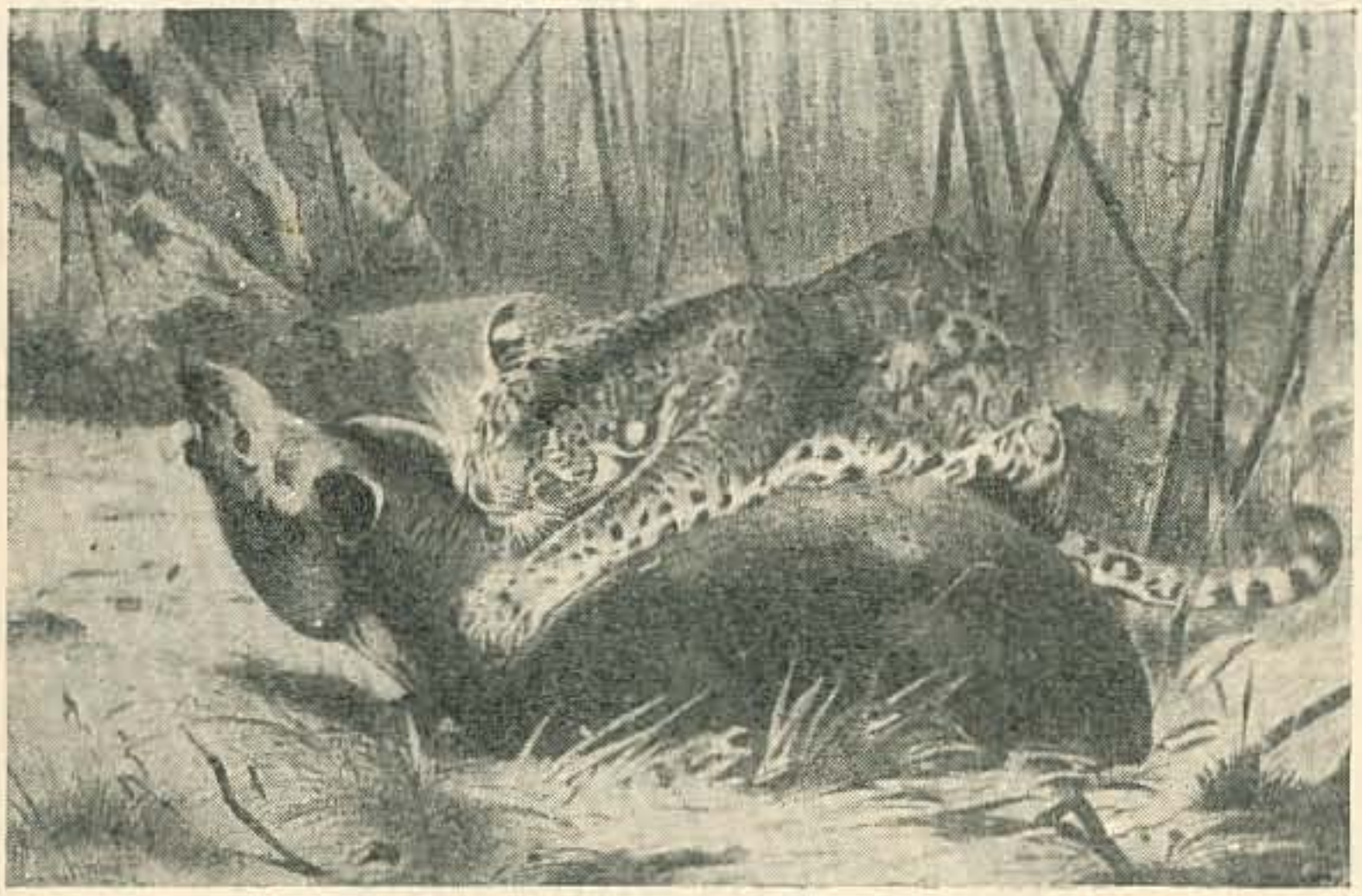
¡Ah, ya veo!

Ahí cerquita está un zorro, tendido en el suelo. Apenas se le distingue la cabeza. Se hace el muerto para que los conejos se acerquen sin desconfianza. En cuanto alguno se le aproxime, el muerto resucitará; de un salto estará sobre él y le hincará los dientes en el cuello.

¡Es claro! También el zorro tiene hambre y, como nadie lo invita a comer, él se sirve solo entrando de noche a los gallineros o esperando escondido a sus víctimas en lugares convenientes.

Pero, ¡qué no se descuide él mismo!... que no se deje sorprender por el león, el tigre u otro gran *carnicero* hambriento, porque entonces se

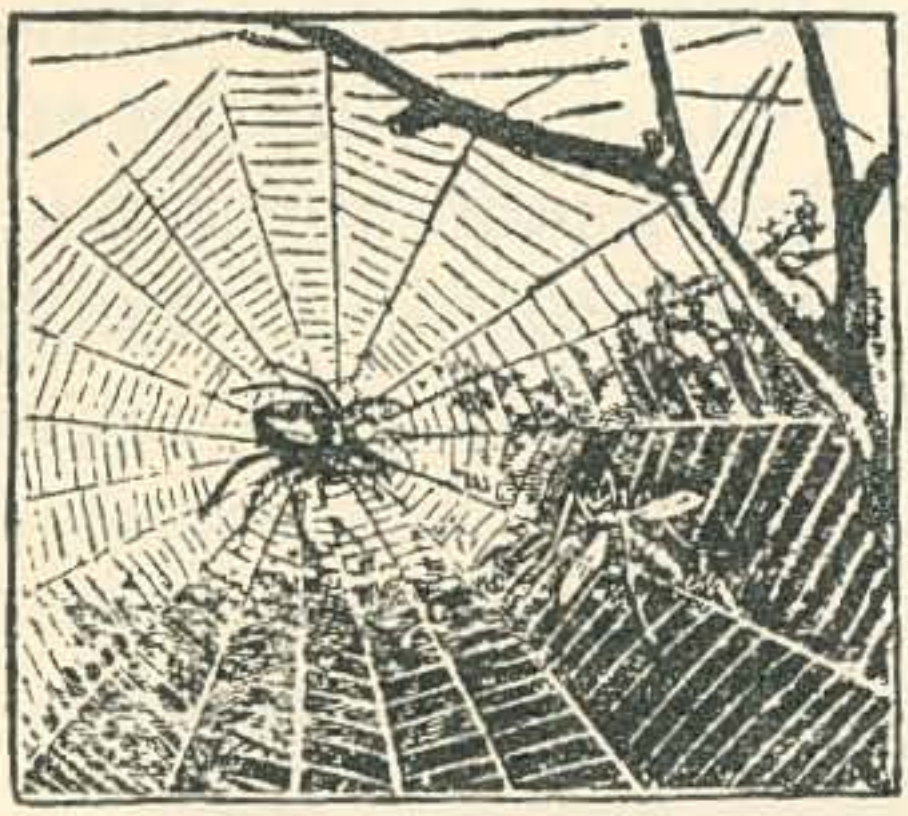
convertirá él también en alimento e irá a parar al estómago de aquéllos. Ved, si no, lo que sucede a este *tapir*, que se ha dejado sorprender por el tigre. Dentro de un momento el pobre *paquidermo*, a pesar de su piel dura y su gran



tamaño, habrá muerto entre las *garras* y *mandíbulas* de su feroz enemigo.

Y ¿qué decís de don *Martín Pescador?*

Ya lo veis: él tampoco respeta la vida de otros animales: y el pobre pescadito que tiene en el pico, ya puede despedirse para siempre de sus parientes y ami-



gos, los demás habitantes del agua, en la que nadaba contento hace unos minutos.

También ese mosquito que ha caído en la red hábilmente tejida por la araña, puede decir *adiós* a la vida.

Todos conjugan, pues, el verbo *comer*: Yo *como*, tú *comes*, él *come*, el elefante *come*, el picaflor *come* y los mosquitos *comen*.

---

68. — Los alimentos

I

Trigo

El hombre toma su alimento de *los tres reinos de la naturaleza*, es decir, del *reino animal*, del *reino vegetal* y del *reino mineral*.

Nos dan su carne: la vaca, la oveja, la cabra, el cerdo, las *aves de corral*, los animales de *caza*, de piel y de pluma; los *peces*, de mar y de agua dulce, etcétera.

Las carnes de vaca y de car-

nero son muy *nutritivas*.

La vaca, la cabra y otros mamíferos, nos dan su *leche*, alimento indispensable, especialmente en la primera edad. Con la leche se hace *manteca* y *queso*.

La gallina pone para nosotros *huevos* abundantes.

También nos dan huevos la pata, la gansa, la pava, etc.

Maíz

Del reino vegetal tomamos el *trigo*, del cual se hace *harina* y con la harina *pan* y *fideos;* tomamos otros *cereales*: maíz, cebada, avena, arroz etc.; *legumbres* variadas, porotos, habas, arvejas, etc.; *frutas* exquisitas, como los duraznos, las peras, los melones, las frutillas, las manzanas, los damascos, etcétera.

Avena

De la *caña dulce* y de la remolacha sacamos el *azúcar*, que es tan necesario.

Del reino mineral sólo tomamos el *agua*, que es un verdadero e importante alimento, y la *sal*.

La sal sirve para condimentar los alimentos. No sólo les da *sabor* agradable, sino que facilita la digestión.

Arroz

II. — Consejos higiénicos

No os alimentéis solamente de carne, pero que la carne forme parte de vuestra alimentación.

La carne del cerdo y la de ternera conviene comerlas bien cocidas.

Ya sabéis que la leche y los huevos constituyen un alimento de primer orden. Hervid la leche.

Conviene comer un poco de pescado.

No dejéis de tomar verduras.

La alimentación será, pues, *mixta*.

En caso de duda respecto de lo que más os convenga comer, consultad a un médico o a una persona ilustrada que conozcáis.

Comed a horas fijas y *sed sobrios*.

Masticad bien los alimentos.

Cuidad vuestros dientes limpiándolos todos los días con polvo y cepillo.

No abuséis de los dulces y caramelos. Chupadlos, no los rompáis con los dientes, si no queréis sufrir mucho, perder la dentadura y hacer, por lo mismo, malas digestiones.

Enjuagaos la boca después de comer.

Conviene mucho enjuagársela también antes de acostarse para dormir.

69. — El pollito

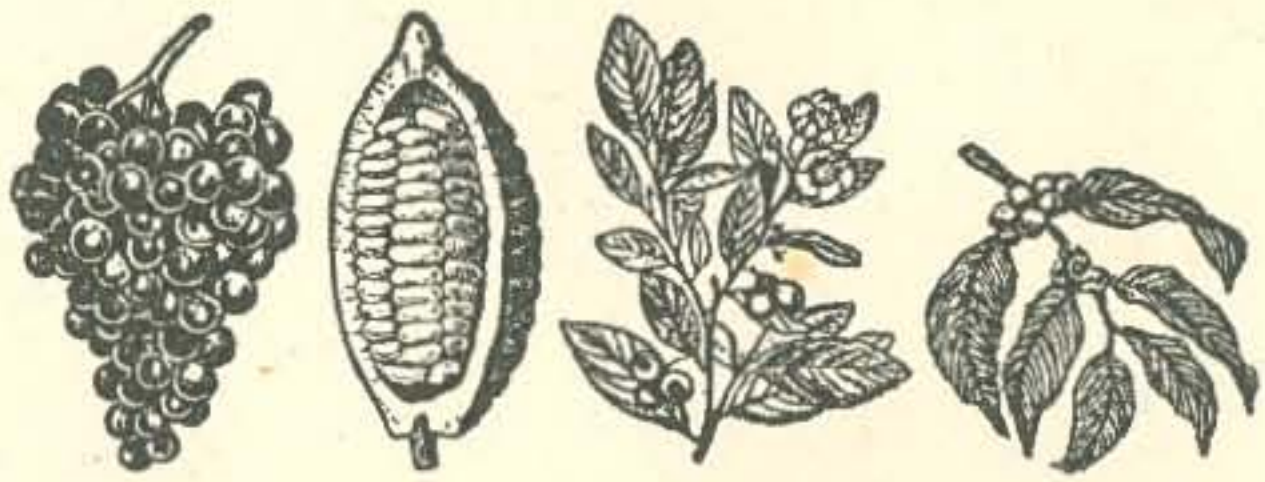
Descripción oral o escrita. — Composición.

(Hágase hablar a los personajes)

70. — Las bebidas

Las mejores bebidas son el *agua* y la *leche*. Son también bebidas comunes el *vino* y la *cerveza*, las *infusiones* de *te* y de *café*.

El *chocolate*, cuyo principal componente es el



Uva Cacao Te Café

cacao, preparado con leche o con agua, forma un alimento líquido.

El *vino* se extrae de la *uva*. La uva es el fruto de la *vid*.

La cerveza se prepara con dos vegetales: la *cebada* y el *lúpulo*.

Los niños no deben tomar más bebidas que agua y leche.

El vino y el café les hacen daño, aunque esto no se note pronto.

¡Qué buena costumbre sería la de poner en la mesa jarras de leche, en vez de botellas de vino y de cerveza! Pero leche que después de hervida se haya enfriado convenientemente.

Así se hace en muchos países. Gracias a eso y a otros buenos hábitos, los niños y los hombres crecen sanos y vigorosos.

El alcohol es un veneno.

Cebada

---

71. — Edith y Chela

(LA CLASE DE LABORES)

Las niñas están en clase de labores.

Todas trabajan.

Unas remiendan sus propios vestidos.

Otras preparan, para sus hermanitos, prendas fáciles de hacer.

La mayor parte hacen trabajos útiles para sí o para personas de su familia, porque la maestra dice que eso es lo principal.

Después, algunas aprenderán a bordar y a *confeccionar* prendas de lujo, trabajos en seda, terciopelo, etc.

Eso no urge.

Varias niñas han traído polleras, que sus mamás o sus hermanas mayores ya no usan, y van a utilizar el género haciendo vestidos para sus hermanitos.

Pero lo que me impresionó más gratamente cuando entré en la clase, fué lo que oí decir a Edith.

Es una niña de familia rica, cuyos padres tienen carruajes y caballos finos y viven en un lujoso chalet.

Examinando yo los trabajos que habían hecho todas las niñas, encontré que Edith se había ocupado principalmente en aprender a remendar zurcir, cortar y coser piezas de ropa blanca. También había aprovechado trajes usados o fuera de moda, para hacer otros nuevos.

No había hecho más trabajo de adorno que

bordar unas zapatillas, para regalarlas a su papá el día de su cumpleaños.

Yo hablé aparte algunas palabras con la maestra y después, dirigiéndome a Edith, le pregunté:

— *Dime, niña, ¿por qué pierdes tiempo en aprender a remendar o renovar vestidos viejos, si tú eres rica y no lo necesitas?*

Edith se puso colorada y, levantándose, contestó:

— *¡Señor! mamá me ha dicho que la fortuna de papá puede perderse por cualquier motivo de un momento a otro. Dice que eso ha sucedido muchas veces a personas más ricas que nosotros, y que por eso yo debo pensar que mañana puedo ser de las más pobres, y necesitar, como todas, de mi habilidad para trabajar.*

Yo aplaudí, contento, esa respuesta, y ví que todas las niñas miraban a Edith con aire cariñoso.

Me dijo después la maestra que Edith era amiga de todas ellas; que jamás se *jactaba* de ser rica; que, por el contrario, era humilde y a menudo ayudaba con sus indicaciones a las más atrasadas.

Supe también que sus vestidos eran de buena clase y bien hechos; pero no llamaban la atención por su lujo ni por sus adornos. Era sencilla, y llevaba, constantemente, puesto un delantal.

No tenía más alhajas que un anillo, regalo y recuerdo de su abuelita, muerta el año anterior.

La maestra me refirió que Edith recibía en su casa lecciones especiales de piano y de dibujo; pero que la madre le enseñaba también el arreglo de la casa, le hacía barrer y tender camas y le había dicho que después le enseñaría a cocinar.

Cuando salí de esa escuela, pensaba yo para mis adentros:

—¡Qué juiciosos son los padres de Edith! ¡Esos sí que saben querer y educar a sus hijos! Serán siempre felices, ¡oh, sí! estoy seguro. Lo serán porque lo merecen.

Yo conozco otra niña que es como Edith.

En su casa la llaman *Chela*.

Tiene 9 años. Es rica y, sin embargo, ella interviene en el arreglo de la casa y sabe cocinar.

El otro día su papá le preguntó en mi presencia.

— *¿Qué labores haces ahora, Chela?*

— *Estoy cosiendo ropa blanca para los niños pobres, papá.*

Ahí tenéis su retrato.

¿No es verdad que tiene cara de buena?

Y lo es.

También es inteligente y estudiosa.

Todavía no estudia música, pero sí el francés. La he oído recitar una fábula y me quedé en-

cantado. Pronuncia lo mismo que la maestra, que es francesa.

Pero lo que más me gusta en ella, no es su inteligencia ni su carita.

Tiene algo que vale más:

Tiene buen corazón.

---

72. — Consejos, máximas, etc.

Respetemos desde chicos las reglas de la casa y de la escuela. Más tarde respetaremos también las leyes del país y seremos buenos ciudadanos.

73. — El frutero y las frutas

— *¡Naranjas! ¡bananas! ¡limones!... ¡marchante!* grita el frutero. Y sin esperar que lo llamen, pasa el zaguán y se detiene junto a la *puerta de reja.*

No bien lo oyen, salen corriendo los chicos de la casa, y van a rodearlo gritando a su vez;

— *¡El frutero, mamá!... ¡El frutero!...*

La mamá acude.

— *Vamos a ver, ¿qué trae hoy?* — dice, acercándose al vendedor.

En las canastas hay *naranjas, manzanas, limones y bananas.*

— *¿No tiene frutillas?*

— *No, señora. Hay muy pocas todavía en el mercado y no están baratas. Cómpreme estas bananas.*

— *No quiero bananas. ¿A cómo vende estas naranjas?*

— *A cuarenta centavos la docena.*

— *¡Qué carero está usted hoy!... Y eso que las naranjas están abundantes. No le pago más que treinta centavos.*

Y la señora hace como que se va.

— *Bueno... Venga acá... Tómelas* — dice el vendedor. — *¿Cuántas quiere?*

— *Hoy quiero una docena, nada más.*

— *Y esto... ¿es fruta también?* —pregunta en tono de broma uno de los chicos señalando la *yunta de perdices* que cuelga del canasto.

La señora paga las naranjas y entonces los chicos exclaman:

— *¡La yapa! ¡Dénos la yapa!*

El frutero les da una banana y se va gritando:

— *¡Naranja dulce! ¡banana! ¡limones!... ¡marchante!*

Hay muchísimas clases de frutas. Además de las nombradas, hay *duraznos, damascos, ci-*

ruelas, *peras*, *higos*, *guindas*, *melones*, *sandías*, *chirimoyas*, etc., etc.

Me gustan mucho las chirimoyas.

— ¿Y las bananas?... Pero los duraznos son muy ricos también... ¿Y las peras de agua?.. ¿Y las uvas?...

¡La verdad es que todas son tan agradables!

Hay frutas *secas* que se pueden guardar mucho tiempo: unas con cáscara dura, como las *avellanas*, las *nueces*, las *almendras*, los *cocos*, etc., y otras sin aquélla, como las *ciruelas*, los *higos* y las *uvas*.

Con algunas frutas se hacen bebidas. De la uva se saca el *vino*, y del *zumo* de la manzana se fabrica la *sidra*.

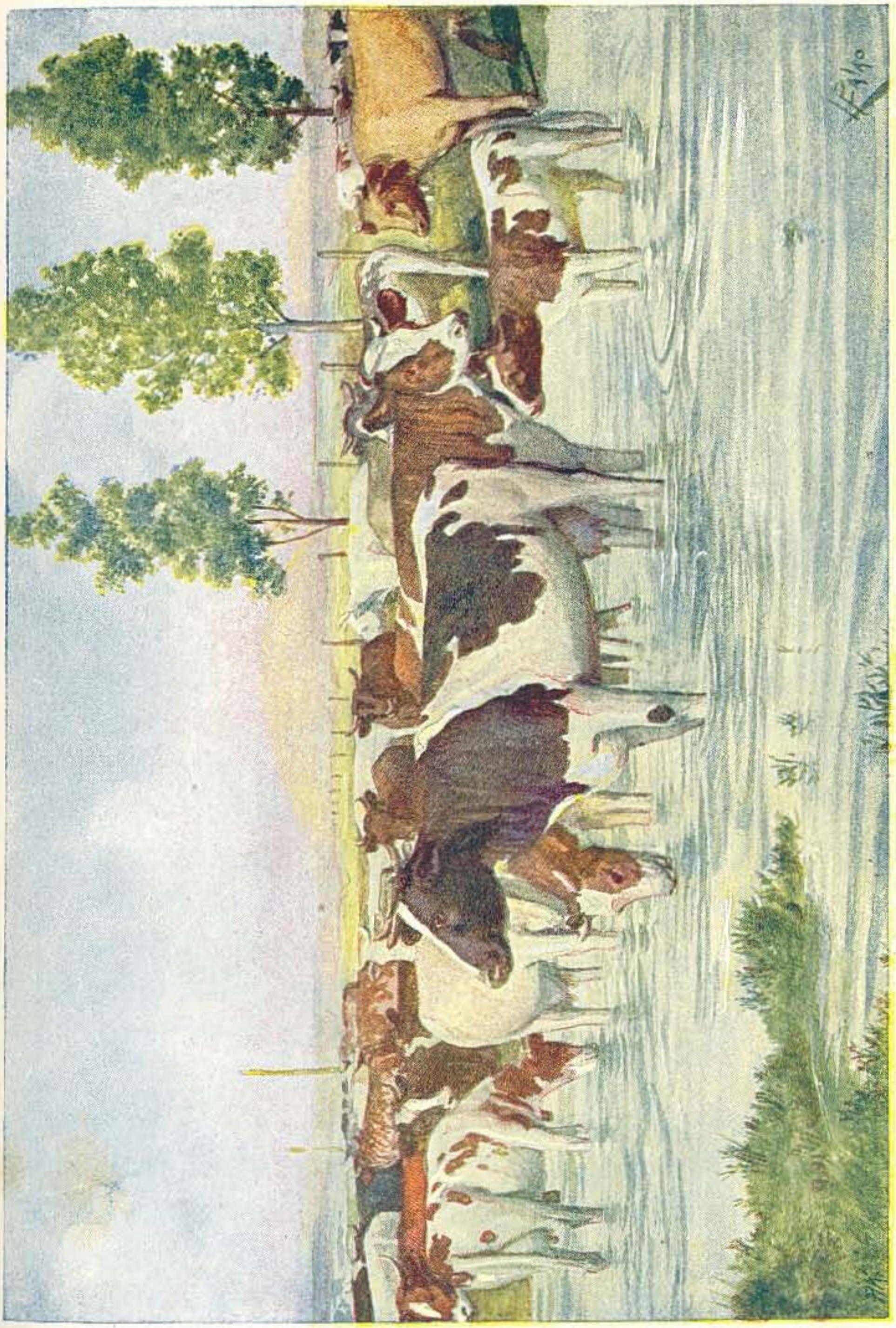
En algunos pueblos comen mucho *patay*. Es un alimento que se prepara con la fruta del *algarrobo*. No me gusta el patay. Me gustan las *conservas* de frutas, las *jaleas*, como la de *membrillo*, *guayaba*, etc.

La fruta es un alimento sano, pero debe comerse madura y sin exceso.

---

74. — Consejos, máximas, etc.

La naturaleza ha dado al hombre *dos* orejas y *una* boca para enseñarle a que hable poco y oiga mucho.



75. — Tema de conversación y de descripción oral.

76. — Nuestros vestidos

Los vestidos sirven para cubrir nuestro cuerpo y para protegerlo contra el frío y la humedad.

También los animales tienen su vestido natural.

Ese vestido lo forman la lana, la cerda, las plumas, etc., que cubren su cuerpo.

El hombre toma de los tres reinos de la naturaleza las materias primas con que fabrica sus ropas. Los *animales* nos dan *lana*, *pelo*, *cuero*, *seda*, etc.

De diferentes *plantas* extraemos el *lino*, el *algodón*, el *cáñamo*, con los cuales preparamos *telas* de muchas clases.

Así podemos confeccionar diferentes prendas de vestir, empleando las materias más convenientes, según el objeto a que se destina la pieza y según las estaciones del año.

Los vestidos de lana son los que más abrigan. Los de hilo son los más frescos.

Los colores obscuros abrigan más que los claros porque *conservan* el calor.

Algunas materias *minerales* nos sirven también para completar los vestidos. Los clavos de nuestros zapatos son de *hierro;* algunos botones y broches son también de *metal*. Las joyas con que nos adornamos son de *oro* y de *plata*, y las *piedras preciosas* también pertenecen al reino mineral.

Lino

Algodón

Cáñamo

Un niño bien vestido es el que lleva traje *limpio*, aunque no sea de tela fina, y *cómodo*, para que no impida los movimientos.

¡Qué mal efecto causa ver a un niño que, por parecer más elegante que los demás, se pone vestidos muy ajustados!

Pero lo que más choca es el niño orgulloso, que cree ser más que los otros porque viste de seda o de paño fino y lleva botones dorados y zapatos de charol. Esos tontos se ponen en ridículo.

La genta sensata prefiere el niño modesto, que tiene el traje remendado, tal vez, pero limpio siempre.

---

77. — La niña generosa

Estamos en verano.

Los dueños de la hermosa casa-quinta están de fiesta.

Es el cumpleaños de Elisita y con ese motivo han invitado a numerosos amigos a un *pic-nic*.

Comieron al fresco, a la sombra de árboles corpulentos, cuyas ramas están cubiertas de espeso *follaje*.

Alrededor del terreno que ocupan, algunos *arbustos florecientes* llenan el aire de *fragancias*.

La comida ha terminado entre conversaciones animadas, risas, alegría.

Mientras a los mayores se sirve el café, los niños reanudan sus juegos interrumpidos.

Allá veo un grupo rodeando un arco de madera.

Hay en el marco una *hamaca*, en la que se divierten algunas niñas.

Pero... y estos chiquilines, descalzos unos y pobremente vestidos otros, ¿qué hacen aquí? ¿quiénes son?

Son niños que viven en los *alrededores* de la quinta.

Han acudido al ruido de la fiesta y contemplan a distancia la felicidad de los ricos.

¡Con qué ganas habrían comido ellos también masas y dulces!

De pronto Elisita ve a los pobrecitos, y entonces, separándose de sus compañeros, corre a la mesa y dice:

— *Mamá, ¿quieres que lleve dulces a aquellos chicos?... Fíjate con cuánta envidia nos están mirando, ¡pobrecitos!*

— *¡Oh, sí, querida! ¡Toma! ¡Llévales!*

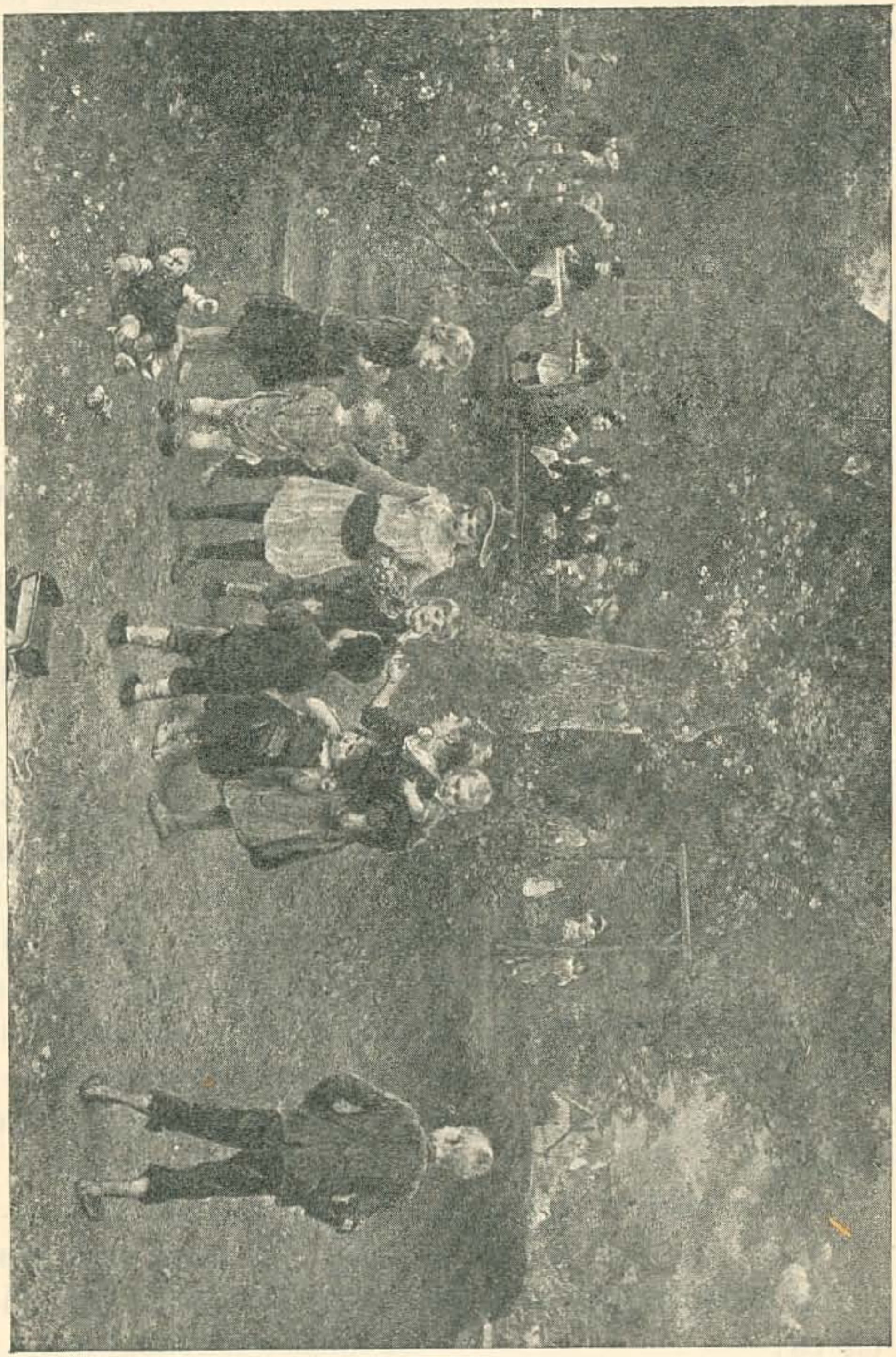
Y Elisa, gozosa, tomó una canastita y ahí la tenéis repartiendo dulces entre los nuevos convidados.

¡Con qué placer reciben éstos el inesperado regalo!

Observad la expresión de sus semblantes.

Ese que se halla detrás, ya está servido. ¡Con cuánto gusto muerde su masita! ¡Qué rica es!

Es tal el contento, que nadie piensa en le-



La niña generosa.

vantar al chiquito que se ha caído al suelo y llora.

Ya lo hará callar la buena Elisita dándole un caramelo.

Y tú, la más grandecita, tú que estiras la mano impaciente, no te apresures... Hay para todos. Deja servir a los chicos primero.

Y tú, chiquilina, no te metas los dedos en la boca, ni te hagas la enojada, que al fin has de comer también como los demás.

Ved esta otra de la izquierda, cómo espera sonriente, su turno.

Y cómo alarga sus bracitos el de la gorra, ese que nos da la espalda, aquí, en el *centro*. El se come las masas con los ojos, ¡seguro! Me parece que lo veo con la boca entreabierta y mirando *alternativamente* a Elisita y al canasto, como diciendo:

— *¡Qué no se acaben, eh! ¡Cuidado que falto yo!*

Y el mayor de todos, el que está solo, a la derecha, con las manos en los bolsillos y que tiene rota en el codo la manga del saco, ¿qué hace? ¿Por qué no se acerca?

Tiene vergüenza, Y, sin embargo, también él comería con gusto.

Elisita lo llamará. El quizá conteste:

— *Gracias, gracias, no tengo ganas...*

Pero ella insistirá y si él se aleja sin recibir nada, yo sé lo que hará Elisita.

Dará su parte a uno de los otros, diciéndole:

— *Toma, llévale esto a tu hermano.*

¡Muy bien, Elisita! Tienes un corazón generoso.

Has festejado noblemente tu cumpleaños. Ahora puedes jugar satisfecha.

Vuelve, vuelve a juntarte con los tuyos, que ya veo a tus padres que te miran y te esperan para recibirte entre sus brazos.

Yo también te envío mi saludo cariñoso, noble Elisita.

---

78. — El enfermito

El nene está enfermo.

El médico vino y recetó un medicamento. Es una bebida de un *sabor* un poco desagradable y el nene no quiere tomarla. La mamá se ha cansado de insistir en que la tome. El chiquilín cierra la boca y rechaza a manotones la cuchara.

Han llamado entonces al abuelito, porque el papá ha ido a su trabajo.

El nene llora, porque sabe que el abuelito le

hará tragar la bebida a la fuerza, si se resiste. Hace bien el abuelito.

Muchos niños no toman los medicamentos porque están mal acostumbrados.

Las madres, y también los abuelos, suelen decir:

— *¡Es tan chiquito!... Vamos a esperar un momento. Después lo tomará...*

Yo creo que hacen mal. Cuando se llama al médico, hay que hacer las cosas como él las manda, aunque los medicamentos no sean dulces, porque si no lo hacemos así, el enfermo no se mejorará y nosotros tendremos la culpa.

Conozco varios niñitos que toman los medicamentos sin llorar y sin resistirse. Yo sé por qué. Es porque los padres los han acostumbrado a obedecer desde muy chiquitos.

Así debe ser.

También les han enseñado a que abran bien la boca y a sacar la lengua para mostrar la garganta.

Cuando sean un poco mayores, les enseñarán a hacer *gárgaras* con agua.

Esos padres proceden muy juiciosamente. Así podrán cortar a tiempo muchas enfermedades y facilitar el trabajo del médico.

Muchos no lo hacen porque no se les ha ocurrido; pero lo harían si alguien los aconsejase.

Lo harían, porque aman a sus hijos y desean su bien.

---

79. — En la Primavera

Ha vuelto la *Primavera*.

La Primavera empieza el 21 de Septiembre, y dura tres meses como las demás estaciones.

Los días van siendo cada vez más largos. El aire es templado y agradable.

Los árboles *florecen*.
¡Con qué gusto corren los niños por el campo!
Han dejado ya los pesados trajes de invierno.

Sus vestidos son ahora ligeros y de colores claros.

María ha salido con su mamá a dar un paseo *matinal*.

Le gusta respirar el aire fresco de la mañana.

Junta flores. Con ellas hace un *fragante ramo*, con *margaritas* y *violetas* que abundan en los alrededores de su casa.

Agregará después algunas *rosas* del jardín y llevará el ramo a su abuelita.

— *Tome, abuelita: yo las he juntado para usted...* — dirá la cariñosa criatura.

Y la abuelita recibirá contenta el ramo, mirará un momento, enternecida, a su nieta adorada, y, sin poderse contener, la estrechará entre sus brazos.

Tal vez le diga al acariciarla:

— *Tú, querida, tú eres la flor que más ama tu abuelita.*

Y María le echará los brazos al cuello y repetirá como de costumbre.

— *Te quiero mucho, abuelita.*

---

80. — La habitación

El *alimento*, el *vestido* y la *habitación*, son las tres necesidades *primordiales* del hombre y de los animales todos.

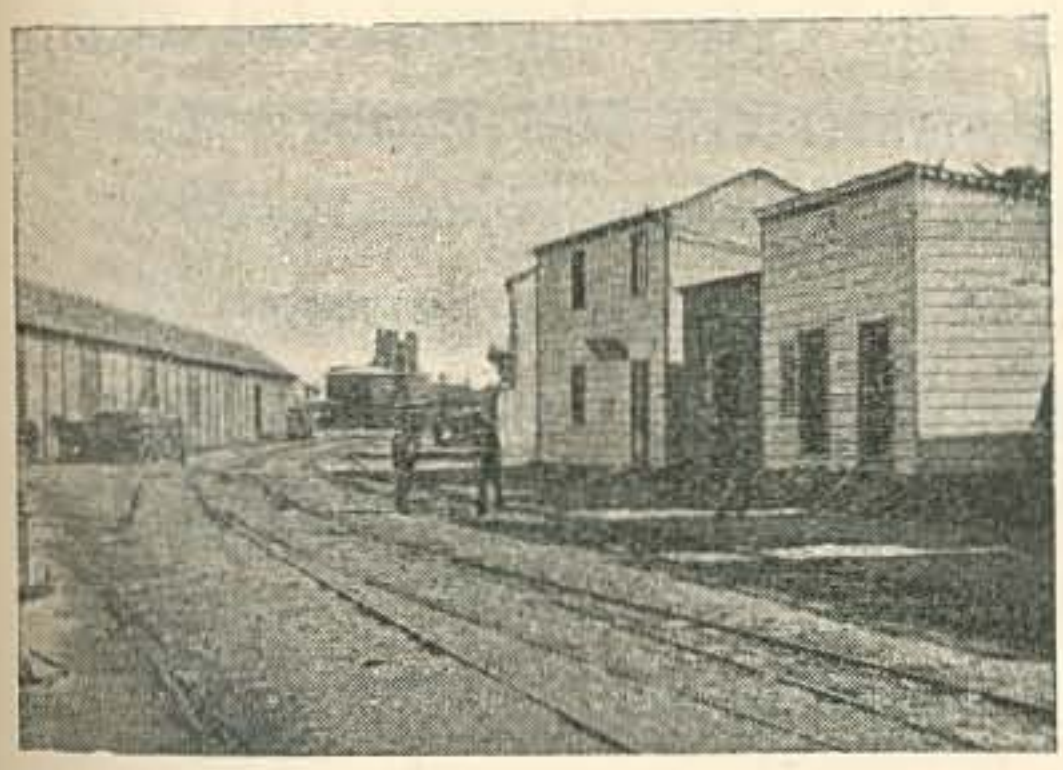
Los animales se alojan en *cuevas*, en *nidos* y en *guaridas*, debajo de los árboles, entre las piedras, según sus necesidades y costumbres.

...ranchos de barro y paja.

A los animales domésticos el hombre les prepara alojamiento en *pesebres*, *casillas*, *jaulas*, etc.

Los hombres edifican su casa valiéndose de distintas materias primas, desde los *ranchos* de barro y paja y las casitas de madera y piedra, hasta los lujosos *palacios* hechos de ladrillo, granito y mármoles finos.

Las casas de los pobres no tienen muchas comodidades; pero eso no impide a su habitantes vivir felices en ellas, tanto como los ricos en sus *chalets suntuosos*, si unos y otros realizan la primera condición: la de ser virtuosos y trabajadores. El campesino, el labrador, el modesto obrero que ocupa dos o



...casitas de madera.

tres cuartos sencillos en el campo o en las *afueras* de la ciudad, tienen todo lo que necesitan para ser felices.

No poseen palacios con grandes escaleras de mármol, salones alfombrados, paredes cubiertas de cuadros, iluminación eléctrica, cuartos de baño, cocinas espléndidas, multitud de sirvientes; pero tienen aire más puro y abundante, sol que calienta mejor que las estufas, agua del río, del arroyo o la laguna para bañarse y nadar.

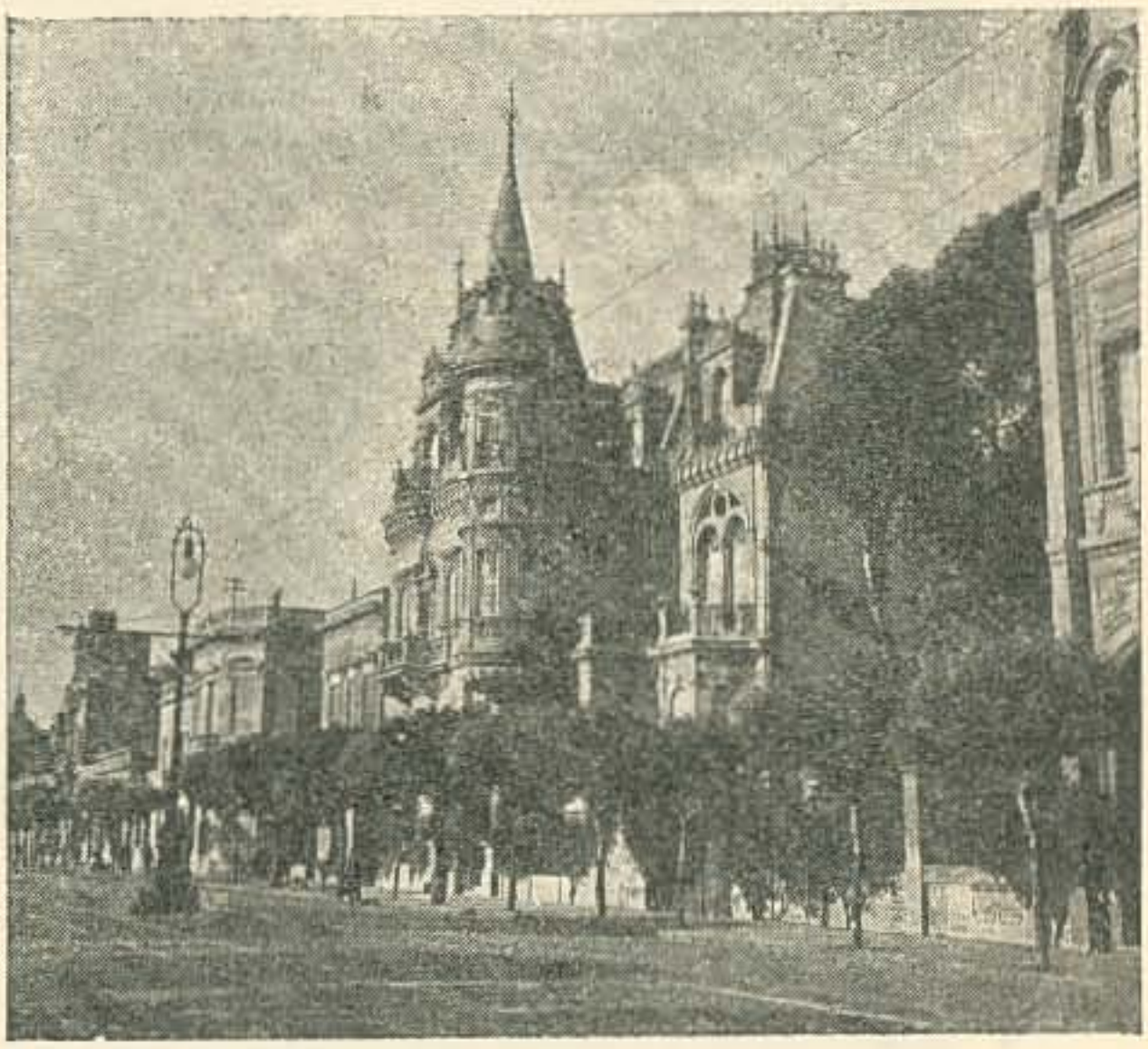
...de piedra.

No tienen cuadros pintados, *artificiales;* pero pueden contemplar todos los días cuadros *naturales* infinitamente más bellos, las verdes campañas, cerros y colinas, preciosos paisajes, que cambian de aspecto en las distintas horas del día, llenos de vida real y dentro de los cuales ellos mismos se mueven, trabajan y se recrean.

No tienen gran *cocina económica;* pero tienen su modesta cocina, su horno o su brasero. No tienen criados que les sirvan sólo por el interés del sueldo; pero tienen su mujer y sus hijas, que les preparan el sencillo alimento, tan nutritivo como el del rico, y a veces hasta más sano.

Todos se ayudan, distribuyéndose el traba-

jo del día y el arreglo de la modesta *vivienda*. Los mayores cuidan a los más chicos, éstos juegan y corren contentos, al sol y al aire, y así crecen robustos y satisfechos. Mañana serán grandes, fuertes, laboriosos. Entonces contribuirán con su trabajo a la prosperidad de la familia y al aumento de sus comodidades, de las que disfrutarán con más placer, tal vez, que el rico heredero, porque las habrán conquistado con su perseverancia y propio esfuerzo.



...lujosos palacios.

Y sus padres serán felices, más felices, sí, que muchos ricos que no pueden comprar con todo su dinero la salud que falta a sus hijos enfermos precisamente porque han vivido entre alfombras y cortinados, calentándose a la estufa, comiendo y bebiendo con exceso toda clase de platos, golosinas y licores.

— *¡Oh! sí... yo me conformo con una casita sencilla, en la que entre el sol y circule el aire.*

Una casita modesta, pero limpia y sana.

Eso me basta para ser dichoso.

81. — El goloso

Rodolfo es un niño goloso.

En la mesa *se le van los ojos* cuando traen los dulces y la fruta.

Nunca está satisfecho con lo que le sirven.

— *Basta, Rodolfo* — dice la mamá. — *Las frutas y los dulces no hacen daño y hasta convienen a los chicos; pero a condición de no abusar.*

Rodolfo no se conforma, y, si no fuese por los padres, que no se lo consienten, él sólo comería golosinas y dejaría los alimentos más nutritivos y necesarios.

El otro día trajeron de la quinta un gran canasto lleno de *cerezas*.

A la hora del almuerzo, Rodolfo apenas tomó sopa y se resistía a comer el plato de carne y verdura que le sirvieron después.

Comía lentamente, pensando que de esa manera le retirarían su plato, apenas empezado, para servirle las frutas junto con los demás.

Pero, cuando llegó el momento y él quiso entregar su plato, dijo la mamá:

— *No, Rodolfo. Tú no has concluído de comer eso todavía. Continúa.*

Rodolfo hizo un gesto de desagrado, pero siguió comiendo, con la cabeza baja y apresurándose mucho.

No te apresures tanto, Rodolfo, que puede hacerte daño la comida.

Rodolfo tuvo que obedecer. Y lo peor era que su comida estaba fría ya y por eso desagradable.

Entretanto, los demás comían frutas.

Cuando Rodolfo terminaba la carne, los pa-

dres dieron la señal de levantarse de la mesa.

Indicaron a Rodolfo que hiciera lo mismo.

— *Pero yo no he comido cerezas...*

— *Tuya es la culpa, hijo mío* — contestó su mamá con calma. — *Ahora ya no es tiempo de comerlas.*

Rodolfo quiso echarse a llorar; pero entonces oyó un *pschit* de su padre, que significaba:

— *¡No quiero llantos sin motivos, ¡eh!*

Y Rodolfo tuvo que sofocar los sollozos.

Poco después, al pasar Elena, su hermanita, por su lado, le oyó decir entre dientes:

— *¡Yo comeré, sí!*

A la hora de la siesta, cuando le pareció que todos dormían, Rodolfo tomó un plato que había quedado, lleno de cerezas, sobre el canasto en que las trajeron de la quinta, y comió, comió hasta cansarse.

— *Ya me desquité* — pensaba para sus adentros.

Volvió a acostarse y quiso dormir.

No había transcurrido media hora, cuando la mamá, que descansaba en el cuarto inmediato, oyó que Rodolfo lloraba desesperadamente.

Acudió presurosa y lo encontró retorciéndose con horribles dolores y diciendo que se moría.

Las frutas le habían causado una grave indigestión.

Hubo que llamar a un médico. Este dispuso que el enfermo se pusiera en cama, en la que es-

tuvo muchos días, sin poder jugar con su hermana y sus amiguitos.

Tuvo que tomar unas bebidas muy amargas y desagradables.

Desde entonces prometió corregirse e imitar a su hermanita.

¡Con qué gusto comería!...

A ella también le gustan mucho los dulces y las frutas; pero aun cuando se encuentre sola delante del canasto, no las toca.

Se limita a contemplarlas, pensando:

— *¡Con qué gusto comería unas cuantas! Pero mamá me ha prohibido que las toque sin su permiso.*

Es cierto; pero la madre le dará y, al darle las frutas, le hará también una caricia, porque es obediente. y sabe *dominar la tentación*.

¡Muy bien, Elenita!

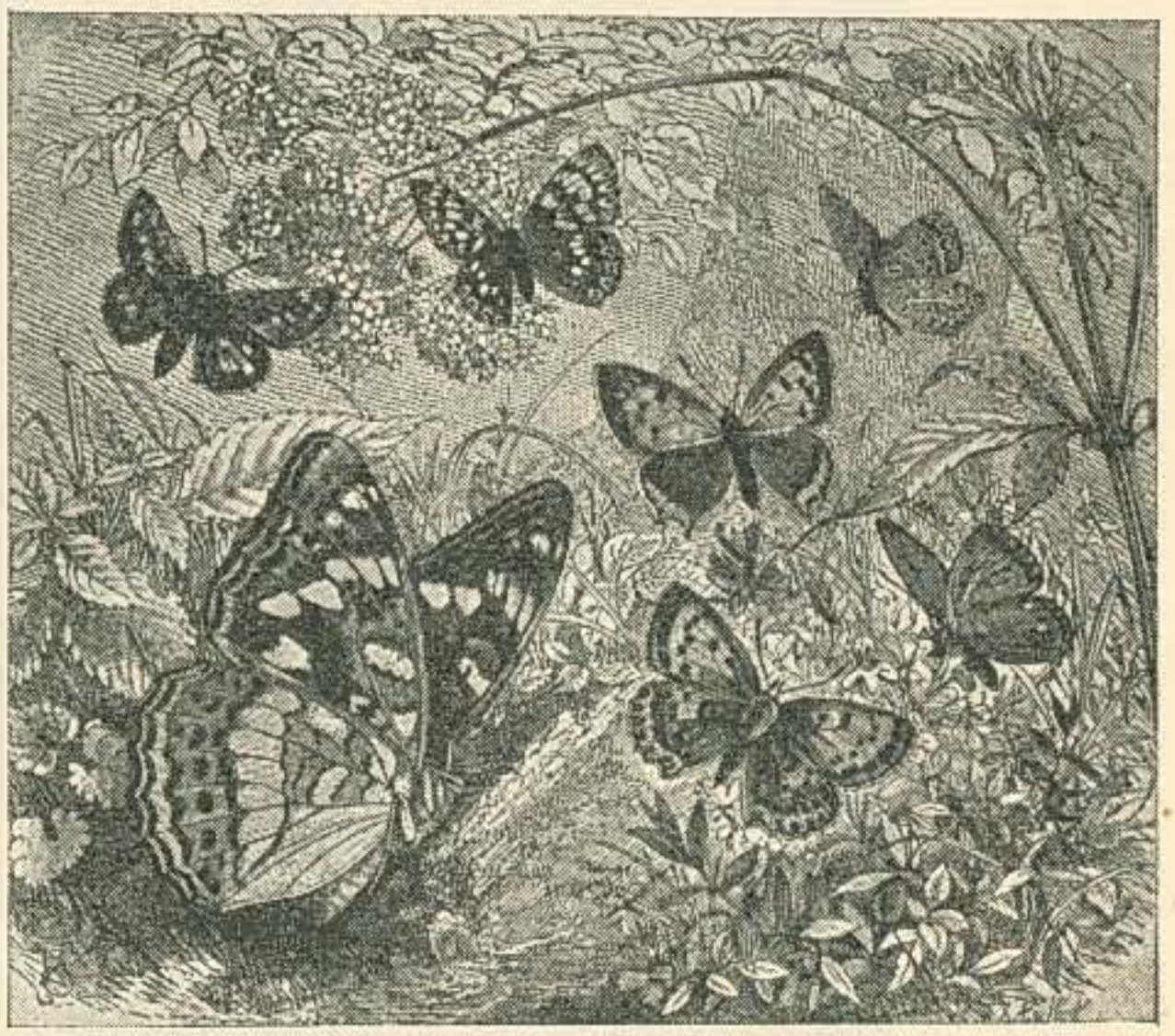
82. Descripción oral o escrita. — Composición.
(Hágase hablar a los personajes.)

83. — Los articulados

¡Cuántos animales conocidos veo aquí!

Veo *mariposas.*

En este grabado se las ve de color blanco y negro, pero en realidad las hay de variados y hermosos colores. Hay muchas clases diferentes por su color, tamaño, forma de sus alas, etcétera. Pero todas tienen *seis patas.*



El cuerpo, formado por *anillos*, parece un *gusano.*

Y, en efecto, antes de echar las alas, fué una especie de gusano, y, antes de ser gusano, fué como un *huevecillo.*

¡Quién hubiera dicho que ese huevecillo, ese gusano, que tal vez nos hubiese repugnado tocar, se transformó más tarde en la ligera mariposa de brillantes colores, que vuela de flor

en flor huyendo del niño que ansioso corre tras ella para aprisionarla!

La mariposa es un *insecto*.

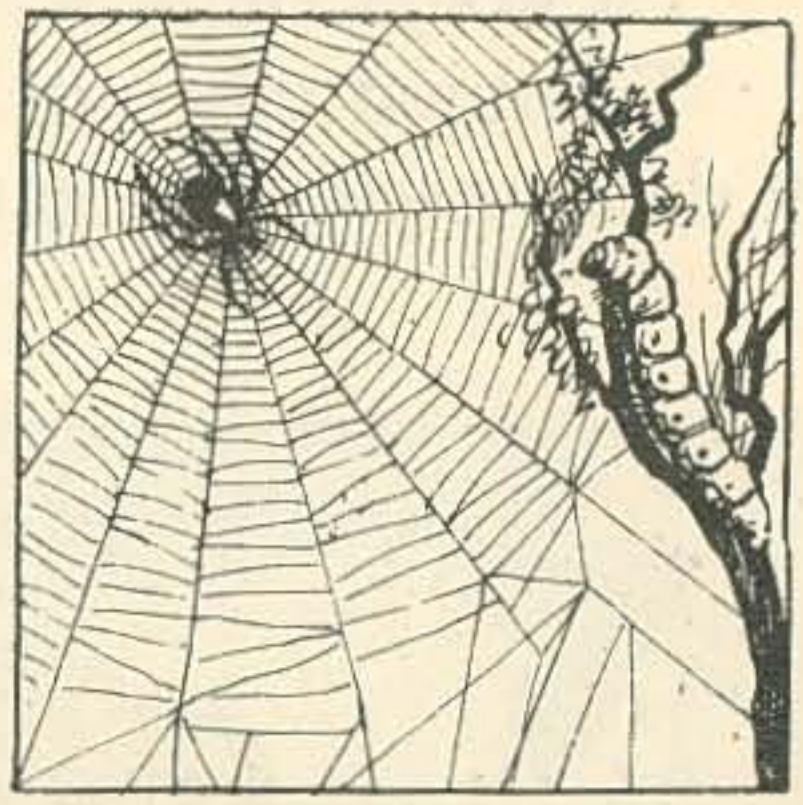
Son también insectos las *moscas* y *mosquitos*, las *langostas*, los *gusanos de seda*, las *cigarras*,

las *hormigas* y hasta las pícaras *pulgas* y otros bichos incómodos.

Unos insectos tienen dos alas, otros cuatro, otros ninguna.

Las *arañas* tienen *ocho patas*.

Me admira la habilidad con que las arañas



tejen sus finísimas telas, verdaderas *redes* en las cuales caen prisioneras las moscas y otros bichos de que la araña se alimenta. Me admira también la constancia con que rehacen su tela cuando el viento demasiado fuerte, o algún chico travieso, la destruye.

Al verlos trabajar con tanta paciencia, me parece una mala acción matar esos animalitos.

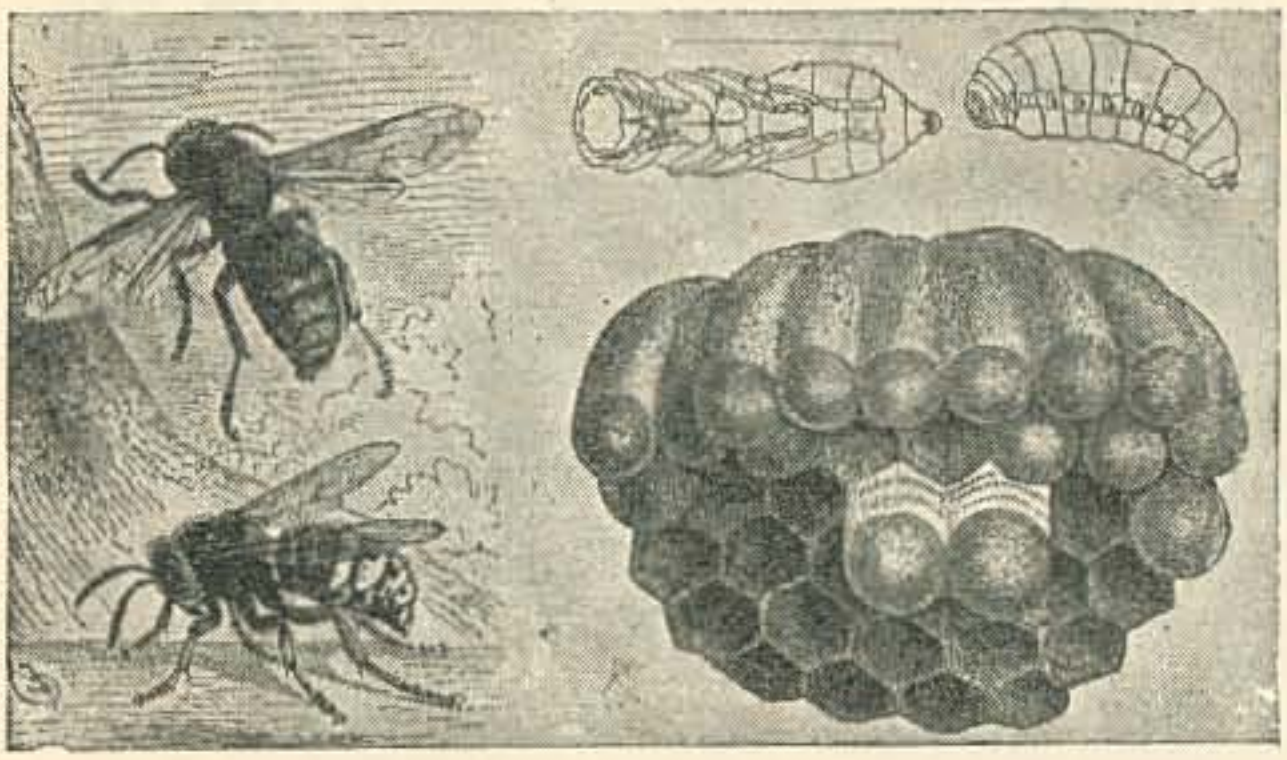
¿Y las *hormigas?* Yo sé que son perjudiciales cuando invaden por millares de millones los campos y destruyen las plantas; pero me inspiran simpatía, si pienso en la actividad y perseverancia de que son ejemplo y en la manera hábil y curiosa de construir sus nidos, de proteger sus provisiones y de comunicarse noticias.

Y ese otro animalito, ¿qué es?

¡Ah!... lo conozco, ¡Buen susto me dió uno de ellos un día, clavándome su aguijón! Es una *abeja*. Quise robar la *miel* de su *panal* y recibí merecido castigo.

La abeja tiene *seis* patas y *cuatro* alas.

También ella vuela de flor en flor para *libar* el dulce *néctar* que en ellas se.encuentra.



Después hará la miel, que tanto nos gusta.

Cuando la «señorita» nos explicó lo que es una *colmena* y cómo se dividen las tareas las abejas, me parecía mentira tan inteligente organización.

Si vosotros no lo sabéis, pedid a vuestros maestros que os expliquen lo que hacen las *reinas*, las *obreras* y los *zánganos*.

Yo quiero imitar a las obreras.

No quiero ser un zángano de la colmena humana.

---

84. — Consejos, máximas, etc.

Una camelia, sin perfume, se encontró en un ramo de flores, junto a un clavel. Al poco tiempo adquirió el perfume de esta flor.

Siempre se gana cuando se está en buena compañía.

85. — La patria

Era un 25 de Mayo. El señor don Alejandro llamó por la mañana muy temprano a todos sus hijitos.

Son cinco.

La mayor es Esther y tiene 9 años.

San Martín.

Belgrano.

Todos acudieron, incluso Delia, que recién empieza a decir algunas palabras.

— Venid conmigo — dijo el papá.

La mamá también estaba.

Llevó a todos al balcón y les hizo mirar hacia arriba.

Sobre sus cabezas *flameaban* dos banderas.

74
70
66
62
58
54
50
22
26
30
34
38
42
46
50
54
82
78
74
70
66
62
38
54
50
46
42
BOLIVIA
PARAGUAY
URUGUAY
ESTADOS UNIDOS DEL BRASIL
OCÉANO PACÍFICO
OCÉANO ATLÁNTICO
CORDILLERA DE LOS ANDES
S. Antonio de los Cobres
GOB. DE LOS ANDES
Jujuy
Salta
GOB. DEL CHACO
GOBERNACIÓN DE FORMOSA
R. Pilcomayo
R. Teuco
ASUNCION
Formosa
Resistencia
Corrientes
Posadas
MISIONES
SANTIAGO DEL ESTERO
CATAMARCA
Santiago
Catamarca
La Rioja
Río Salado
Río Paraná
Río Uruguay
ENTRE RIOS
SAN JUAN
San Juan
Mendoza
San Luis
CÓRDOBA
Córdoba
Santa Fé
Paraná
Rosario
Valparaiso
SANTIAGO
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO
Río de la Plata
La Plata
Mar del Plata
GOBERNACIÓN DE LA PAMPA
GOBERNACIÓN DEL NEUQUEN
Neuquen
NEUQUEN
Bahia Blanca
GOBERNACIÓN DEL RIO NEGRO
Viedma
Golfo de Sn. Mathias
Nahuel Huapi
GOBERNACIÓN DEL CHUBUT
Rawson
Golfo de San Jorge
GOBERNACIÓN DE SANTA CRUZ
Santa Cruz
Gallegos
Estr. de Magallanes
Estrecho de Magallanes
TIERRA DEL FUEGO
Ushuaia
I. de los Estados
Cabo de Hornos
Is Malvinas o de Falkland
REPÚBLICA ARGENTINA

La Patria.

— Mirad a la derecha... Mirad a la izquierda... ¿Qué veis? — preguntó.

— Banderas en todas partes — contestaron

— Y bien; entremos ahora.

Entraron. El papá cerró el balcón y en seguida los cinco niños formaron un semicírculo alrededor de sus padres La mamá tenía a De-

Moreno.

Rivadavia.

lia de la mano; el papá daba la suya a César.

— Vamos a cantar...

— El Himno Nacional — dijo Esther interrumpiéndole.

— Es cierto, hija mía. ¿Cómo lo sabes?

— Porque ayer lo cantamos en la escuela y la maestra nos dijo que hoy deben cantarlo

todos los argentinos, porque es el día de la patria.

— Vosotros no sabéis lo que esto quiere decir, porque sois muy niños — repuso don Alejandro, y agregó:

La primera Junta.

— ¡Oh, si pudierais crecer en años y en inteligencia en este momento! Querría haceros sentir lo que significa esa palabra: *¡patria!* Querría explicaros por qué en todas partes flamea la bandera nacional y por qué en la escuela se habla a los niños de San Martín, de

Belgrano, de Moreno, de Rivadavia y de tantos otros patricios.

El padre calló un momento, y en seguida exclamó:

— Pero, decidme: ¿me queréis mucho a mí? ¿queréis mucho a vuestra mamá?

Esther contestó.

— Muchísimo, papá,

Albanita no contestó nada; pero saltó al cuello de su mamá y después al del papá.

Los demás, como movidos por un resorte, hicieron lo mismo y, durante un momento, todos estuvieron confundidos en un solo abrazo, alrededor del padre.

Cuando se desprendieron, la mamá tenía húmedos los hojos y el padre no podía hablar.

Poco después continuó don Alejandro:

— Y bien, hijos míos; la patria es más que el padre y la madre para sus hijos; pero ya que no es posible que lo entendáis ahora, me basta que sintáis así, vagamente, que es algo tan grande, tan sagrado, tan digno de nuestro amor y respeto, que ella tiene derecho no sólo a que consagremos nuestro trabajo a su progreso, sino también a que le sacrifiquemos nuestra vida, si fuese menester perderla en su defensa.

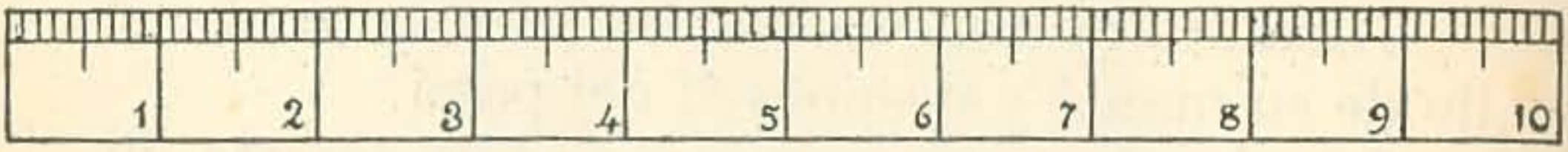
Cantemos, cantemos ahora, hijos míos, el Himno Nacional:

Oíd, mortales, el grito sagrado:
Libertad, Libertad, Libertad!

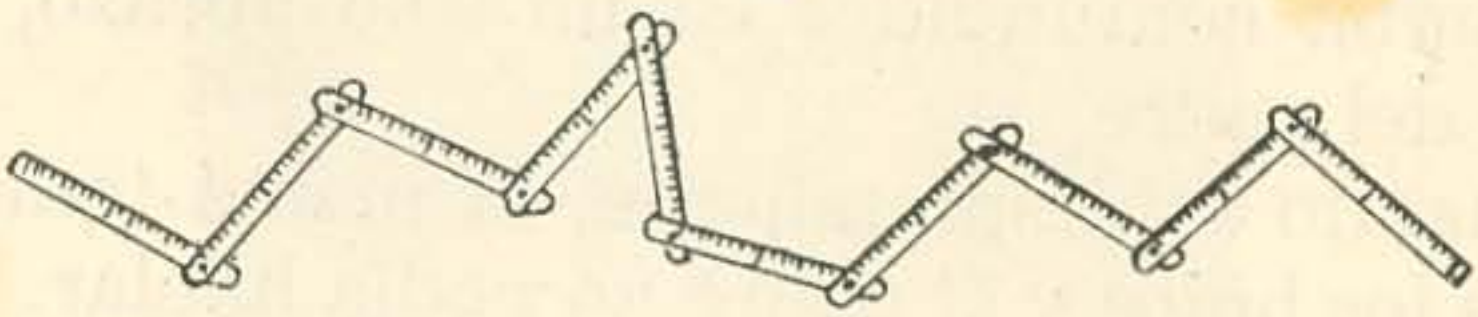
86. — Las medidas

Las medidas *principales* son:

El metro, que sirve para medir las *longitudes* o las distancias.



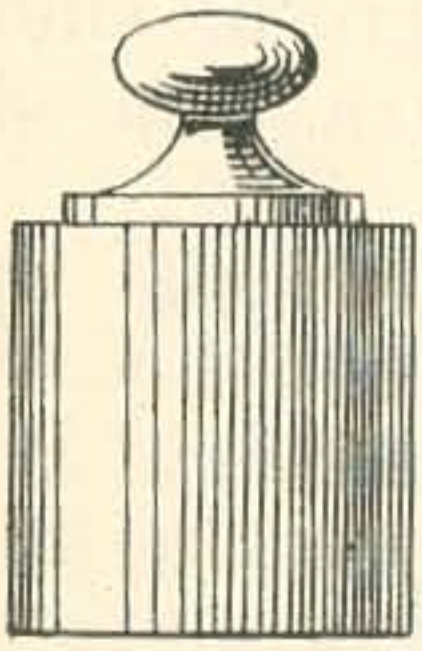
Un decímetro (tamaño real)



Un metro ($^1/_{10}$ del tamaño real)

El *kilógramo*, que sirve para medir el *peso* de las cosas.

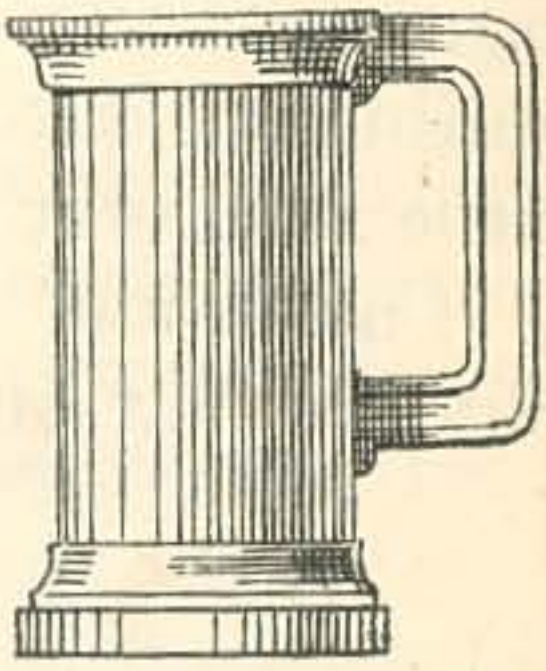
El *litro*, que sirve para medir los *líquidos* y los *granos*.



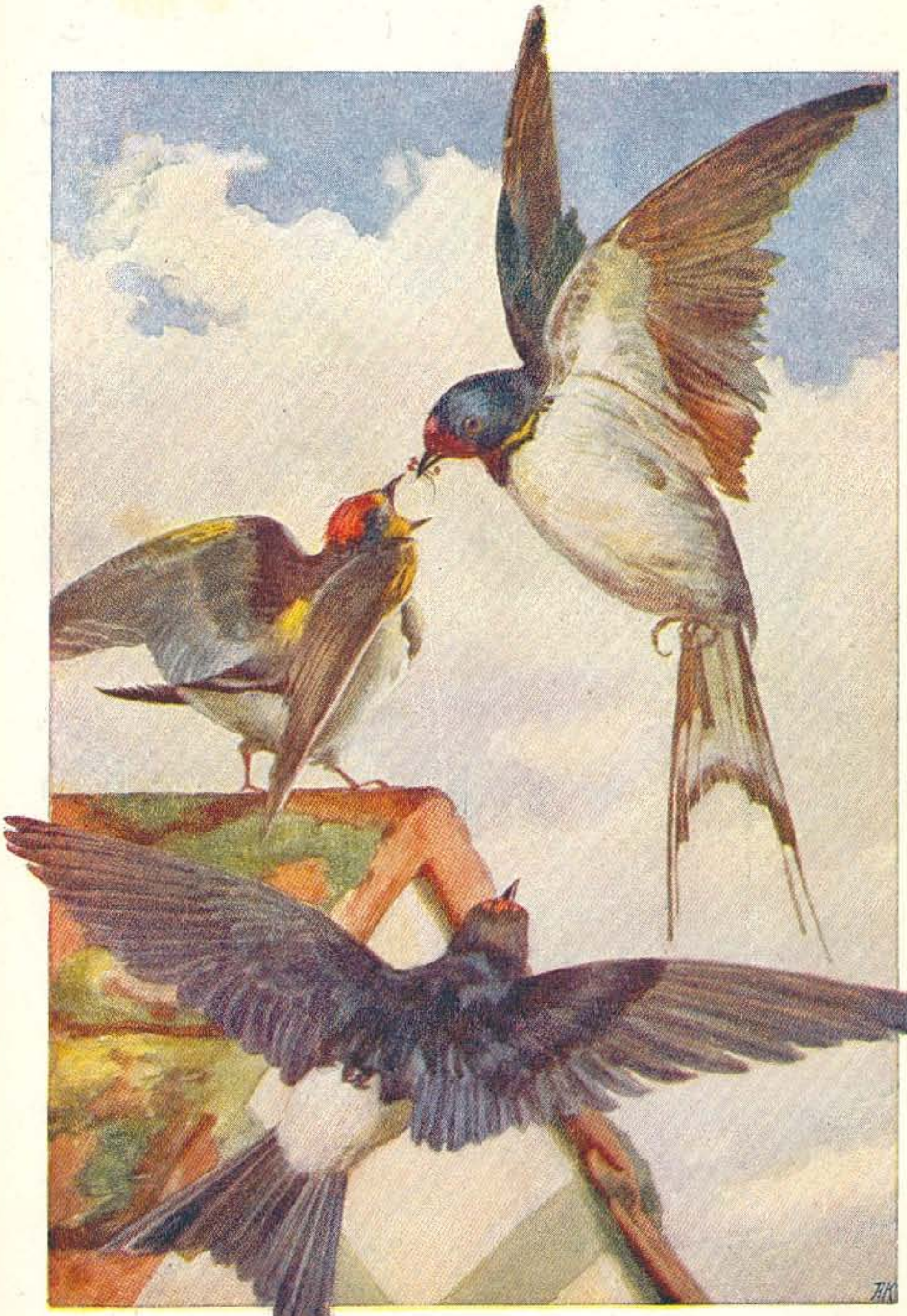
Peso

En un metro hay diez *decímetros* o cien *centímetros*.

Para representar el valor de las cosas usamos la *moneda*.



Litro



87. — Descripción oral o escrita. — Composición.

88. — El gatito enfermo y el médico

I

—¡Ay, madre mía, madre mía! ¡qué enfermo está mi gatito!

¡Pobre *Mismís!*... Si no viene el médico, se me morirá y ya no tendré con quien jugar.

¡Pronto, pronto! llamen al médico, a un médico bueno.

Así decía Emilia, jugando a los enfermos con su hermano Carlitos. Este, que estaba vistiéndose de médico en el otro cuarto, entró gravemente, golpeando las manos.

—¡Adelante, doctor! ¡Qué suerte que ha venido usted en seguida! Dígame, doctor, ¿qué tiene mi gatito?

El doctor, al ver la cara asustada de la respetable señora, se alarma un poco también y se olvida de sacarse el sombrero.

— Vamos a ver, señora, qué es lo que tiene su hijito. Es su hijito, ¿no?

— Sí, doctor... sí. Lo quiero como a un hijito. Lo quiero más que a mi hijita, la muñeca que me regaló tía Leonor.

—¡Bien, señora! ¡Tenga por un momento quieto a su hijito!... Así... A ver *el pulso*.

El doctor toma con la mano derecha el pulso del enfermo, mientras que en la izquierda tiene el *cronómetro*, reloj que marca exactamente las horas.

Después de un rato, dice:

— No hay que asustarse. Tiene muy poca fiebre. A ver la lengua.

Bueno... sí... la lengua está algo sucia.

Parece que su hijito tiene una ligera indigestión.

Ha comido mucho, ¿no?

— Sí, doctor. Es un poco glotón y se atracó de queso y manteca.

—¡Ah! Esos son alimentos un poco pesados. No debe abusarse de ellos.

Voy a recetarle un purgantito, y mañana o pasado se pondrá bueno. Que se vaya a la cama y que no tome más que alimentos líquidos: leche, te con leche o caldo.

—¡Gracias, doctor, gracias! ¡No se imagina usted el peso que se me quita de encima! ¡Qué susto tenía!

—Todas las madres son lo mismo, señora.

—Y dígame, doctor: ¿qué debo hacer después para que *Mismís* se ponga fuerte, no se enferme y pueda cazar muchos ratones?

—Mire, señora, otro día le contestaré, porque ahora *estoy de prisa*. Tengo otros enfermos que me esperan. ¡Adios, señora!

—Que le vaya a Vd. bien, doctor, y ¡muchísimas gracias!

El doctor, después de haberse quitado y echado al bolsillo los anteojos, se retiró.

II. — Lo que debió contestar el doctor

Carlitos no contestó a la última pregunta de Emilia, porque se le había acabado su ciencia. Pero he aquí algunos de los consejos que hubiera podido darle:

Comer con moderación alimentos sanos y que no sean de díficil digestión.

No usar más bebida que el agua fresca y pura.

No estudiar después de comer.

No dormir con exceso, ni muy poco; de ocho a diez horas. Acostarse y levantarse temprano.

No dormir nunca en cuartos completamente cerrados: dejar siempre alguna abertura por la cual entre aire puro, tanto en verano como en invierno, sacando uno o dos de los vidrios altos de las puertas, si no se las quiere dejar entreabiertas.

Esto es muy importante.

Cada día, y desde temprano, ventilar las habitaciones durante horas, el mayor tiempo posible. Dejar que el sol penetre en ellas.

Y yo hubiese dado, además, otro consejo principal. Le habría dicho:

— *Habitúe usted a sus chicos a no besar y a no dejarse besar por nadie.*

Esa es una mala costumbre de nuestro pueblo. Muchas enfermedades, de las más graves. que a veces uno mismo no sabe que las tiene, se trasmiten de una persona a otra con sólo darse un beso, especialmente si se da en la boca.

El que siga estos consejos y recomiende lo mismo a sus parientes y amigos, hará una obra buena, cuyas excelentes consecuencias pocos se imaginan.

Yo no me cansaría de repetir esto a todo el mundo.

¡Ojalá los niños lo supieran y lo repitiesen en todas partes!

Y si yo tuviese autoridad de padre sobre todos ellos, les prohibiría terminantemente que se dejaran besar, aunque se resintieran al principio los parientes y los amigos.

89. — Un grupo

¡Qué hermoso grupo de criaturas!

¡Qué ocho cabecitas encantadoras!

Si me preguntaran cuál es la más linda o cuál me gusta más, me costaría mucho decidirme.

Me atrae la primera de la izquierda, esa que, juntas las manos, se apoya suavemente en el hombro de la segunda. Me atrae porque es la más pequeña, la menor, al paracer.

¡Y qué aire pensativo tiene!

¿En qué piensas, querida?

¿Acaso en tus juguetes y muñecas?

Sea lo que fuere, supongo que no ha de ser en cosas tristes.

Me gusta la segunda, la de los cabellos de oro, que caen sobre sus hombros, rodean su cuello y cubren su espalda.

¿Tú querrías ser la reina, tal vez, entre todas? ¿Por eso adorna tu cabeza una corona?

Y bien, sé reina, enhorabuena. No me opongo.

Y tú, la que tienes la falda llena de flores, tú no me gustas menos. Tus cortos rizos forman marco adecuado a tu carita inteligente.

Tus grandes y negros ojos son los únicos que miran de frente en este momento. ¿Qué quieres?... ¿Piensas ofrecerme las fragantes flores que habéis cogido, entre todas, en el jardín?

Un grupo.

Grato me sería recibirlas; pero el ramo que formaríais con ellas no sería tan hermoso como el que forman todas vuestras cabecitas reunidas.

Y tú, que te presentas de perfil, ¿no quieres, por modestia, que veamos la expresión de tus ojos? ¿O es que te preocupa más el corderito que tienes aprisionado?

Y tú, la del gatito, tú que me miras como diciendo:

— *¿Y...? ¿Yo no soy linda?... ¿no decís nada de mi carita de buena?*

Sí, eres linda; lo sois todas, todas; por eso no me animo a decidirme por una.

Pero ¿sabéis por qué me gustáis sobremanera?

¡Oh! no es tan sólo porque sois bellas, porque son bellas vuestras facciones. Es por algo que vale más que la belleza física. Es porque me parece adivinar, en la expresión de vuestros ojos, que sois buenas; que sois obedientes con papá y mamá; que sois cariñosas con vuestros hermanitos; generosas con los pobres que, de vez en cuando, acuden a vuestra puerta en demanda de un trozo de pan; atentas y afectuosas con vuestras condiscípulas modestas, las hijas de los obreros que no van a la escuela con trajes lujosos como los vuestros sino con sencillísimos vestidos, remendados acaso, pero limpios.

Os amo, porque veo que os gustan las flores y porque sois bondadosas con los animales.

¡Hasta el gatito se queda contento en vuestros brazos!

Después lo soltaréis; soltaréis también al corderito para que corra y salte, alegre, por el campo.

No temáis que se aleje demasiado: volverá sin que lo llaméis. Volverá porque también él está contento con vosotras, que no lo maltratáis.

Sí... por eso os amo, por eso sois realmente bellas... *¡porque sois buenas!*

---

90. — Las ocupaciones de Zunilda y Agustín

Zunilda tiene seis años. Agustín ha cumplido siete.

Ninguno de los dos va a la escuela. Sus padres dicen que no es tiempo de mandarlos todavía.

¿Creéis por esto a los dos hermanitos más atrasados que los niños que van a la escuela?

¡Oh, no! Miradlos.

Ellos tienen libros de figuras en los que están pintados los animales más conocidos, esce-

nas bonitas en colores, y muchas cosas sobre las cuales conversan con su mamá o su papá.

Estos les refieren cuentos y les explican muchas de las cosas que encontráis en este mismo

libro y en otros parecidos. Pero cosas siempre sencillas.

Les hacen copiar con lápiz *los contornos* de algunos objetos; imitar algunos dibujos, dis-

tinguir colores; construir con palitos, con arena, con papeles, algunas figuras y combinaciones bonitas.

Pero todo eso lo hacen jugando y solos, o dirigidos por la mamá y el papá cuando éstos tienen momentos libres para enseñarles un poco.

Y siempre tienen momentos libres.

— *Es nuestro deber tenerlos* — decía ayer el papá, — *porque nada es más obligatorio que atender a la educación de nuestros hijos.*

Los dos hermanos tienen un jueguito de cocina con el que preparan comidas. Así aprenden, jugando, los nombres de muchas cosas que también se enseñan en la escuela.

Se les oye decir con toda seriedad, cuando juegan:

— *Dame la* sartén, *Agustín... Retira pronto la* parrilla *de sobre las brasas... Alcánzame la* espumadera.

— *¿Sabes, Zunilda, que es necesario mandar estañar esta* cacerola *de cobre?*

Después van a la mesa.

Tienen también un juego diminuto de comedor, con platos *soperos, llanos* y *de postre, fuen-*

tes, tazas grandes, pocillos, vasos, copas, tenedores, cucharas, cuchillos, etc.

Ellos tienden cuidadosamente el *mantel,* que suele ser un diario; otras veces es una carpeta de colores. Y ponen la mesa.

Cuando tienen invitados, hace gracia oirles

las frases de *cortesía,* los *cumplimientos* que se dirigen.

Suelen venir Zaida, Angélica, Noemí y Eustelia. A veces comen también con ellos Celestino y Fernando.

Unos desempeñan el papel de personas mayores, otros son señoritas y niños.

Y se dan el tratamiento correspondiente, con toda gravedad.

— *Tome asiento aquí, señora, a mi derecha. A usted le corresponde a mi izquierda, señor don Celestino. Usted, Noemí, al lado de Agustín. En seguida se sirve.*

Es casi siempre el mismo *menú*, es decir, trozos de pan y bizcocho y un poco de agua pura,

A veces tienen naranjas u otras frutas. Presentan el pan o el bizcocho con distintos nombres y así comen muchos platos.

— *¿No quiere usted otro poco de jamón, Fernando...? Sírvase siquiera unas aceitunas.*

— *Muchas gracias, señora; he comido lo suficiente.*

— *¿Usted no toma caldo, Angélica?*

— *No, doña Eustelia; discúlpeme usted. Nunca lo tomo.*

— *¿No?...* — contesta Eustelia, que tiene once años y está en 5°. grado; — *pues permítame decirle, francamente, que hace usted mal. El caldo no es un gran alimento, pero facilita la digestión. Nuestro buen amigo Enrique, que es médico, así me lo ha asegurado.*

— *¡Qué bien preparado está este pejerrey ¡Tienen ustedes una buena cocinera.*

— *Pues han de saber ustedes que lo ha preparado Eustelia misma* — dice Agustín.

— *¿Conque sí?... ¡Qué picarona! Y ¿nos ocultaba usted esa habilidad? La felicito.*

— *Muchas gracias; pero me parece que no me-*

rezco la felicitación. No es tan difícil de hacer este plato.

— *¡Qué modesta es usted, Eustelia!*

— *No lo crea. Es la verdad.*

De pronto, Zunilda exclama:

— *Fernando, no te lleves el cuchillo a la boca... ¡Toma el tenedor un poco más arriba!... ¡Qué chico este!... Discúlpenlo ustedes.*

Fernando agacha la cabeza como si se avergonzara.

Sigue la conversación de los demás.

— *¿Quiere usted tener la bondad de pasarme el salero, Noemí?*

— *Con mucho gusto, Agustín. Sírvase usted.*

Agustín estira el brazo y vuelca un vaso.

— *¡Ah! ¡qué torpeza!* — exclama.

— *¡Qué ocurrencia, Agustín! Eso no es torpeza. A cualquiera le sucede alguna vez.*

Y así continúan durante toda la comida.

Al terminar, suele preguntar la que hace de dueña de casa:

— *¿Un poquito de café para los niños?*

— *¡Ah! ¡no, señora!* — contesta otra. — *Ya sabe usted que los niños no deben tomar café ni vino.*

— *Tiene usted razón.*

— *Pasaremos un momento a la sala. ¿Y usted, señora, tocará el piano?*

— *Estoy muy olvidada. Ya no sé tocar.*

— *Sí, mamá; toque el «Vals de las olas».*

— *Cállate, hijo. ¡Si hasta los organitos de la calle lo tocan!*

— *Pero ¡es tan lindo!*

91. — Escenas mudas

Tema de conversación o descripción oral y escrita.

92. — Una carta de Adelita a su papá

El otro día entré en clase a la hora de composición.

Los niños debían redactar una carta.

— Escríbanla de veras, dirigida a algún pariente o amigo — dijo la maestra.

— Yo voy a escribir entonces a mi papá, que ha ido a Tucumán — dijo Adelita.

— Bien pensado — contestó la maestra.

Adelita escribió un momento, pero de pronto dijo:

— Yo no sé qué más decir. No se me ocurre nada.

— Lee — ordenó la señorita.

Adelita leyó:

Mi querido papá:
Tomo la pluma para decirte que te quiero mucho y que estoy buena y termino aquí porque no sé qué más decirte.

— ¡Oh! — exclamó la maestra. — Eso es muy poco. ¿No tienes nada que contar a tu papá?... Además no digas: «*Tomo la pluma.*» Eso sobra. Hay también muchos *que*. Veamos escribe de nuevo.

Adelita obedeció y puso:

«Te escribo para decirte que te quiero mucho y que estoy buena. Todos los días voy a la escuela temprano y sé mis lecciones. La última semana fuí la tercera de la clase. Te hago saber que tío Juan estuvo enfermo, pero ya se levantó de la cama. Adiós, papá.»

— No está mal; pero podría ser más interesante tu cartita y más agradable a tu papá. Además, es probable que tu mamá ya le haya escrito respecto de la enfermedad de tu tío. Vamos a ver. ¿Te acuerdas mucho de tu papá? ¿Cuándo te acuerdas más de él? ¿Desearías que volviese pronto? ¿Por qué? ¿No puedes prometerle alguna cosa que le alegre? Háblale de todo eso, ¡vamos!

Adelita rehizo la carta, la cual quedó por fin redactada de la siguiente manera, después de algunas nuevas indicaciones de la maestra.

Buenos Aires, Abril 6 *de* 1900

Sr. D. Pablo Hernández.

Tucumán.

Mi querido papá:

No pudiendo verte, quiero decirte por escrito que desde que te fuiste

extraño mucho tu ausencia. Y no sólo yo. También te echan de menos Angelita, Carlos, Noemí y mamá; todos en fin, especialmente a la hora de las comidas, por la tarde y por la noche, cuando estábamos acostumbrados a conversar y jugar contigo.

¿Cuándo vendrá papá? pensamos a cada rato.

El nenito también se acuerda, porque muchas veces en el día, dice: ¡Papá! ¡papa! y scñala con el dedito hacia la puerta.

Yo también pienso en tí cuando estoy en la escuela y no me olvido de tus consejos. Soy siempre obediente y hago bien los deberes y digo siempre la verdad. Esta semana fuí la tercera de la clase. ¿Te gusta?

Te prometo trabajar para ser la primera o siquiera la segunda.

Vuelve pronto, papá; tenemos muchos deseos de verte, porque te queremos mucho, mucho.

Y que tengas buen viaje de regreso.

Adiós, querido papá: te mando un abrazo fuerte, fuerte.

ADELITA.

— Ahora escribe el sobre, dobla la carta y ponla dentro — dijo la maestra.

Adelita escribió el sobre con letra clara, poniendo en el orden correspondiente el nombre y la dirección.

— Muéstrasela a tu mamá y, si ella te da permiso, pones la estampilla aquí, en este rincón del sobre, a la derecha y arriba, donde pongo esta señal.

— Sí, señorita. ¡Muchas gracias! ¡Qué contento va a estar papá cuando la reciba!

---

93. — Sed perseverantes

I

Roque es un niño obediente y de buena conducta.

Le gusta saber contestar cuando le preguntan y hacer bien sus trabajos. Pero tiene un defecto que suele echar a perder sus buenas cualidades: se desanima ante la primera dificultad un poco seria que encuentra.

Si tiene que resolver un problema en clase y no halla pronto la solución, pone a un lado la pizarra o el cuaderno y se echa a llorar.

Igual conducta observa si no le sale bien el dibujo que le mandan hacer.

En la clase de trabajo manual, cuando hace un corte mayor que lo necesario e inutiliza el objeto empezado, no quiere comenzarlo de nuevo.

—¡Es inútil! — exclama. — *¡No puedo! ¡no puedo! ¡Yo no sé hacerlo!...* y se abandona afligido.

Como el maestro sabe que no procede así por pereza, no lo castiga severamente. Lo llama aparte, lo aconseja, le dice que sea más paciente y *perseverante.*

— *Si te sale mal la primera vez, no te disgustes. Ten paciencia y empieza de nuevo. Poco a poco aprenderás.*

— *Pero es que yo soy rudo, señor.*

No, hijo mío, no eres rudo. A todos nos puede suceder lo mismo. Hay unas cosas que nos cuestan más que otras. Pero, por eso mismo, mayor es nuestro mérito si las hacemos y más grande nuestra satisfacción.

Fíjate en Rafael. ¿Te acuerdas qué torpe era en caligrafía? ¿Te acuerdas que, en vez de letras, hacía ganchos? Tú te has reído algunas veces de sus garabatos.

Pero Rafael decía siempre:

¡No importa! ¡Me han de salir bien!

Y miraba la muestra con atención. Escribía despacito dos o tres renglones hoy, dos o tres mañana. Observaba cómo procedían los demás y procuraba imitarlos.

Rafael es, en efecto, así. Ahora escribe bien, con facilidad y se empeña en escribir mejor. Se

ha propuesto escribir todos los días un renglón bien hecho, en su casa.

Lo hace y se lo lleva al maestro para que lo vea.

Estoy seguro de que a fin de año será de los primeros; y era el último al comenzar las clases.

El recuerdo de Rafael hizo efecto a Roque y, durante dos o tres días, trabajó con mayor empeño que antes.

Ayer, durante la lección de geografía, volvió a llorar disgustado porque no le salía bien el *plano de la clase*.

— *Sí, soy muy rudo, muy rudo* — decía.

— *No eres rudo, eres impaciente* — contestóle otra vez el maestro, acariciándole la cabeza con la mano.

Poco después, terminada la lección de geografía, el maestro refirió una historia que había leído en un libro, cuando él era estudiante.

II. — Lo que contó el maestro

Se trataba de un niño, hijo de un honrado agricultor y llamado Felipe.

Iba por la mañana a la escuela, y por la tarde, después de jugar un poco con sus hermanos menores, ayudaba a su padre a trabajar.

Como era obediente y cariñoso, desempeñaba con gusto las pequeñas tareas que el padre le encomendaba: sacar agua del pozo, regar las

plantas, desenterrar papas, recoger las legumbres, llevar *forraje* a la yunta de bueyes, darles agua, arrancar los *bichos de cesto* de las plantas., etc.

En la huerta existía un *montículo* de tierra, sobre el cual había estado colocada una *glorieta*, muy vieja ya, que el padre acababa de desarmar del todo.

— Felipe, ¿ves ese montículo? Necesito que lo hagas desaparecer pronto de modo que el terreno quede todo parejo.

Ahí tienes *pico* y *pala*.

Dicho esto, el padre se alejó, yendo a trabajar a varias cuadras de distancia, en un lugar de la *chacra* cuya tierra necesitaba *arar* y preparar para *sembrar* en ella.

Al retirarse, no se había fijado en la cara de asombro que puso Felipe al recibir la orden.

Este se quedó parado mirando, ya el montículo, ya a su padre, que se alejaba tarareando su canto favorito.

—¡Pero¡yo no puedo hacer esto! — exclamó de pronto como hablando consigo mismo. — ¡No acabaré nunca!

Y sentándose al borde del montículo, puso la cabeza entre sus manos y se quedó pensativo.

Varias veces se levantó, tomó el pico, volvió a dejarlo y se sentó de nuevo. Por fin concluyó por acostarse en el terreno y se quedó dormido.

Dos horas después regresó su padre. Sorprendido por la conducta de su hijo, le reprendió.

— Pero, papá, ¡este trabajo es muy pesado para mí!

Yo no lo acabaré nunca.

Lo dijo con un aire tal de sinceridad, que el padre desarrugó el entrecejo, y, dulcificando su voz, contestó:

— Bueno, déjalo por hoy.

Al día siguiente, antes de ponerse en marcha para la chacra, llamó otra vez a Felipe.

— Y bien — dijo: — espero que hoy harás el trabajo que no hiciste ayer. No te desanimes. Tú puedes hacerlo y lo harás. ¡Hasta luego!

Y se fué.

Felipe tomó el pico y dió algunos golpes en los bordes del montículo, que encontró un poco duros. No tardó en dejar el instrumento y volvió a sentarse.

En su cara se marcó profundo disgusto.

No se durmió esta vez, pero tampoco reanudó el trabajo comenzado.

Su padre regresó ese día más temprano que de costumbre, y se mostró muy asombrado al encontrar el terreno casi intacto.

Iba a hablar, enojado, sin duda, al acercarse a Felipe; pero éste estalló repentinamente en llanto exclamando:

— ¡No puedo, papá!... Yo quiero hacerlo, pero ¡no puedo!

Dame otro quehacer, papá... Ocúpame en cualquier otra cosa, aunque me des más trabajo que otros días.

El padre lo miró un momento en silencio

y por fin dijo, señalando una pequeña parte del montículo:

— Hoy desmontarás este trocito, nada más.

— ¡Oh! Si no es más que eso, lo haré ¡padre mío! eso no me costará mucho.

Y al hablar así, sus ojos, todavía con lágrimas, le brillaron de alegría.

El padre se fué y el hijo se puso a la obra. Media hora después estuvo terminada, y, no pudiendo contenerse, fué contento corriendo en busca de su padre para decírselo.

— Y bien hijo mío — contestó aquel: — mañana desmontarás otra pequeña porción.

Felipe lo hizo así, siendo mayor el trabajo que realizaba cada día, hasta que el montículo desapareció por completo.

Esto enseña — dijo el maestro al terminar la *historia, — que nunca el hombre debe desesperarse hasta afirmar que una cosa es imposible. Un pequeño esfuerzo cada día, y no habrá obra, por difícil que nos parezca, que no pueda terminarse.*

El que persevera, triunfa.

---

94. — ¡Esto no tiene compostura!

Descripción oral y escrita. — Composición.

(Hágase hablar a los personajes).

95. — Un futuro artillero

Aníbal dice que quiere ser militar.

Su abuelito ha sido guerrero de la independencia.

Estuvo en muchos combates y fué herido varias veces.

Por salvar la bandera del regimiento, recibió un casco de granada en una pierna y tuvieron que cortársela.

Desde entonces anduvo con muletas.

Pero tenía el pecho cubierto de medallas, ganadas todas con peligro de su vida.

Cuando cruzaba las calles de la ciudad, viejo ya, apoyándose en sus muletas, todos, al verlo, se descubrían con respeto y se oía decir:

—*¡Es un guerrero de la independencia! ¡Ha peleado y expuesto su vida por la patria!*

Y él contestaba a los saludos llevando la mano al kepí.

Su alegría era mucho mayor cuando los que lo saludaban, sacándose los gorritos y sombreros, eran niños.

Ha muerto hace poco.

Aníbal lloró mucho la pérdida de su abuelito, que siempre le contaba hechos de guerra

y después le enseñaba a hacer la venia y a dar voces de mando.

Aníbal dice ahora que, cuando sea grande, imitará a su abuelito.

Por eso le gusta jugar a los soldados.

Tiene un cañoncito y soldaditos de plomo. Pone en fila los soldaditos sobre la mesa, y

al frente se coloca él con su cañoncito, cargado con garbanzos o bolitas hechas con migas de pan.

Uno de sus hermanos da las voces de mando:

— *¡Apunten!... ¡Fuego!*

¡Pum!... sale el tiro y cae un soldado. A veces el soldadito, al caer, choca contra alguno de los otros y lo derriba. Entonces se oye decir:

— *¡Bravo! ¡Medio batallón al suelo! ¡Hemos ganado la batalla!*

Sus hermanitos se entusiasman también y asisten a la pelea, esperando que les toque su turno para apuntar y disparar el cañonazo.

Sólo el más chiquito prefiere divertirse con su perro.

Pero él también suele jugar a los soldados marchando en fila con los demás por el patio, marcando el paso y con un palo, una escoba o un plumero al hombro, como fusil. Cuando todos gritan: *¡Viva la patria!* él también repite *¡Vivaaa!*

---

96. — Jugando a las visitas

Es día de fiesta.

En casa de Matilde, Mercedes y Clementina, están reunidos varios chicos, parientes todos, que han ido llegando sucesivamente.

Después de haber jugado al volante, a las esquinitas y a la gallina ciega, dijo Mercedes:

— *Juguemos a las visitas.*

Tres de ellas, con una de los varoncitos, se retiraron.

Eran los que debían llegar, encontrando a

otras personas que habían llegado antes. Era *día de recibo.*

— Parece que han golpeado — dice María. Y en seguida, levantando la voz, como llamando a la mucama, grita: — ¡Ruperta, golpean! Ve a ver quién es. ¿Si serán las de Martínez?

— Sí, ellas deben ser — dice Clementina, — porque el martes las encontré en lo de Gómez y me dijeron que hoy vendrían.

— Ellas son. Ahí vienen.

La que hace de dueña de casa se levanta y les sale al encuentro.

— ¡Adelante! ¡Adelante! ¿Cómo están ustedes? ¿Cómo le va, misia Leonor?

Se acercan, y algunas sólo se saludan con una inclinación de cabeza.

— ¡Qué! ¿no se conocen ustedes?... Permítanme que las presente:

La señora y señorita de González.

La señora y señorita de Martínez. El señor Martínez...

— Y este niñito, ¿quién es?

— Es uno de mis hijitos, servidor de ustedes.

— Y ¿qué nos cuentan ustedes? ¿Por qué han estado tan perdidas? ¡No se acuerdan de nosotras!

— ¡Cómo no nos hemos de acordar! Pero le aseguro a usted que no nos ha sido posible salir de casa. Hemos tenido a la nena muy enferma. ¡Buen susto nos ha dado!

— ¿Sí?... ¿qué ha tenido?

— Tuvo *viruela* y como no estaba *vacunada*...

— ¡Ay, Dios mío! ¡Qué descuido!

— Es que lo fuimos dejando de un día para otro. *¡Mañana!... ¡mañana!...* — decíamos — y así

se fué pasando el tiempo. Pero les aseguro que estamos arrepentidos.

Por fortuna, fué viruela de la que llamamos *boba*.

— Pues también nosotras tuvimos enfermo a *Nené* (así llaman a Enriquito). Tuvo *tos convulsa* y de la mala. Por desgracia se le complicó con... ¿con qué fué, Angélica?

— No recuerdo en este momento cómo dijo el médico, pero era algo a los *pulmones* y al *corazón*.

— ¡Caramba!

— Además, como es tan contagiosa la tos convulsa, y muchas de nuestras relaciones tienen niños chicos, no quisimos ir a visitarlas. Por eso tampoco fuimos a casa de usted.

— Les agradecemos la atención.

— No fué una atención. Creo que era nuestro *deber* evitarles el peligro.

— ¿Y qué habrán dicho ustedes de nosotras?

— ¿Por qué, señora?

— Porque ni siquiea hemos mandado preguntar cómo seguía.

— ¡Qué ocurrencia, misia Leonor! Ya sabe usted que nosotras no andamos con *etiquetas*.

— Sí... pero...

— No hay que hablar más de eso.

Cambiaron de conversación.

— ¿Qué me dicen ustedes de lo que le ha sucedido a doña Filomena? Está lo más enojada con la directora de la escuela.

— ¿Sí?... ¿por qué?

— Porque ha expulsado a su hijo Arturo. Dicen que el otro día estaban jugando al salto. Arturo, a quien le había tocado ponerse para que saltaran sobre él, se salió de pronto en el momento en que otro niño iba a ponerle las

manos encima. El niño cayó, lastimándose la boca y *sacándose* la muñeca.

La maestra le castigó y le reprendió muy severamente, y entonces Arturo contestó de mala manera, sosteniendo que había hecho bien porque el otro no le había dejado copiar un deber de aritmética.

—¡Qué vergüenza para doña Filomena! Pero ella dice que es una injusticia: que la maestra le ha expulsado a su hijo porque le odia.

—Yo no lo creo. Eso dicen siempre los castigados, y nosotras las madres, les creemos en seguida porque son nuestros hijos.

—Sí, pero ¡despedirlo!...

—Es duro el castigo, tiene usted razón; pero la falta ha sido grave seguramente.

Así, para entre nosotras, digamos la verdad. Ese niño es muy mal criado, y ¡quién sabe qué insolencia le habrá contestado! La culpa es de los padres que lo educan mal. Dígame, francamente, misia Leonor: ¿le gustaría a usted que su hijo estuviera en la escuela junto a un chico que le diera malos ejemplos?

EL LIBRO DEL ESCOLAR

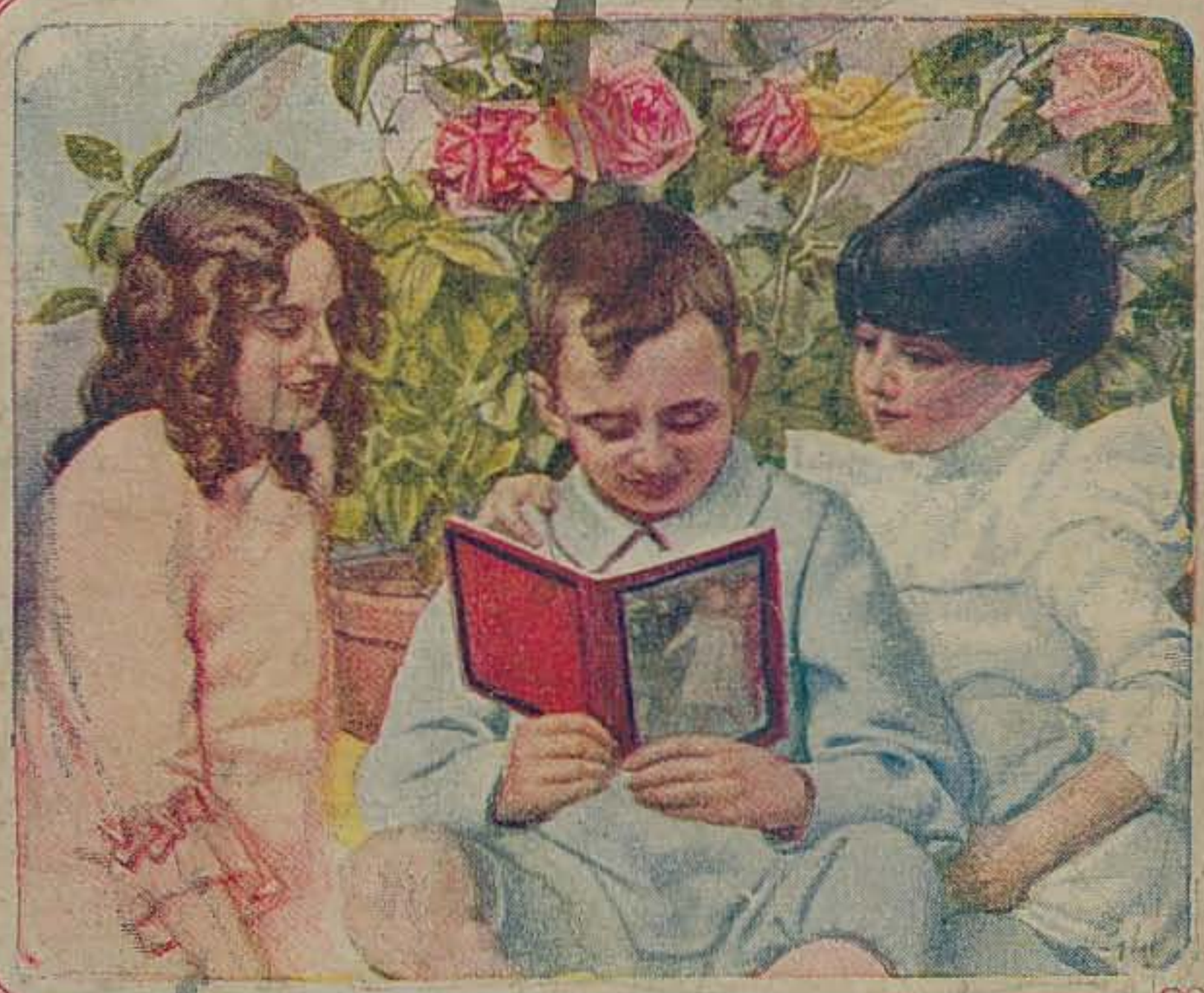
SERIE DE LIBROS DE LECTURA

2.º LIBRO

PARA NIÑOS DE 8 A 10 AÑOS DE EDAD

ADOPTADO POR LOS CONSEJOS DE EDUCACIÓN DE LAS PROVINCIAS DE BUENOS AIRES, CÓRDOBA, TUCUMÁN, SANTA FE, SALTA Y OTRAS

16.ª EDICIÓN



por el Prof.

PABLO A. PIZZURNO

EX-INSPECTOR GENERAL DE ENSEÑANZA SECUNDARIA Y NORMAL

EX-INSPECTOR TÉCNICO GENERAL DE ESCUELAS PRIMARIAS DE LA CAPITAL

AQUILINO FERNÁNDEZ E HIJO, EDITORES
VICTORIA, 2158
BUENOS AIRES

Precio $ 1.50 m/n.

LL
1901
PIZZ

EL LIBRO DEL ESCOLAR

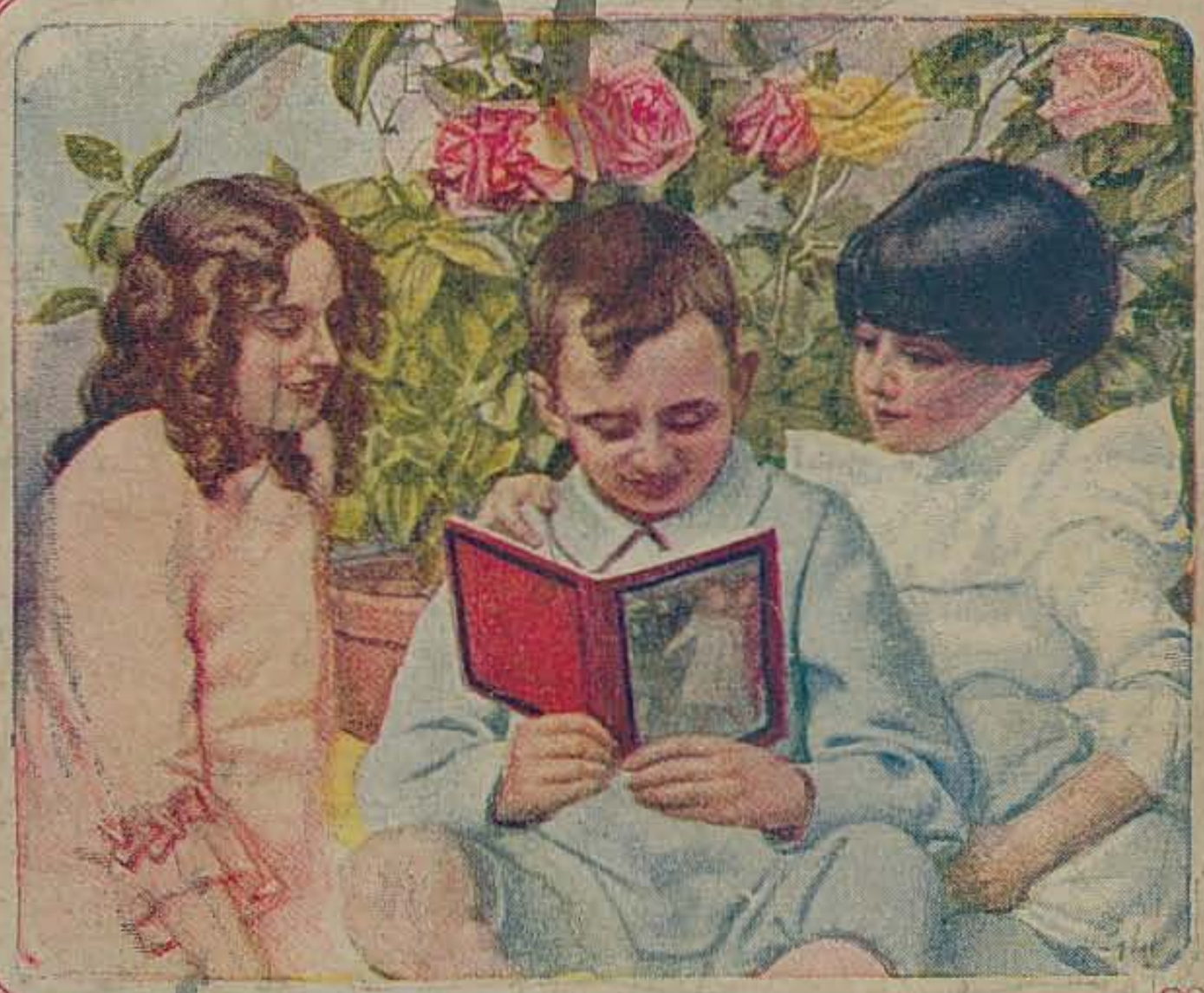
SERIE DE LIBROS DE LECTURA

2.º LIBRO

PARA NIÑOS DE 8 A 10 AÑOS DE EDAD

ADOPTADO POR LOS CONSEJOS DE EDUCACIÓN DE LAS PROVINCIAS DE BUENOS AIRES, CÓRDOBA, TUCUMÁN, SANTA FE, SALTA Y OTRAS

16.ª EDICIÓN



por el Prof.

PABLO A. PIZZURNO

EX-INSPECTOR GENERAL DE ENSEÑANZA SECUNDARIA Y NORMAL

EX-INSPECTOR TÉCNICO GENERAL DE ESCUELAS PRIMARIAS DE LA CAPITAL

AQUILINO FERNÁNDEZ E HIJO, EDITORES
VICTORIA, 2158
BUENOS AIRES

Precio $ 1.50 m/n.

LL
1901
PIZZ

98. — Margarita y Rosalia

¿Quiénes son los aristocráticos visitantes que acaban de pararse delante de la rústica casita?

Pertenecen a una familia rica de la ciudad. Han venido a *veranear* a la hermosa casaquinta que *poseen* en el campo.

Los tres *jinetes* son hermanos.

Esta mañana salieron de paseo en sus ca*ballos de raza* y vinieron a pasar por delante del rancho en que viven unos modestos agricultores. Al encontrarse con la niña de la cabrita, han detenido la marcha para hablar con ella. Parece que quien le dirige la palabra es la señorita; sus dos hermanos atienden con interés la conversación.

¡Qué expresión tan cariñosa tienen sus semblantes!

Me parece adivinar parte del diálogo.

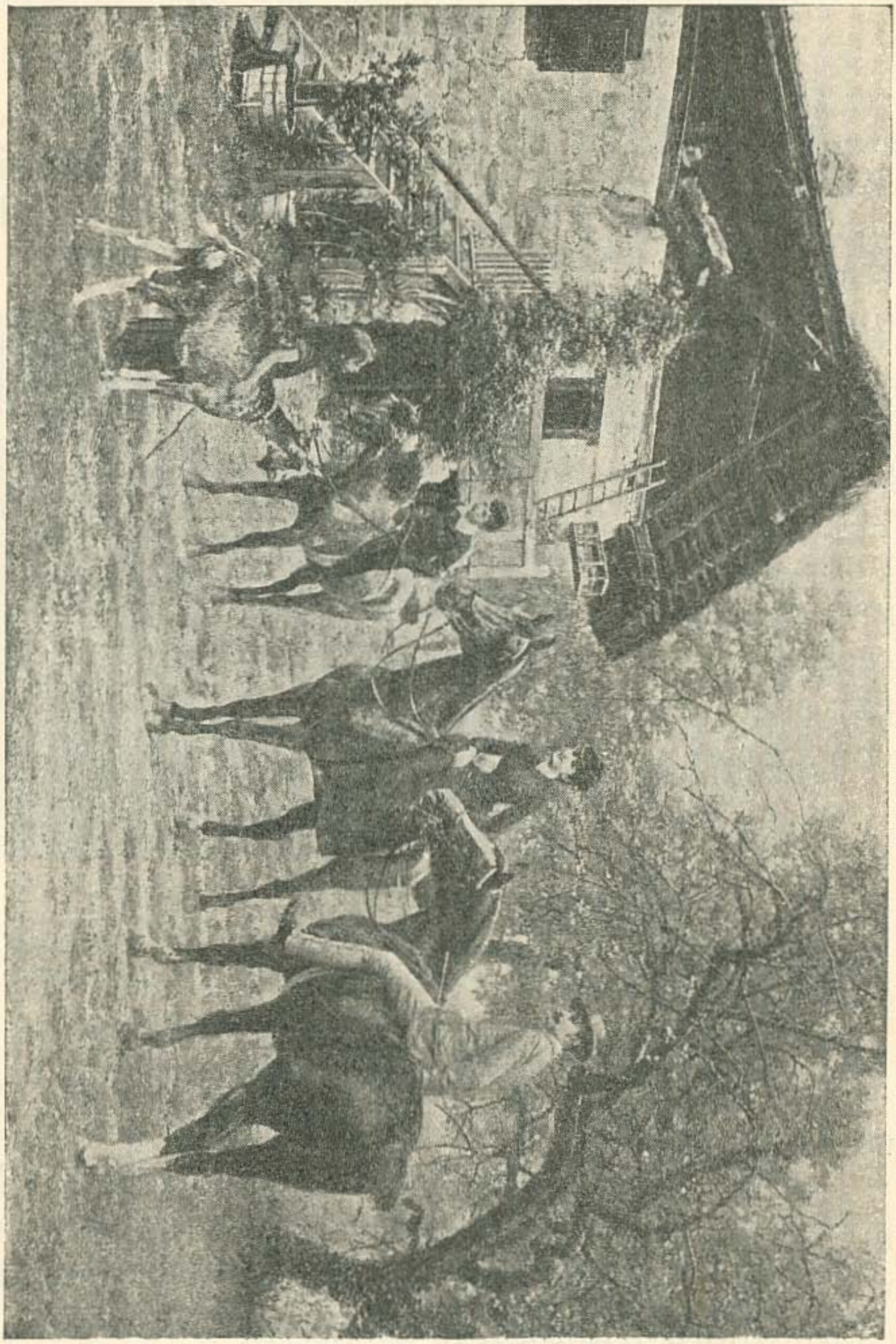
— ¿Cómo te llamas, hijita? — debe haber dicho la recién llegada.

— Me llamo Margarita.

— ¡Qué nombre tan bonito!... Y ¿por qué estás tan sola?

— No estoy sola. Juego con mi cabrita. Mamá está adentro cocinando, porque pronto llegarán papá y mis tres hermanos varones, que están ahora trabajando la tierra.

— Y ¿no te cansas de jugar todo el día con tu cabra?



Margarita y Rosalía.

— Yo no juego todo el día con ella. Por la mañana ayudo a mi mamá a hacer la limpieza de los cuartos, porque dice que por lo mismo que éstos son pobres hay que tenerlos bien limpios. Yo arreglo las jaulas de los pájaros, doy comida a las aves y les abro el gallinero para que corran un poco por el campo durante el día. De noche las junto otra vez y las vuelvo a casa.

— ¿Y te obedecen? ¿No se escapan?

— No, señorita. No se escapan. Ya están acostumbradas. Y además no me tienen miedo porque yo las trato muy bien. También les pongo agua limpia todos los días.

Del otro lado de la casa tenemos un jardinci-to, y yo soy la que riego las plantas. También lavo los platos y limpio los cubiertos.

— Muy bien, Margarita. Eres una niña trabajadora. Pero ¿cuándo vas a la escuela?

— Aquí no hay escuela, señorita. Por eso papá se queja siempre, y dice que le gustaría estar más cerca del pueblo; pero yo aprendo a leer y a escribir.

— ¿Sí?... ¿Y quién te enseña?

— Me enseña mi hermano Luis, que estuvo dos años en el pueblo y allí aprendió. Por la noche nos da la lección a mí y a Pepito. Carlos ya sabe leer.

Al oír la conversación, salió la madre de Margarita, saludó a los tres paseantes y les invitó a bajarse para tomar un vaso de leche, que ellos aceptaron agradecidos.

Cuando aquéllos quisieron retirarse, Margarita corrió al jardín, hizo rápidamente un ramo y, entregándolo a la señorita, le dijo:

Tome y vuelva otro día, ¡eh! Pero ¿quiere usted decirme ahora cómo se llama?

— Me llamo Rosalía.

— Bueno, ¡adios, señorita Rosalía! ¡Adios, señores!

Pocos días después y más o menos a la misma hora, Margarita, que estaba en la cocina con su mamá, oyó que un carruaje se detenía junto a la casa y, al mismo tiempo, una voz que le pareció conocida y que gritaba:

— ¡Margarita! ¡Margarita!

Esta salió corriendo y se encontró con Rosalía y su hermano menor, el que la primera vez había venido montado en un *petizo*.

Ambos bajaron del *break;* Rosalía besó a su amiguita y tomando en seguida dos paquetes que traía dentro del coche, se los entregó sonriendo:

— Abrelos — dijo.

Margarita los abrió; pero abrió mucho más los ojos, que le bailaban de alegría, al encontrarse con una hermosa muñeca y un libro bien encuadernado y lleno de figuras.

— ¿Para mí? ¿para que me quede con ella? — dijo otra vez mostrando la muñeca.

— Sí, para tí, y el libro también.

Margarita y la madre, que habían acudido, no encontraron palabras para agradecer tan inesperado regalo, y Rosalía, sin darles tiempo para

nada, abrazó a Margarita, subió al carruaje con su hermano y partió dejando a la madre y a la hija sorprendidas.

—¡Hasta pronto! ¡hasta pronto! — gritaba Rosalía al alejarse.

Volveré en busca de otro ramito de flores. Adiós, Margarita.

Y le tiró un beso con la mano.

---

99. — Los niños y la patria

El otro día, después de una lección en la cual el maestro habló de la patria y de la manera de servirla, Adolfo exclamó:

—¡Yo quisiera ser hombre y militar como mi padre, para poder servir ya a la patria!

El maestro, que oyó, dijo:

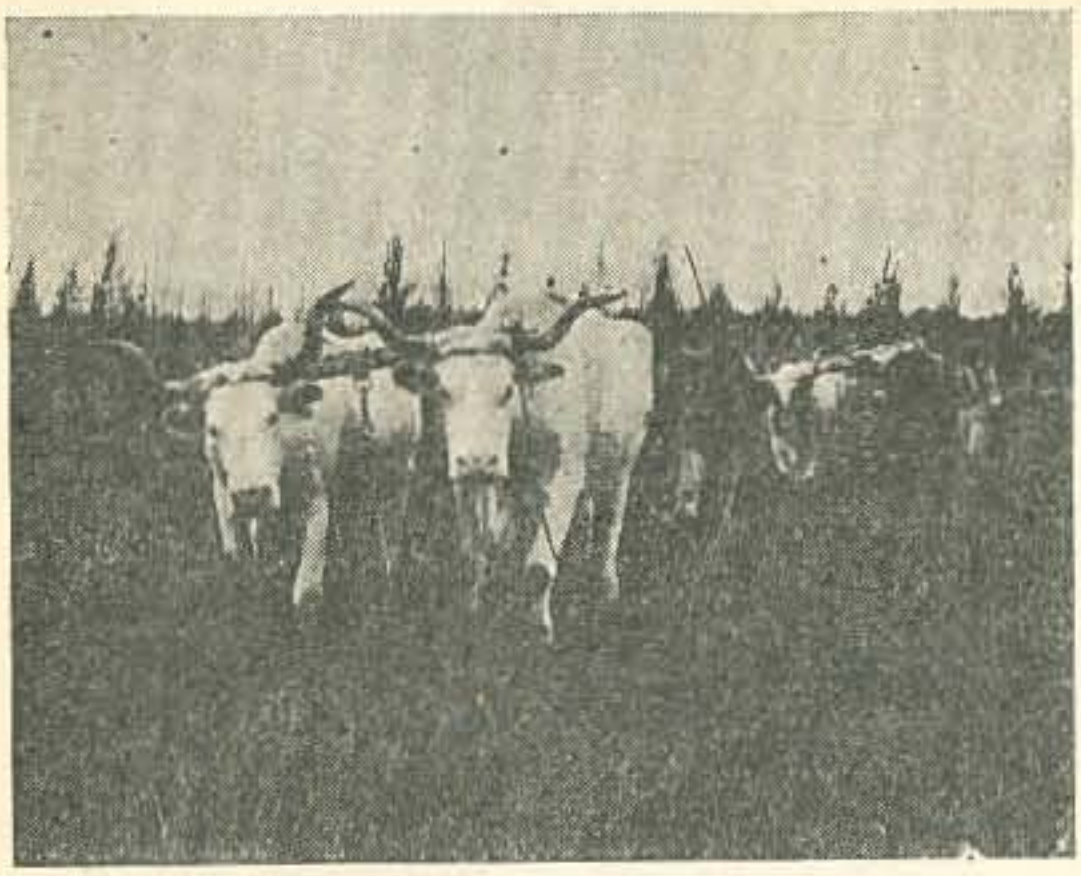
—Tú, Adolfo, y vosotros todos

podéis servir desde ahora mismo a la patria. Ya la estáis sirviendo, bien o mal, ya sois buenos o malos ciudadanos, según es vuestra conducta.

Un servidor de la patria. (Cabral).

Los niños lo miraron un poco extrañados, y él continuó:

— Sí, hijos míos: servir a la patria es trabajar para que ella sea grande, rica y civilizada. Y un país es grande cuando los ciudadanos son trabajadores y honrados, cuando cumplen sus deberes cívicos, cuando respetan las leyes, cuando se respetan y ayudan los unos a los otros, cuando todos aprenden a leer y a escribir y tienen una profesión o un oficio para contribuir, cada uno en su esfera, al progreso y al bien de todos y al bien propio.



Otro servidor de la patria.

Sirven a la patria tanto los soldados del tiempo de guerra, como los soldados del tiempo de paz; es decir, todos los que trabajan.

Desde el agricultor y el obrero más

modesto hasta el gran industrial, el fabricante, el inventor de máquinas; y desde el Presidente de la República hasta el empleado más humilde, que atiende con honradez sus obligaciones; todos, todos ellos contribuyen a la felicidad del

Otro servidor de la patria.

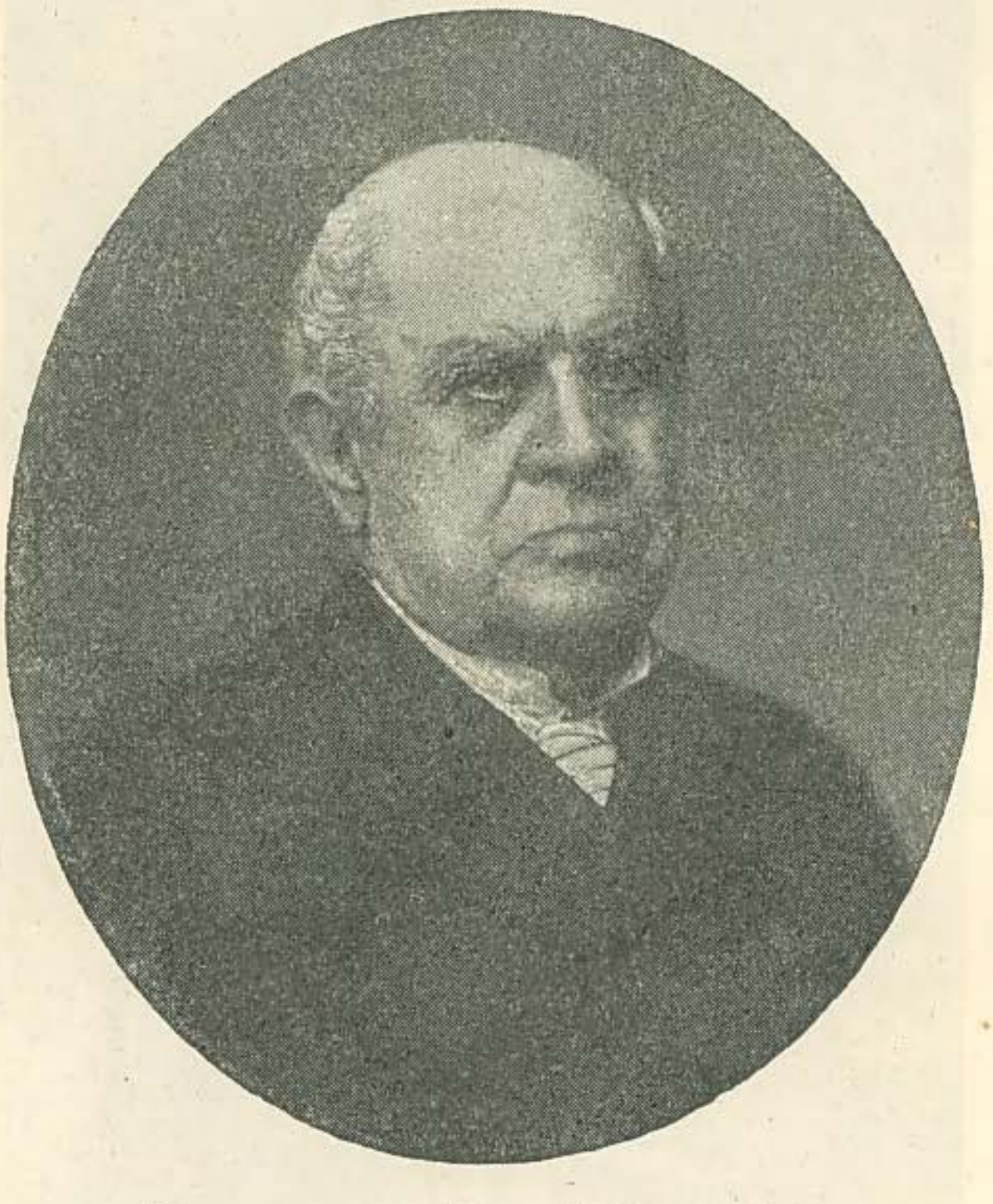
país y a su progreso, todos sirven eficazmente a la patria.

El maestro explicó cómo era cierto lo que acababa de afirmar y agregó:

— Y vosotros, hijos míos, que formáis parte de la patria, podéis servirla, *debéis* servirla desde

ahora, preparándoos para ser mañana buenos ciudadanos, honrados, ilustrados, trabajadores.

Si sois hijos obedientes y alumnos disciplinados, respetaréis mañana las leyes de vuestro país; si sois activos y laboriosos ahora, si sois perseverantes, si cumplís hoy vuestros deberes,



Un gran servidor de la patria.

tendréis los hábitos que la patria os exigirá mañana como primera condición para servirla.

Si odiáis la mentira ahora que sois chicos, no podréis mentir ni engañar a nadie mañana; y eso sólo, eso sólo, os retraerá de muchos descuidos, de muchas faltas, y os impulsará a ser buenos.

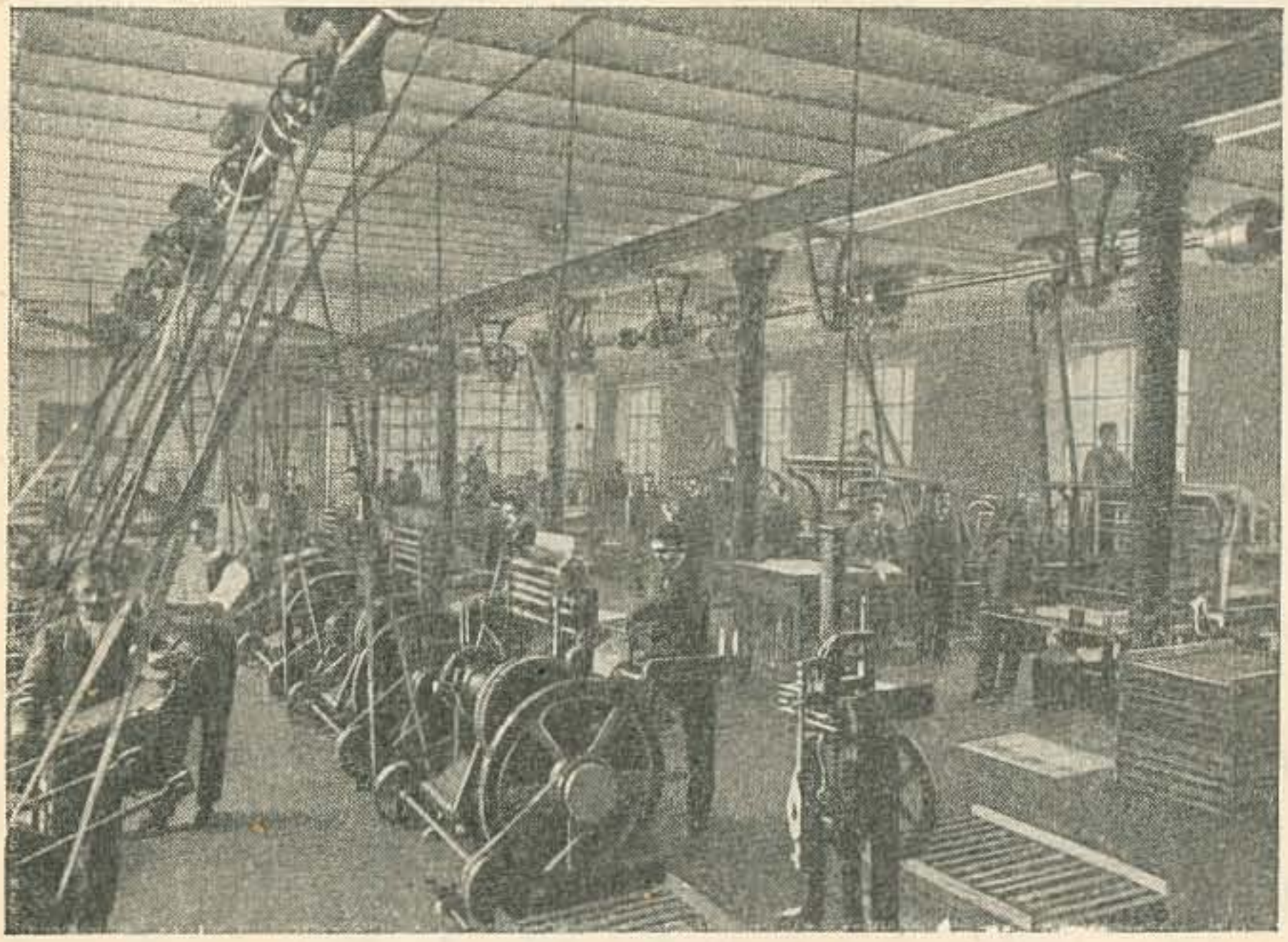
Si estudiáis, os pondréis en condiciones de

ganaros mejor y más honradamente la vida; trabajaréis con éxito, porque trabajaréis con inteligencia y constancia.

El maestro, que se había levantado de su asiento para venir a pararse junto a los bancos de la primera fila, concluyó diciendo, con voz vibrante de emoción:

Otro servidor de la patria.

— Sí, niños queridos: no olvidéis lo que os acabo de decir. Es



Una compañía de servidores de la patria.

lo que digo a mis hijos también y los adoro.

Hablad con vuestros padres, con vuestros abuelitos, si los conserváis, con las personas que os merezcan mayor confianza y respeto, y oiréis a todos ellos lo mismo que me estáis oyendo

Sed trabajadores y no mintáis nunca, nunca, nunca.

Y sea ésta mi última palabra y mi último consejo: *El que no trabaja y el que miente, ésos no pueden llamarse patriotas,* ésos ofenden a la patria; ésos no tienen derecho de pronunciar los nombres de nuestros grandes patricios.

Creed lo que os digo; creedlo, aunque no lo comprendáis bien ahora; creedlo, porque es cierto. Os lo juro; os lo juro por mis hijos queridos; os lo juro porque os amo a vosotros también, que sois todos un pedazo de la patria, de esa patria de la cual es menester que se diga:

— *Es un pueblo grande, porque es un pueblo honrado y trabajador...*

La clase estaba en profundo silencio. Nadie pestañeaba siquiera.

Pero, de pronto, un niño del segundo banco se levantó y dijo espontáneamente:

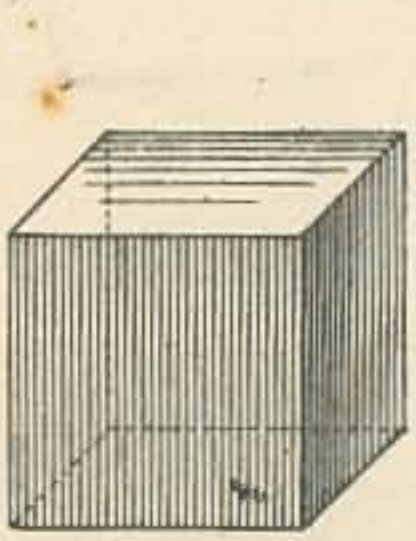
— *¡Señor! yo seré siempre bueno y trabajador, y diré siempre la verdad.*

El maestro no contestó una palabra, pero lo abrazó.

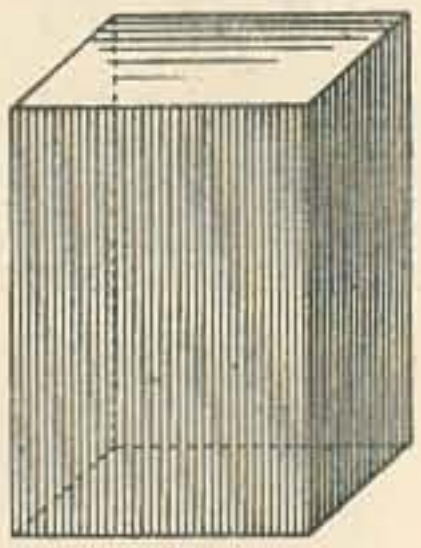
¡Tenía lágrimas en los ojos!

100. — Elementos geométricos

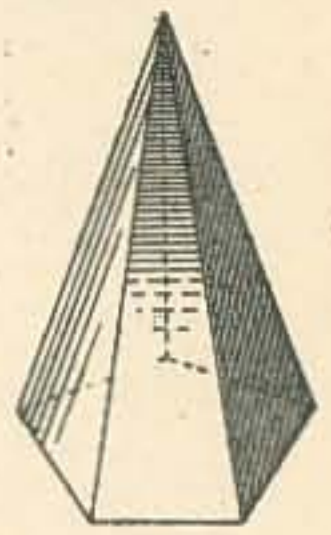
Sólidos, superficies y líneas.



1



2

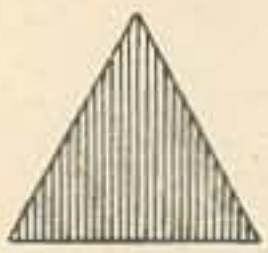


3

4

5

6



7

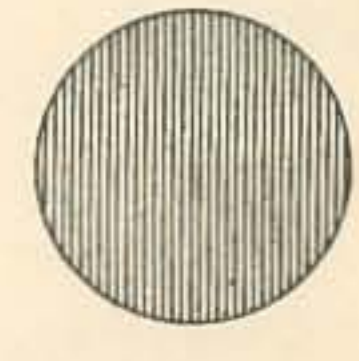
8

9

10

11

12

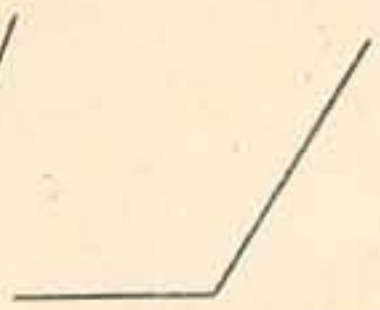


13

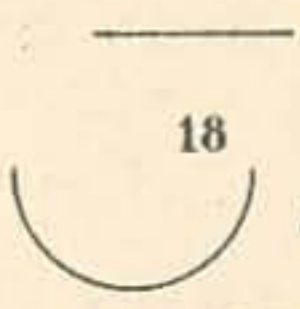
14

15

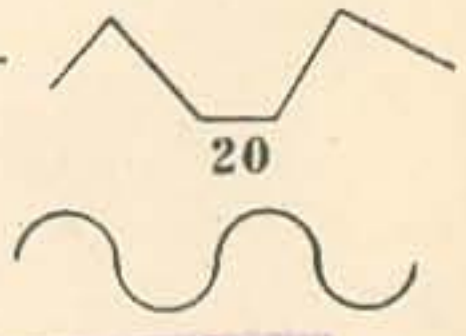
16



17



18



19

20

21

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

000843

101. — Tabla Pitagórica

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
2	4	6	8	10	12	14	16	18	20
3	6	9	12	15	18	21	24	27	30
4	8	12	16	20	24	28	32	36	40
5	10	15	20	25	30	35	40	45	50
6	12	18	24	30	36	42	48	54	60
7	14	21	28	35	42	49	56	63	70
8	16	24	32	40	48	56	64	72	80
9	18	27	36	45	54	63	72	81	90
10	20	30	40	50	60	70	80	90	100

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BLICACIONES DE LA CASA

APROBADAS POR EL CONSEJO GENERAL DE EDUCACION DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

LECTURA

er año—**LUZ**, por la Profesora Normal **Ramona Rodríguez de Castrillo.** Para los alumnos que recién entran a la escuela.

er año—**CONVERSACIONES INFANTILES.** Libro de Lectura, por la Profesora Normal **Victorina Malharro.**

er año—**EL LIBRO DEL ESCOLAR 1.º**, por **Pablo A. Pizzurno**, Ex Director de la Escuela Normal de Profesores de la Capital

año—**EL LIBRO DEL ESCOLAR 2.º**, por el mismo autor.

año—**EL LIBRO DEL ESCOLAR 3.º**, por el mismo autor.

año—**EL NIÑO ARGENTINO**, por la Profesora **Rosa Fernández Simonín.**

4.º año—**ALEGRE DESPERTAR**, por **Emma C. de Bedogni.**

GEOGRAFÍA

año—**PEQUEÑO ATLAS Y GEOGRAFÍA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA**, compuesto de 26 mapas, trazados, según los datos más recientes, por **Aquilino Fernández.**
Las descripciones correspondientes a cada mapa han sido escritas por el Profesor Normal **Carlos H. Pizzurno.**

er año—**LECCIONES DE GEOGRAFÍA**, por la Profesora Normal **Victorina Malharro.**

año—«**CONOCIENDO LA ARGENTINA**», por la misma autora.

INSTRUCCIÓN MORAL Y CÍVICA

Para 4.º, 5.º y 6.º grados—**CÓMO SE AMA A LA PATRIA**, por el **Dr. Ricardo Levene.**

PEDAGOGÍA para los cuatro años normales, por el Profesor **M. C. Torres Ibáñez.**

DIBUJO

ARGENTINO, por **Aquilino Fernández.** Curso metódico de dibujo compuesto de 12 cuadernos.

CALIGRAFÍA

CUADERNOS DE ESCRITURA NORMAL, por el Profesor Normal **Lorenzo Esteva Berga.**

A. FERNÁNDEZ E HIJO

EDITORES

BUENOS AIRES

TALL. GRÁF. DE LA CÍA. GRAL. DE FÓSFOROS - B. AIRES